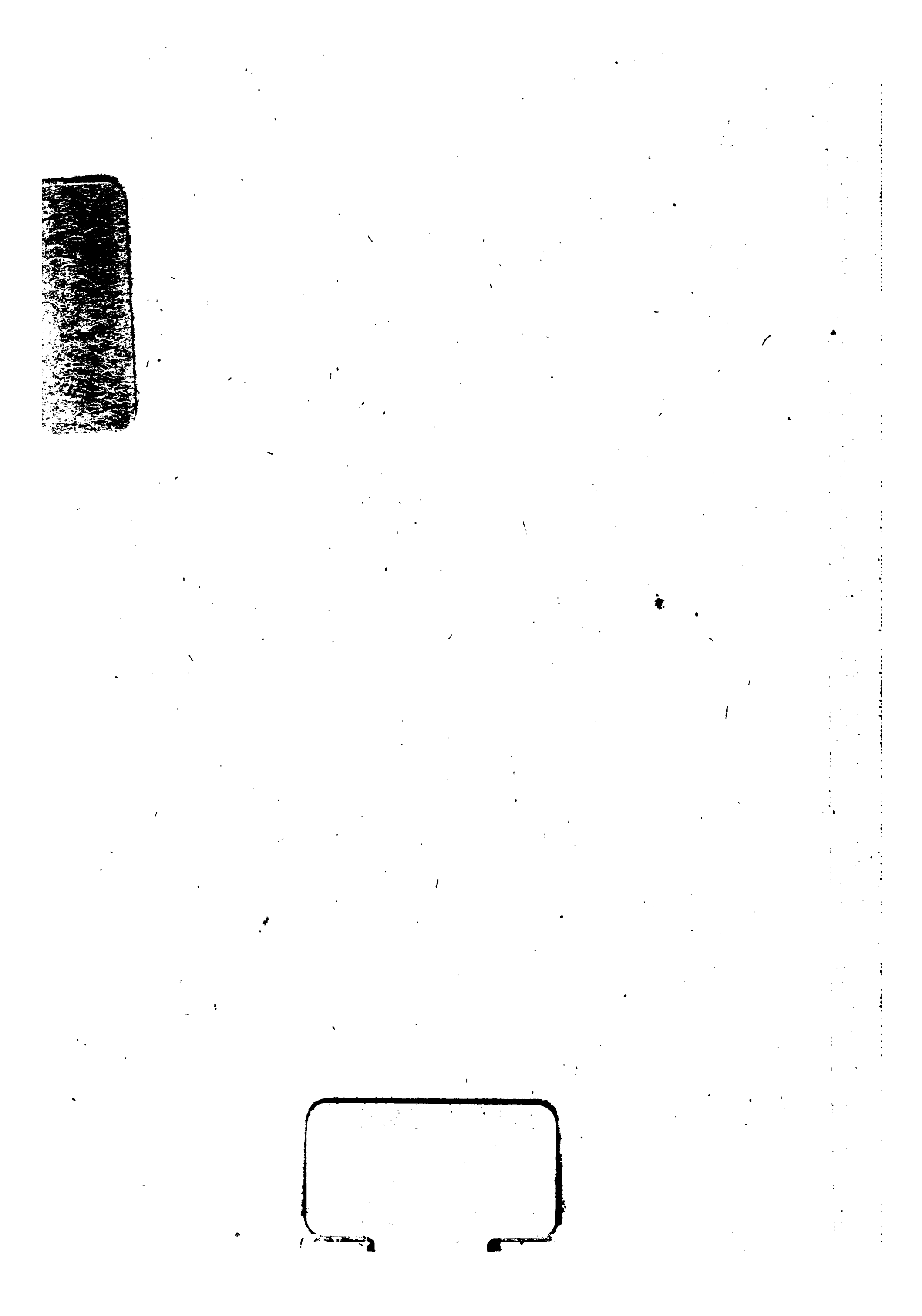
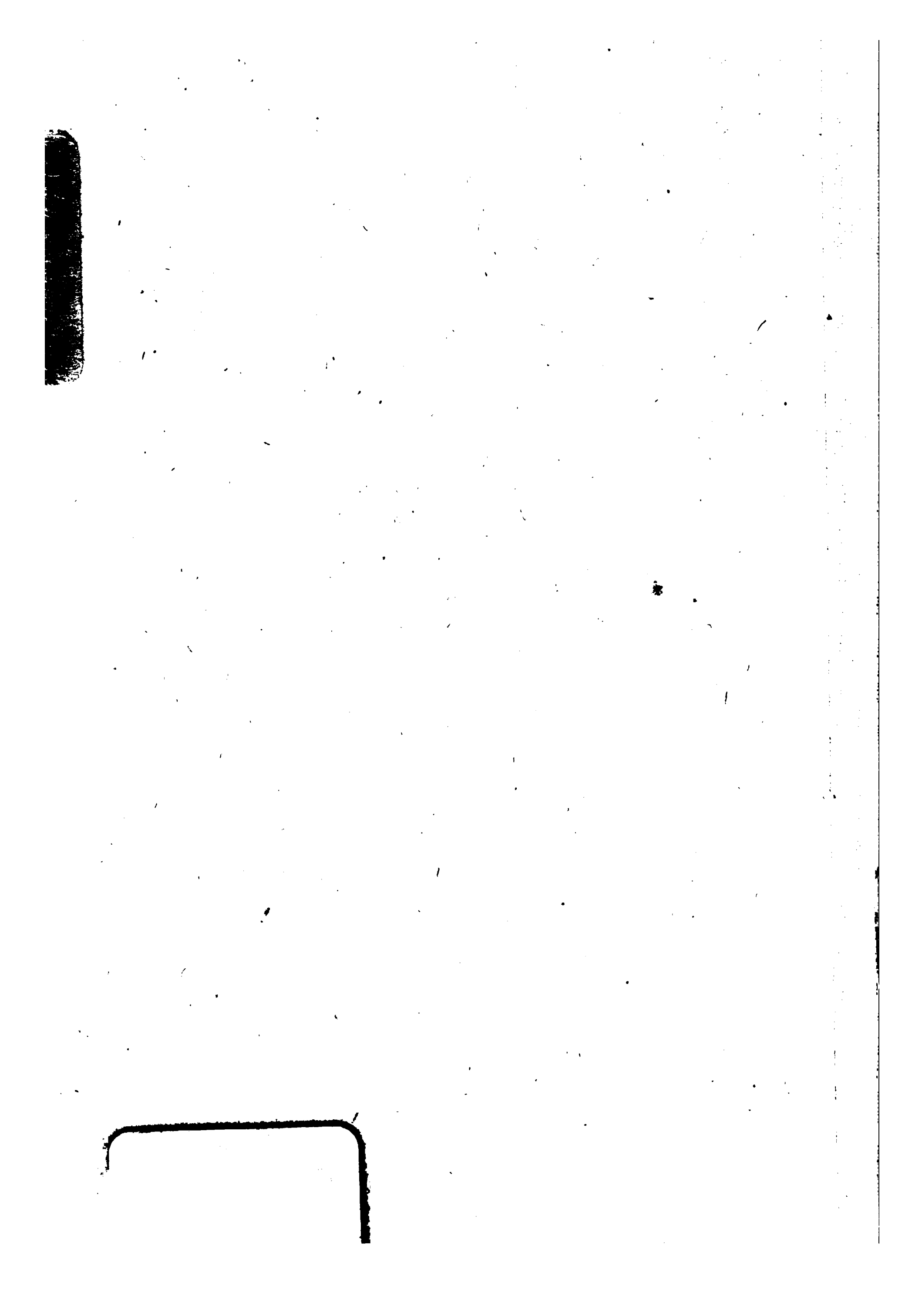
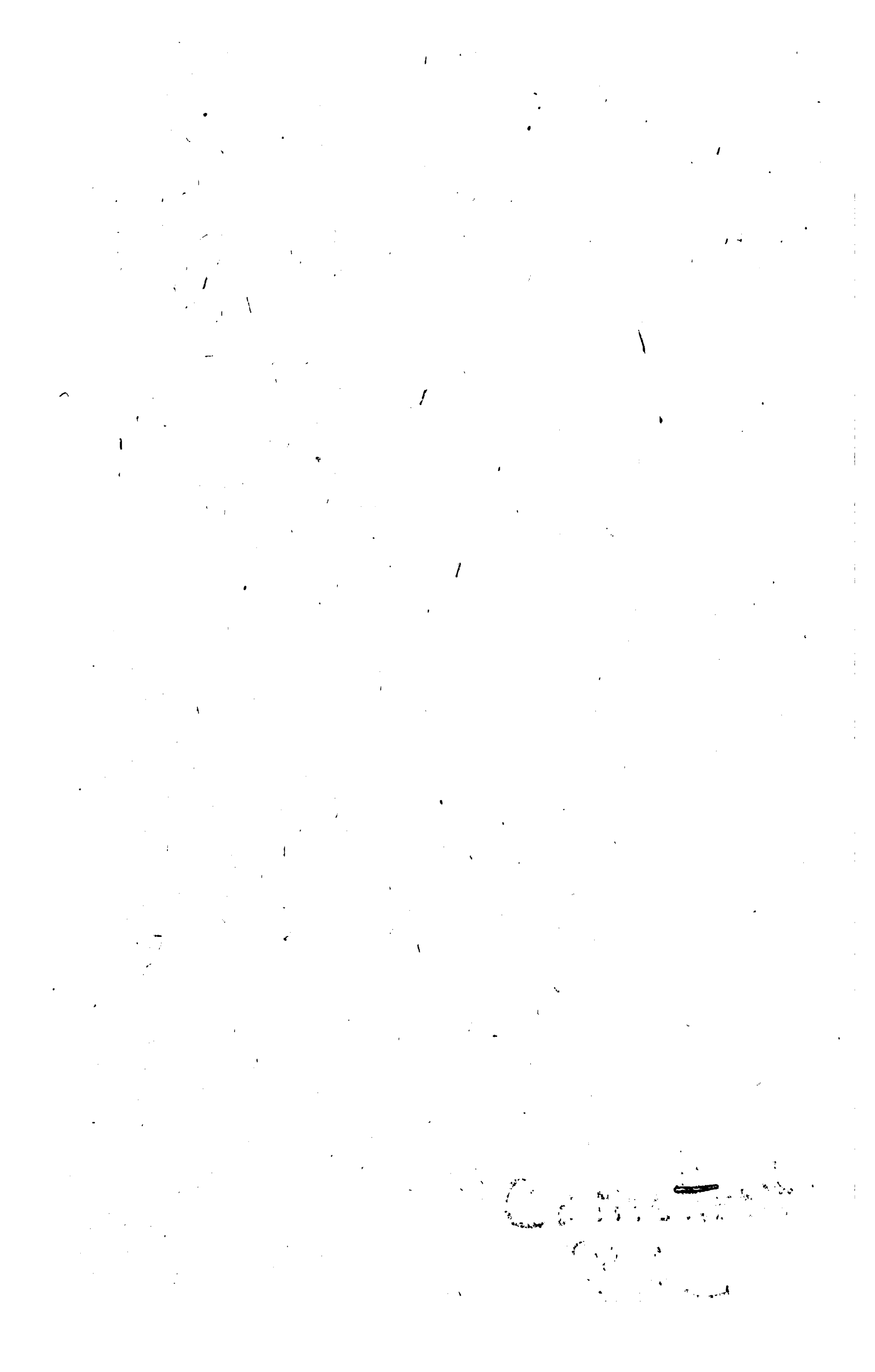






EDICION DEL "SIGLO XIX."

LAS CIVILIZACIONES DESCONOCIDAS.

POR

OSCAR COMETTANT.

MEXICO.—1874.

IMPRENTA DE I. CUMPLIDO, CALLE DE LOS REBELDES NUM. 2.

EL UTAH.

LOS MORMONES.

I.

Apénas hay sino un solo país en el mundo á donde las leyes permitan al Sér Supremo manifestarse á los hombres por la voz de los profetas: los Estados-Unidos son ese país. ¡Ensayad si no ser profeta en Francia! No conozco medio mas seguro de caer en manos de la justicia y de ser condenado por petardista ó embaucador. En vano juraríais como José Smith, el profeta americano, fundador del mormonismo, que habeis tenido frecuentes conversaciones en los bosques, ó en cualquier otro sitio, con una legion de embajadores celestes de una blancura deslumbradora; que Dios en persona se os ha aparecido en medio de una viva claridad; que eligiéndoos para completar la obra de los profetas antiguos, os ha revelado el lugar sagrado en donde está depositado el

nuevo Evangelio; que este libro divino está formado con láminas de oro y tiene broches de de diamantes; que de todas las religiones en uso, la mejor no vale gran cosa, segun el testimonio del mismo Sér Supremo, y que la sola excelente es el mormonismo, con otra porcion de grandes maravillas; la justicia os echará mano, sereis condenado por petardista, como he tenido el honor de decíroslo, y si preciso es, las láminas de oro de vuestro libro sagrado serán fundidas para pagar las costas de vuestro proceso.

En América, por el contrario, los profetas cuando se presentan, y ya van algunos, gozan de la libertad que protege á todo el mundo; pueden escribir y hablar á sus anchas. Créaseles ó no, consigan ó fracasen sus intentos, esto depende de las circunstancias en las cuales se producen, de las gentes que los recomiendan, de su mérito personal, del estado de los ánimo á quienes se dirigen y de no sé qué de misterioso, que asegura el triunfo ó determina el fracaso. En todo caso, allí las autoridades no piensan en privarles de su libertad, á ménos que por sus predicaciones se pongan en desacuerdo con las leyes del país. Entónces se echa mano á mi profeta como á un simple mortal, y segun el caso, se le aprisiona ó se le manda á predicar al desierto.

Pero si las leyes en América consagran todos los géneros de libertad, á veces son impotentes para garantir á los profetas contra el fanatismo de ciertas gentes religiosas. Esto es precisamente lo que ocurrió con el infortunado José Smith, fundador del mormonismo, el cual murió asesinado por unos feroces disidentes.

Haremos en pocas líneas la biografía del profeta yankee, que creemos tanto mas necesaria, cuanto que este encargado de negocios del poder celeste pudiera bien de aquí á poco

tiempo, ser suplantado en la admiracion de los fieles, por otro profeta no ménos yankee, de quien se habla mucho en América en este momento, y que por el número de sus milagros, parece sobrepujar á José Smith, su predecesor en taumaturgia. El progreso del otro lado del Océano se muestra por todas partes, y la emulacion estimula hasta á los profetas mismos. Hay gentes extragadas en materia de espiritualismo, para quienes los milagros de José Smith se han hecho viejos y que desearian otros nuevos, aunque en el mundo no los haya. Yo me contento con ménos que estas gentes, y hallo que los milagros del inventor del libro de los mormones son lo muy bastante para asentar una tan honrada religion como la que practican los *Santos de los últimos dias*. Si no, ahora juzgareis de ella.

José Smith nació en Shaeron, condado de Kindson-Vermouth (Estados-Unidos), el 23 de Diciembre de 1805. Todavía niño, salió de esta pequeña ciudad para seguir á su padre á New-York.

Catorce años tenia el futuro profeta cuando se le vió en Manchester llenar las modestas funciones de mozo en una casa de campo. A los quince años, exaltada su jóven imaginacion por los sermones de no sé qué pastor, descuidó los trabajos del campo para reflexionar sobre el medio mejor de merecer el paraíso. Considerando que la adopcion de una religion es cosa grande en medio del sorprendente número de religiones y de sectas que florecen en los Estados-Unidos, y que vienen como por sí mismas á ofrecerse al consumo, formó el proyecto de estudiarlas todas. Llevóle á esto el miedo del infierno, pues que habia oido decir por cada ministro de cada secta diferente: «que una sola doctrina era la agradable á Dios, la suya, y que Dios castigaria con las llamas eternas

á los infieles, es decir, á todos aquellos que le adorasen de distinto modo que ellos le adoraban.»

Hablando así de buena fé cada cual de los ministros de cada secta, nada igualó el embarazo y el temor del pobre muchacho por no acertar con la sola doctrina agradable á Dios, y en consecuencia por tener que ir á quemarse eternamente en las llamas del infierno. Púsose, pues, á estudiar una tras otra cada religion, y descuidó cada vez mas los trabajos del campo. Pocos han tenido esta paciencia, seguramente muy laudable, y la mayor parte de los humanos preferiria, quizás, engañarse en la eleccion hecha al acaso á escoger la cierta á semejante precio.

Sea lo que quiera, el resultado de las investigaciones de José Smith sobre la eleccion de la religion mejor, fué la resolucion que tomó de inventar él una nueva con la asistencia del cielo. Lo mas sorprendente es que, no bien hubo tomado tan audaz resolucion, presentáronsele dos seres de bellísimo y sonriente aspecto, rodeados de una brillante aureola. Eran, ¡poca cosa! dos ángeles. Le hablaron con una dulzura inefable confirmándole lo que él pensaba sobre las religiones hasta entónces practicadas, y le estimularon á fundar una nueva,de la cual tenian gran necesidad los americanos. Los celestes personajes prometieron á nuestro mozo ayudarle en el cumplimiento de su obra é interceder con Dios, cuya alta proteccion se jactaban de alcanzar para él; pero no le ocultaron que, para merecer tan gran favor, era menester orar mucho. Esto era lo de ménos, y el futuro profeta, para dedicarse á la oracion, pidió á su amo la cuenta, y se despidió de él.

Tanto oró y tan bien, que el 21 de Setiembre de 1822 tuvo la dicha, ¡demasiado rara, ay de mí! de ver el modesto

cuarto que ocupaba en una mediana casa de huéspedes iluminarse con una luz que excedia en brillo á la misma luz eléctrica. En medio de esta claridad, vió á una persona mas luminosa todavía, cuya expresion, llena de bondad y de inocencia hacia desterrar todo temor. Era un ángel enviado por Dios para anunciar á su protegido la nueva mas importante seguramente que haya marcado la historia de este siglo. El celeste embajador, que se expresaba en inglés, dijo á José Smith que la alianza concluida con el antiguo pueblo de Israel y su posteridad estaba cerca de cumplirse, y que iba á comenzar la segunda obra de preparacion para el segundo advenimiento del Mesías. Añadió que la plenitud del Evangelio iba á ser conocida de todas las naciones, y que este apéndice se hallaba guardado bajo la tierra.

El ángel le mostró el lugar en donde esta santa *postdata* estaba depositada.

Smith quiso apoderarse de ella, pero se opuso el ángel.

—Más tarde, dijo.

Smith se puso á orar con mas ardor que nunca.

Seria menester un volúmen para relatar las numerosas conversaciones que tuvo el profeta con los ángeles, los cuales venian como buenos vecinos á pasar con él las veladas. No se dice si alguna que otra vez echaron un juego á las cartas á fin de pasar el rato, cosa que parece muy probable.

Con semejantes compañías preciso le hubiera sido ser un diablo para no salir un santo.

Smith aprovechó tan santas lecciones, y el 22 de Setiembre de 1827 el ángel puso en sus propias manos, á los acordes de una música celeste, el precioso talisman.

Las letras de este libro estaban grabadas sobre placas de un metal muy semejante al oro. Las hojas ó placas tenian

como unas ocho pulgadas de largo por siete de ancho, y se hallaban encuadernadas como formando un tomo, cerrado por tres anillos. El texto era del egipcio reformado. Al libro acompañaba un instrumento extremadamente curioso, llamado por los antiguos *urim* y *thummin*. Por medio de este instrumento, y con ayuda de la enseñanza suministrada por los ángeles, el profeta tradujo sin trabajo el libro, que no es otro que el libro de Mormon. La primera edicion, tirada de 5,800 ejemplares, fué publicada en Palmyra (Estado de New-York).

José Smith habia preludiado este gran milagro, cuya novedad nadie disputará, por otros de un órden ménos original. Por ejemplo, resucitar un muerto, dar la vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, y creo que tambien hizo girar las mesas por los espíritus golpeadores, cuya invencion, quizás, seria justo atribuir á José Smith.

A pesar de tan admirables prodigios, pocos se habian ocupado todavía del profeta americano.

Es que, precisa decirlo, las religiones como las demas instituciones de aquí abajo, comienzan modestamente para desenvolverse ó caer segun las circunstancias.

La iglesia *de los Santos* de los *últimos dias* se instaló desde luego en Manchester (New-York). José Smith bautizó por inmersion seis neófitos que, por mandato de Dios y la mediacion de los ángeles, habian recibido el apostolado.

Pero no son todas rosas en el oficio de profeta, y apénas era publicado el libro de Mormon cuando los periodistas (¡villano empeño!) se apoderaron de él para criticarlo. Algunos se rieron; otros, en mayor número, se escandalizaron y sonó para Smith la hora de la persecucion, al propio tiempo que la de la celebridad.

No por esto desanimó el profeta. Con ayuda de Olivier Corwlevy y de algunos otros fervientes adeptos, llegó á extender su doctrina en varios Estados de la Union.

En Junio de 1832 apareció en el Missouri una publicacion mensual consagrada exclusivamente á difundir los principios del nuevo Evangelio y á publicar las revelaciones que Dios hiciese á José Smith, por la mediacion de los mensajeros celestes, con quienes este seguia siempre en las mejores relaciones.

Los banqueros, que en los Estados-Unidos se mezclan en todo un poco, adquirieron confianza con los mormones y les prestaron el dinero necesario á la manifestacion de sus *verdades eternas*. Bajo la razon A. S. Gilbert y Compañía, la nueva Iglesia tuvo su casa de banca, donde podia descontar su papel á un interes razonable. El crédito de que gozaban los mormones, mas quizá que sus milagros, excitó el celo de algunos fanáticos, que ya no se limitaron á mirar con indiferencia ni á criticar, como era su derecho, las ridículas bellaquerías del falso profeta, sino que quisieron atentar contra su vida.

Introdujéronse una noche en el cuarto en que José Smith dormia, así como su compañero Sidney Rigdow, y despues de sacarles de sus camas, les embadurnaron el cuerpo de brea, haciéndoles rodar despues sobre plumas. Cuando sus víctimas estuvieron suficientemente emplumadas echaron á la calle á Sidney Rigdow, é hicieron, se dice, beber agua fuerte á Smith para castigarle por sus mentiras. El profeta yankee no por ello murió, lo cual fué tenido por un nuevo milagro y redobló el crédito de que gozaba cerca de la casa de banca A. S. Gilbert y Compañía.

Hubieron de sorprenderse algunas personas de que los

ángeles con quienes José Smith hablaba todos los dias no le hubiesen advertido del complot que contra él se tramaba. Algunos teólogos mormones demostraron que ese mismo complot y el martirio del profeta eran necesarios al triunfo de la nueva ley. Muy bien pudo ser; mas entónces ¿por qué esos mismos teólogos calificaban de viles serpientes y amenazaban con las penas eternas á los autores de aquella conspiracion, á quienes á la vez consideraban como enemigos de Dios y dóciles instrumectos de su triunfo? Eso es lo que nunca se ha podido averiguar.

De todos los milagros hechos por José Smith, el de haberse hecho prestar dinero por los banqueros, pareció á muchos el mayor de todos. Los *Santos de los últimos dias* tuvieron bien pronto bastante crédito para edificar un templo bajo la salvaguardia de las leyes americanas, que consagran todas las libertades. El templo fué concluido durante el año 1833. A su vista redoblaron en furor los fanáticos, hasta el extremo de que los mas irritados cometieron actos execrables contra los mormones indefensos; les emplumaron, les apalearon, les saquearon y quemaron sus casas. «Me contrista decir, escribe un historiador, que los eclesiásticos de las diversas denominaciones sancionaron estos actos de crueldad con su presencia y aun con su participacion.»

Consultad los preceptos fundamentales de todas las religiones del mundo, en ellas encontrareis ante todo el amor del prójimo. Y hé ahí como los hechos están de acuerdo con los preceptos. ¡Pobre humanidad!

Empero los mormones, verdaderos fénix, renacian de sus cenizas, propagándose tanto mas, cuanto mas injustos y crueles con ellos se mostraban. En 1834 José Smith, acompañado de 250 hombres, se trasladó al condado de Clay, Es-

tado del Missouri, para intentar una reconciliacion con el pueblo del condado de Jackson. No era cosa fácil, pero si se predica sin peligro, se catequiza sin gloria, y el peligro mismo parecia aguijonear el celo de los misioneros. Tal pareció este peligro á S. E. Daniel Dunklin, entónces gobernador del Missouri, que hubo de notificar al cuerpo legislativo en su relacion anual, que los medios necesarios para obrar con todo el rigor de las leyes civiles y militares eran insuficientes, y que los mormones no podrian ser protejidos en los Estados. Este mismo personaje habia antes escrito al Thornton, con fecha 6 de Junio de 1834, estas significativas líneas: «Estoy plenamente convencido de que la excentricidad de las opiniones y prácticas religiosas de los mormones es, bien considerado todo, la causa de los ultrajes contra ellos cometidos.»

Es en efecto evidente que los perseguidores de los nuevos sectarios no eran otros que antiguos sectarios fanatizados, que hubiesen querido monopolizar para ellos solos el culto del Omnipotente. A la verdad, nosotros estamos léjos de defender la doctrina religiosa de los mormones; pero condenamos los excesos, sea cualquiera la forma ó el pretexto bajo que se produzcan.

Si los mormones no hubiesen tenido dinero á su servicio hubieran sucumbido en esta lucha desigual; pero el dinero, que es el nervio del proselitismo como el de la guerra, les salvó. Los *Santos de los últimos dias* compraron propiedades en el Missouri, lo que provocó *meetings* religiosos, en los cuales hubo de decidirse, aunque muy arbitrariamente, que los mormones debian cesar en sus adquisiciones de terrenos si no preferian ser degollados. Se les indicó como nueva residencia una llanura enteramente desnuda, que les fué adju-

dicada por consentimiento unánime de los fanáticos. Los mormones, con una resignacion enteramente evangélica, levantarón sus casas, y despues de haber comprado al gobierno los terrenos áridos que se les designaban por residencia, se pusieron en camino, sin articular una queja, para el Casildwell.

Miéntras que la mayor parte de los mormones se entregaba á la agricultura con un valor y una alegría que seria injusto no reconocer, José Smith, continuando su papel de profeta, recorria los campos bendiciendo los huérfanos, haciendo algunos pequeños milagros por no estar ocioso y predicando la fé nueva.

Ved aquí una muestra de estos pequeños milagros. Un dia encuentra á un jóven y desgraciado huérfano, que erraba por los campos, abatido de fatiga y extenuado por el hambre y la sed.

—¿De dónde vienes? le preguntó el profeta.

—De Cartago, respondió el huérfano.

—¿A dónde vas?

—A donde Dios me lleve, replicó el pobre niño.

—La llama de la vida ha guiado tus pasos hácia la luz del dia, exclamó el profeta levantando las manos al cielo.

—¿Creeis?.... preguntó el huérfano, que sin duda no habia comprendido mas que vos y yo las palabras simbólicas de Smith.

—Sígueme, dijo el profeta.

El huérfano le siguió. El presumia sin duda que el profeta iba á darle de comer. En efecto, no habian andado diez pasos juntos cuando se ofreció á su vista un árbol cargado de exquisitos frutos. El niño aprovechó tan buena ocasion. En fin, á la orilla de un bosque, un ángel depositó para el

infeliz huérfano un par de excelentes zapatos y un vestido completo.

—¡Ah! exclamó el niño á la vista de este milagro, vos sois el profeta. ¡No hay otro mas que vos!

—Tú has dicho verdad, respondió modestamente Smith, y le bendijo.

El éxito de la predicacion religiosa del profeta fué tal, que en 1835 muchas centenas de varones llegaron á adherirse al tronco de la Iglesia mormónica. Se construyó un nuevo templo, llamado Kirlund. Cuando este monumento religioso estuvo suficientemente adelantado, el profeta reunió cuatro cientos ancianos para dedicarlo al Señor. La ceremonia tuvo lugar el 27 de Marzo de 1836. Este edificio, todo de piedra, mide 80 piés de largo por 60 de ancho, terminado por una torre de 110 piés de elevacion, de bella arquitectura.

Bien pronto los mormones creyeron estrecha la América y pensaron en llevar mas allá de los mares la luz de las verdades eternas de que ellos eran depositarios. Los primeros misioneros designados para predicar al extranjero, partieron en número de una decena del Kirlund para las islas Británicas. Estos dispensadores de los secretos del Señor llegaron á Inglaterra el 20 de Julio de 1837, y á los tres dias de su desembarque comenzaron á predicar en la ciudad de Preston. Nadie tuvo mas celo. De Preston se trasladaron á otras muchas ciudades, y ántes de acabar el año, habian, segun su expresion, ganado 100.000 almas á Dios. Mientras que los misioneros catequizaban en unas partes, el grueso de los *Santos de los últimos dias* no perdió tiempo en América. En 1838 echaron los cimientos de una ciudad santa, en el condado de Duniers, á orillas del Gran-Rio. En ménos de tres años, sin la intervencion de ningun ángel, gracias simple-

mento á los esfuerzos de los agricultores mormones, el Casildwell, en otro tiempo de una esterilidad asoladora, llegó á ser floreciente y á propósito para todos los géneros de cultivo compatibles con el clima. Los nuevos creyentes edificaron en el Far-West un tercer templo, de 110 piés de largo por 80 de ancho; despues establecieron una imprenta y fundaron un diario bajo el nombre de *Diario de los Elders* (ancianos.)

Pero aun no se habian apagado las pasiones religiosas de que los mormones en casi todas partes habian sido víctimas, sino que hervian sordamente entre los enemigos de la nueva Iglesia. Estas pasiones estallaron con una violencia insensata en el mes de Agosto de 1838, con motivo de unas elecciones en Galatin, y mas todavia en el siguiente mes de Noviembre.

José Smith y algunos de sus compañeros fueron conducidos ante no sé qué tribunal militar, compuesto; segun la obra titulada *Prophet af the mineteenth century*, de 19 oficiales y de 17 predicadores de diferentes sectas. Todos los acusados fueron condenados á ser fusilados. La órden de ejecucion dada por el mayor general Lúcas estaba, segun el historiador Jorge Smith, concebida en estos términos: «Brigadier general Daniphan, llevareis á José Smith y sus compañeros y les fusilareis mañana, á las nueve.» Esto era breve, pero sustancial.

Por fortuna, este militar conocia las leyes que aquel anómalo tribunal habia violado tan arbitrariamente. No queriendo hacerse cómplice de un crímen, rehusó resueltamente ejecutar las órdenes de su superior. «Ese es un crímen cometido á sangre fria, dijo, no obedeceré vuestra órden. Mi brigada marchará mañana por la mañana á las ocho para trasladarse á Libertad; si voz ejecutais esos hombres, os tendré por res-

ponsable ante la justicia humana. ¡Que Dios me asista!» Por consecuencia de la conducta enérgica de este brigadier (como hay pocos sin duda) los prisioneros salvaron sus vidas. Mas no por eso los mormones dejaron de ser lanzados del Missouri con una brutalidad salvaje, en contra de todas las leyes civiles y militares, y á despecho del espíritu de libertad que por do quiera reina en América, á ménos que el fanatismo religioso se encargue de echarlo á bajo todo.

Tienen de singular las pasiones religiosas que por nada pueden ser dominadas. Porque en efecto, para unos iluminados que creen agradar á Dios, ¿de qué sirven las leyes sociales? «Figuraos, dice el historiador que acabamos de citar mas arriba, 18,000 personas de todas edades, sexos y condiciones, arrojarlas en medio del invierno, léjos de cuanto poseian, desprovistas de todo, hambrientas, casi desnudas, sin asilo y sin amigos, errando en medio de las llanuras, sin caminos ni veredas, dispersos, á 200 ó 300 millas de las habitaciones que habian levantado sobre los terrenos comprados á la confederacion de los Estados-Unidos y bajo la proteccion de la bandera americana. Cientos y quizás miles de entre ellos perecieron durante el invierno, la primavera y el estío á causa de las fatigas y sufrimientos. Los hombres cayeron los primeros, dejando viudas y huérfanos para continuar sus sufrimientos, etc.» A pesar de su exasperacion, los del Missouri permitieron á José Smith, preso hacia seis meses, abandonar el Estado luego que los demas mormones le habian evacuado.

Llegamos al momento en que el profeta yankee, siempre el intérprete de Dios, segun algunos mormones, abandonado del Señor, segun otros, recibe por mediacion de un ángel revestido de una túnica sin costuras, la revelacion referente

á la poligamia. Esta revelacion, que ha hecho el escándalo y la fortuna de la nueva Iglesia, y que mas adelante reproduciremos por extenso, está fechada en Nanción á 12 de Junio de 1843, pero no fué proclamada hasta 20 de Agosto de 1852. Redactada en estilo bíblico, fué impresa por primera vez el 14 de Setiembre de 1852 por el diario *Deseret News*.

José Smith se habia casado en 18 de Febrero de 1827 con Emma Isaac Hale; siendo muy opuestos á este enlace los padres de la jóven Emma, que no presagiaban para su hija una vida tranquila y regular. ¡Qué hubiesen dicho el señor y la señora Isaac Hale, si hubiesen podido prever que su hija seria, por órden de los ángeles revestidos con túnicas sin costuras, la primera de las polígamas americanas!

Los dias del profeta estaban cumplidos. Se encontraba preso por la cuadragésimasétima vez, cuando el 23 de Junio de 1844, una banda de asesinos, desfigurados los rostros, invadieron la prision y acabaron desapiadadamente con Smith y con su hermano Hyrum, dejando por muerto al anciano John Taylor, herido gravemente de cuatro balazos.

Tal fué el encarnizamiento de los asesinos contra este desgraciado iluminado, que muerto, quisieron fusilarle de nuevo. Levantaron su cadáver, colocáronle apoyado contra el brocal de un pozo, y en esta posicion, descargaron sobre él cuatro hombres sus fusiles bien cargados. El cadáver cayó de nuevo, y los asesinos gritaron *¡hurrah!*

Pero se necesitaba un pequeño milagro póstumo despues de todos los ejecutados por el profeta durante su vida. Testigos oculares (de los que se hallan para cuanto se desea), refieren que el individuo que acababa de arrastrar el cadáver dos veces asesinado, habia sacado un cuchillo y se disponia á separar la cabeza del tronco, cuando de repente retrocedió

herido en el rostro por una exhalacion. Al grito de espanto, arrojado por aquel hombre, huyeron todos los asesinos aterrorizados y gritando: ¡Desgraciados, desgraciados, desgraciados!

Ya se sabe, nada exalta á los religiosos como la persecucion. La muerte del profeta hizo nuevos y numerosos prosélitos hasta el dia en que fueron á instalarse definitivamente en el Valle, siguiendo á su presidente y gran pontífice Brigham Young.

Aunque la region sea de las mas estériles que jamas haya habitado hombre alguno, ninguna colonia ha hecho tan rápidos progresos. Se han formado establecimientos de cultivo de Norte á Sud, de Este al Oeste, en una extension de territorio de 350 millas, es decir, donde quiera han encontrado agua para el regadío. •El Utah encierra á estas horas mas de 50,000 habitantes, casi todos mormones, por no decir todos. Cerca de 100 molinos para serrar y otros para harinas, están en movimiento. Entre los edificios públicos se echa de ver la casa de Estado de Deseret, ocupada por la legislatura; la casa territorial del Utah, en Filmore-City; el tabernáculo de la ciudad del Gran-Lago-Sucio, edificio de 120 piés de largo sobre 64 de ancho, abovedado y sin colnmnas.

Tal es en pocas líneas la historia de José Smith, cuyas fábulas groseras han hallado crédito en el espíritu de mas de 300,000 individuos. Siempre ha habido y habrá, en el antiguo como en el nuevo mundo, cierto número de personas sencillas, débiles ó apasionadas de lo maravilloso, dispuestas á creer las fantasmagorías del género de las que han formado la celebridad de Smith. El contrapeso de los nuevos profetas, es que tarde ó temprano otros fanáticos ó ambiciosos

como ellos, les hacen perder en una hora el gusto de las revelaciones: no hay dicha completa en el mundo ni oficio que no presente sus quiebras.

Paris tiene la ventura en estos momentos de hospedar á un santo frances *de los últimos dias*, enviado expresamente del Gran-Lago-Sucio por Brigham Young, el gefe mormon en el Utah, para catequizar á nuestros compatriotas. El apóstol L. A. Bertrand, tal es su nombre, inclinó la cabeza á la órden dada por su gefe, y calzando sandalias, báculo en mano y calabaza pendiente de un costado, emprendió con arrojo su peligrosa peregrinacion.

Mas no era lo mas difícil hacer el viaje, sino al llegar á Paris propagar la nueva religion eludiendo la policía correccional. M. Bertrand ha elegido el solo medio que le era dable, ha publicado un libro de propaganda muy sério, y por lo mismo muy divertido, intitulado *Memorias de un mormon.*[1] ¡Qué de cosas extraordinarias nos revela este libro, que viene con la mayor oportunidad á distraer agradablemente de las graves preocupaciones del momento! Por ejemplo, M. Bertrand, que es un hombre de conviccion, nos asegura que Jesucristo, despues de su ascension, hizo escala en América, á donde fué á fundar su Iglesia, predicando él mismo las sublimes moralidades del Evangelio, que acababa de revelar al antiguo mundo. Sí, señores, los hombres de piel roja se han aprovechado mal de las celestes enseñanzas, y como se vé no pueden quejarse sino de sí mismos; pues que Dios habia hecho humanamente cuanto era posible hacer para traerlos á mejor camino.

Despues de haber cumplido su obra en América, Jesucris-

1 Un tomo. Coleccion Hetzel, Paris.

to quiso llenar la misma mision para con las diez tribus perdidas de Israel, trasladándose al lado de ellas, nos dice el *Libro de Mormon* por boca de M. Bertrand.

Segun este libro, las diez tribus habitan en el Norte de América. Dice tambien que cuando Jesucristo venga en todo el esplendor de su gloria á poner todos sus enemigos á sus plantas y á introducir aquí abajo el reino de la justicia, los profetas de estas diez tribus acudirán á su voz poderosa. Entonces, ¿sabeis lo que sucerá, segun las revelaciones que fueron hechas á José Smith por uno de esos ángeles familiares que se cernian sobre su cabeza á la orilla de los bosques? Todos los profetas (José Smith es la cabeza, se entiende) tocarán las rocas y los yelos se fundirán á su presencia, y se abrirá un camino por medio del Océano. Los enemigos caerán bajo sus golpes; fuentes de agua viva brotarán ante los profetas y regarán vastas soledades áridas. Llevarán sus ricos tesoros á los hijos de Efrain, sobre la tierra de Sion.[1] Durante su marcha las montañas temblarán á su presencia. En fin, se trasladarán á Sion cantando himnos de eterna alegría, para ser allí coronados de gloria por los servidores del Todopoderoso, los hijos de Efrain.

M. Bertrand cree todo esto y otras muchas cosas, pero le asalta una duda: él no está cierto de que las tribus perdidas de Israel habiten el Norte de América. Inclínase á creer que se encuentran en el nuevo continente que aun gime en algun lugar del Océano Artico. En cuanto á mí, declaro no tener opinion en este asunto, y me parece que el autor de las *Memorias de un Mormon* hubiera hecho mal en no aceptar

1 Segun los mormones, Sion será el nombre futuro del nuevo mundo, es decir, de las tres Américas.

esta hipótesis porque no sea de mi agrado; es tan razonable como la que los *Santos de los últimos dias* se forman sobre el alma y el cuerpo.

«Los espíritus, dicen ellos, no son contemporáneos de los cuerpos. No es razonable creer que Dios crie un nuevo espíritu cada vez que un nuevo tabernáculo viene al mundo, porque entónces la Creacion no abria acabado al cabo de los siete dias, sino que duraria aun, y Dios no estaria ocupado sino en crear espíritus de contínuo, 1.000,000,000 por siglo al ménos.» Verdad es que eso seria monótono. Por otra parte, las revelaciones hechas á Smith le han enseñado que Dios no ha creado el alma del hombre, cuya existencia es igual á la suya. «¿Es lógico, dice Smith (lo que es original es que un profeta invoque la lógica,) que la inteligencia de los espíritus sea inmortal, cuando ha tenido un principio? No. La inteligencia de los espíritus no ha tenido un principio, y no tendrá fin; no ha habido tiempo en que los espíritus no hayan existido. Todos los locos y todos los sabios desde el principio de la Creacion, que dicen que el espíritu del hombre ha tenido un principio, prueban que debe tener un fin. Si eso es verdad, habria de seguirse la de la doctrina de la anihilacion. Pero si yo tengo razon, puedo con atrevimiento proclamar que Dios nunca ha tenido el poder de crear el espíritu del hombre, no pudiendo Dios crearse á sí mismo.»

No seré yo por cierto quien emprenda la refutacion de las doctrinas de José Smith como las de las otras religiones. No seria poca tarea habérselas con las 6,000, segun se dice, contando las sectas, que se disputan las almas de los...... 1.300,000,000 de habitantes que afligen nuestro globo. Pero yo me pregunto de qué manera los mormones se las arreglan para conciliar su opinion sobre la no creacion de las almas

con el dogma del pecado original, borrado por el bautismo. Es esta una explicacion que protesto pedir á M. Bertrand si alguna vez le encuentro en mi camino.

Por lo demas, siendo esta una revelacion hecha por un ángel al profeta americano, y no pudiendo probarse esto sino por las revelaciones anteriores, las cuales no se prueban con frecuencia, resulta que en el mormonismo, como en otras muchas religiones, la fé sola es la que salva.

Al lado de esta fantasmagoría espiritualista, necesaria quizás á la propagacion de su sistema social, los ciudadanos del Utah persiguen la realizacion de dos principales ideas: la extincion del pauperismo y la poblacion rápida del continente americano, susceptible de alimentar 2.000,000,000 de hombres. Este doble propósito explica los medios que han creido poder emplear para impresionar el espíritu de las masas, especialmente el espíritu de las mugeres, siempre dispuestas á sacrificarlo todo, aun los sentimientos mas naturales, al amor de lo maravilloso.

Cuando se las ve contrariar y ahogar en sí mismas los instintos de la naturaleza y condenarse al celibato para agradar á la divinidad, no debe causar extrañeza que las haya que acepten la poligamia, por muy monstruoso que sea este sistema social, para agradar á esa misma divinidad, cuyo intérprete se ha declarado José Smith. Al ménos las esposas de una mitad, de un tercio, de un cuarto, de un octavo, y á veces de una quinzava parte de marido, tienen en el Utah el consuelo de ser madres. Se las cree dichosas y bien puede suceder. Hay siempre en los sacrificios voluntarios inspirados por una fé religiosa cualquiera, una especie de voluptuosidad espiritual que, absorbiendo todas las facultades del ser,

triunfa de todos los instintos de la naturaleza, y llega á veces hasta cambiar el dolor en placer.

Veamos por lo pronto por medio de qué mecanismo social se proponen alcanzar los mormones el fin de su obra, la extincion del pauperismo, y luego volveremos sobre su espíritu religioso, penetrando en su vida privada.

M. Bertrand se expresa sin ambajes sobre este punto. El plan que Dios ha trazado para hacer á sus santos iguales en riqueza temporal, dice, es muy diferente de las utopias de los filántropos del antiguo mundo. Todos los bienes de la Iglesia, en lugar de ser divididos y poseidos individualmente como hoy, serán llevados á un acervo general y administrados por leyes extrictas, pero imparciales. En lugar de ser individual, la propiedad llegará á ser nacional. Cada miembro de la Iglesia será co-propietario de los bienes del fondo ó acervo general.

Obligatorio para todos, el trabajo intelectual ó manual será el lote comun de los santos. Cada individuo llenará, segun su aptitud, una funcion útil, provechosa á la sociedad. El uno será agricultor, el otro carpintero, éste pintor, aquel comerciante.

Cada familia ejercerá, pues, una industria, manejando un capital mas ó ménos considerable, segun la importancia y naturaleza de su industria. Pero, cada año, agricultores, artistas, artesanos, industriales ó comerciantes tendrán que dar cuentas de su administracion y del estado real de sus negocios á los hombres que Dios ha nombrado jueces en Israel; en otros términos, á los gefes elegidos por el pueblo. Todos los años, cada familia recibirá para su manutencion particular una porcion suficiente de los objetos de consumo y de todos los productos agrícolas ó manufacturados, segun un máximo

basado sobre el estado de la propiedad pública, y sobre el número de individuos que compongan cada familia. De ahí nacerá la mas perfecta igualdad, que podrá de este modo mantenerse indefinidamente. En efecto, siendo todos los miembros de la Iglesia asociados y cada uno de ellos co-propietario del gran dominio territorial y de todas las riquezas nacionales, miéntras dure este órden de cosas nada dará lugar á la desigualdad.

Ved aquí la teoría del socialismo mormónico. Se ve, aunque otra cosa diga M. Bertrand, que se aproxima bastante al socialismo de muchos gefes de escuela famosos, á quienes, sin embargo, trata muy mal el autor de las *Memorias de un Mormon.* Este hace constar con una especie de satisfaccion las tentativas infructuosas de Roberto Owen en los Estados-Unidos; del antiguo procurador general y diputado Cabet; del antiguo discípulo de la Escuela politécnica y discípulo de Fourier, Víctor Considerant. ¿Por qué, sobre todo, han fracasado estos hombres, y por qué el socialismo mormon ha tomado por el contrario un rápido desenvolvimiento y se propaga cada dia mas? Segun M. Bertrand, consiste en que los sistemas de estos diferentes economistas no tenian otro apoyo que la filosofía, impotente para edificar nada, cuando el mormonismo tiene por base lo que llama la revelacion divina.[1]

Quizá M. Bertrand tenga mucha razon, porque en efecto, las farsas mas groseras, las mas evidentes imposturas, á las

1 Hay mas recursos vitales y de produccion en las espontáneas supersticiones de la Edad Media, aun en las de nuestros hombres de piel roja de América ó de los salvajes de la Polynesia, que en los sistemas socialistas filosóficos, última palabra del orgullo humano entregado á sus solas fuerzas. (Bertrand, pág. 242.)

que se halla mezclado lo maravilloso, seducirán siempre la masa ignorante de los hombres mucho mas fácilmente que las cosas razonables.

Volvamos á la condicion de las mugeres entre los mormones.

Entre las consideraciones *espirituales* que prescriben la poligamia entre los mormones, hay una bastante curiosa. La compasion hácia las almas que están dispuestas á tomar empleo y que esperan de toda eternidad en los depósitos especiales de las esferas celestes el momento de habitar un cuerpo, induce á los *Santos de los últimos dias* á crecer y multiplicarse lo mas posible. Preciso es procurar ocupacion á esas almas rezagadas, y ved aquí por qué los santos nunca tendrán bastantes hijos. Si Dios las ha guardado tan largo tiempo en el cielo, no era para enviarlas á los cuerpos de los hotentotes, de los negros, de los idólatras, de los falsos cristianos, no; la bondad, la justicia de Dios, las reserva para hacerlas venir á los santos del Dios vivo. Es, pues, razonable que Dios diga á sus servidores fieles y escogidos: «Tomad muchas mugeres como los patriarcas.»

Con este razonamiento, algunos milagros y el temor de este artículo de fé: «Cualquiera que no haya sido casado por esta ley no puede reclamar su muger en la resurreccion,» se han podido reclutar y se reclutan todos los dias cierto número de *Santas*, dispuestas á tomar hipoteca de sentimiento, en una proporcion cualquiera, sobre el corazon de un verdadero creyente. «Antes de cien años, dice en un pasaje con cierto orgullo un *Santo de los últimos dias*, mis descendientes directos sobrepujarán en número la poblacion del Estado de New-York, que es de 4.000,000 de almas.

Ved ahí cien años bien empleados, y si cada santo puede

decir otro tanto, bien pronto tendrán ocupacion las almas que esperan en el cielo.

¿Cuántas mugeres tiene el profeta Brigham Young? Háse dicho que 30, 40, 60, etc.: esto es exagerado, y M. Bertrand nos hace notar que él se contenta con 15. Y todavía «es bueno observar que varias de estas mugeres, compañeras de mi juventud, y siempre tratadas con todas las deferencias imaginables, no son para mí sino unas amigas.»

Estas mugeres, entre las cuales vemos que algunas son verdaderas inválidas civiles, viven juntas en Lion's-Mansion, donde cada una tiene su cuarto particular. Comen en comunidad, y Brigham asiste á las comidas, reza las diferentes oraciones del dia y da instruccion á sus hijos. Pero la mayor parte de los santos cree prudente alejar las unas de las otras sus fracciones de esposa, albergándolas en casas separadas. Cada una cuida de sus hijos. Hé aquí el producto de un censo hecho á fines de 1858, que hace subir á 3.617 el número de los maridos polígamos:

Maridos que tienen siete ó mas mugeres.	387
Maridos que tienen cinco mugeres........	730
Maridos que tienen cuatro mugeres........	1,100
Maridos que tienen mas de una muger y ménos de cuatro........................	1,400
	3,617

No nos parece que debemos entrar en todos los detalles concernientes al matrimonio entre los mormones. Bastará para hacer comprender hasta qué punto el fanatismo religioso de los mormones ha destruido en las mugeres el sentimiento mas ex-

quisito del amor, referir este detalle de la celebracion de todo matrimonio polígamo. El santo que quiere contraer una nueva union se traslada á un lugar designado con la muger ó mugeres que yà tiene, acompañado de su prometida. El presidente interpela al prometido, á su esposa ó esposas y á su prometida, que se mantienen de pié ante él. Dice á la esposa ó esposas: *¿Consentís en dar esta muger á vuestro marido por esposa legítima en el tiempo y en toda la eternidad?* La voz de la esposa todavía única, ó las voces en coro de todas las mugeres ya casadas, hacen oir el *sí* fatal. Al punto las esposas toman la mano derecha de la prometida y la estrechan entre la mano de su marido. Entónces, el presidente pronuncia estas palabras sacramentales: «En nombre del Señor Jesucristo, y por la autoridad del santo sacerdocio, declaro que sois legal y justamente marido y muger por toda la eternidad.»

Segun esto, pareceria que el consentimiento de la muger es necesario al marido para contraer un nuevo matrimonio; es muy útil, en efecto, tal consentimiento; pero si entre los mormones se hallase una muger lo bastante imbuida en las preocupaciones vulgares para ser celosa de una rival y rehusar unirla á su marido, pasaríase sin su consentimiento y el matrimonio se llevaria á cabo de todos modos, sin que por eso fuese ménos agradable al dios de José Smith. Efectivamente, en este caso, segun los libros sagrados de los mormones, la muger llega á ser pecadora, y el marido aplica la ley de Sara que sirvió á Abraham, segun el texto, cuando el Señor mandó á éste tomar á Agar por muger.

Pero tal es la aberracion de aquellos fanáticos, que las mugeres mismas son las que, con frecuencia, comprometen á su marido á contraer nuevos enlaces. Se comprende que un

resultado semejante sea imposible á la filosofía, y que haya sido preciso para obtenerlo, recurrir al atractivo, un poco gastado, sin embargo, de las revelaciones divinas por la intercesion de ángeles envueltos en largas túnicas blancas, de arcángeles luminosos y de milagros obligados.

Eso es muy bueno cuando se dirige á pobres desgraciados privados de toda instrucion, y cuyo cerebro mal equilibrado, es mas á propósito para recibir las impresiones de lo maravilloso; pero ¿cómo M. Bertrand, que es un hombre instruido, su libro nos lo prueba, que ademas ha viajado mucho, lo cual, se dice, forma el espíritu y el corazon, cómo M. Bertrand ha podido aceptar todos los embaucamientos del espiritualismo mormon y convertirse en uno de sus mas celosos misioneros? Este fenómeno seria enteramente inexplicable si M. Bertrand no hubiese cuidado de enseñarnos que el mormonismo no caia en él como en tierra ingrata, y que su espíritu estaba hacia tiempo preparado para todas las revelaciones posibles por revelaciones anteriores, en las cuales ha creido, pero en las que yá no cree.

Hé aquí por qué especie de gimnástica espiritual ha debido pasar M. Bertrand para disponer suficientemente su cerebro á aceptar como divinas las profecías yankees de José Smith.

El apreciable mormon frances hizo sus primeras armas en teología en la escuela del célebre padre Loriquet. Sus padres le destinaban al estado eclesiástico. Pero su aficion á los viajes le hizo abandonar el incipiente sacerdocio para correr mundo.

Permaneció siete años en los Estados-Unidos, fué á ver coronar á D. Pedro II á Rio-Janeiro, y regresó á Francia para embarcarse de nuevo y visitar la India y la China. Des-

pues de estos largos viajes, el amor al estudio le condujo á París. Si M. Bertrand no tenia las disposiciones necesarias para ser sacerdote, la naturaleza le habia hecho creyente al ménos. Creyó sucesivamente una porcion de cosas, de las que hoy se ríe. Así perteneció durante algun tiempo en alma y corazon á las doctrinas de M. Buchez cuyo catolicísmo radical le habia seducido desde el principio.

M. Bertrand soñaba en una alianza entre la autoridad del dogma católico y la libertad política. Mas como eso era perder el tiempo, á fin de ocuparse mas sériamente, pasó de la escuela de Buchez á la de M. Wrouski. M. Bertrand halló sublimes las especulaciones de este economista, y ya miró como idiota al padre Loriquet y á M. Buchez. A M. Wrousky le llamaba luz de la humanidad, cuando unos ecos lejanos le llevaron la *verdadera verdad* por la voz del profeta José.

Desde entónces, excitando el mormonismo todo su entusiasmo, partió, despues de haberse hecho bautizar John Taylor, á las islas Saint-Owen, á la fuente misma, á fin de juzgar por sí. M. Bertrand, con el ardor de un neofito, se embarcó para New-York; se trasladó al Missouri por las vias férreas, y atravesó en carro tirado por bueyes las 400 leguas que separan las orillas del Lac-Salé del fuerte Laramie.

Permaneció cuatro años en la sociedad mormónica, y se hizo jardinero con tal éxito, que obtuvo diez primeros premios en las exposiciones públicas de horticultura. «Nuestras mas bellas damas mormonas, dice, se disputaban mis flores, y las jóvenes de la vecindad iban de ordinario á recoger mis frutos, y especialmente uno que es una especie de grosella silvestre, á la que el cultivo hace muy á propósito para confeccionar excelentes dulces.»

Con las instituciones civiles de los mormones y el jardin

tentador de M. Bertrand, que atraia tantas niñas bonitas, parecia imposible que nuestro francés no compartiese su corazon entre gran número de esposas, tanto mas, cuanto que la perfeccion religiosa de un mormon en este mundo, como su grado de beatitud en el otro, es proporcionado al número de sus mugeres. ¿Cuántas, pues, me preguntareis, tiene M. Bertrand?

Lector, M. Bertrand no tiene sino una sola muger. Y no creais que sea que le hayan faltado ocasiones para hacer un buen número de dichosas. «Yo habia pasado ya de la primera juventud cuando mi existencia en el Utah, y no pretendo parentesco ni aun lejano con el Apolo de Belveder, y si yo hubiese aceptado todas las mugeres jóvenes y viejas, feas y bonitas que vinieron á proponerme la cuestion á mi celda, hoy tendria mas mugeres que el mismo Brigham-Young.» Hé ahí á donde puede llevar á unas mugeres, naturalmente dispuestas á casarse, la aficion á los frutos para confituras.

Mas, ¿por qué, pues, me preguntareis aun, M. Bertrand, que cree la poligamia de institucion divina, no ha cedido á las instancias encantadoras de tantas amables mugeres, y por qué milagro de desobediencia á la ley de los profetas ha permanecido fiel á la esposa única que habia elegido?

M. Bertrand estaba casado con una parisiense cuando se convirtió al mormenismo.

Parece que la nueva Iglesia no es del agrado de Madama Bertrand; pero M. Bertrand alimenta la dulce esperanza de convertirla, y de su mano solo, aceptaria él nuevas esposas, ¿Llegará ese venturoso dia? Todo se puede temer de la resistencia sistemática de Madama Bertrand, que no quiere, bajo ningun pretexto, oir hablar de poligamia. Eso es desesperante.

Aguardando, M. Bertrand ha venido entre nosotros con su importante funcion de misionero mormon. ¿Hará en Francia muchos prosélitos? Es permitido dudarlo, porque al llegar á París este excelente apóstol, tuvo el dolor de hacer constar él mismo que la rama de los santos no contaba aquí en conjunto sino con 13 miembros. Trece es mala cifra, una cifra cabalística. «Ademas, dice el enviado de Brigham, cierto número de nuestros hermanos se habian separado, gracias á las tenebrosas maquinaciones de un ex-protestante francés.» ¡El cisma! ¡Ah! el cisma es quien ha perdido unas tras otras las religiones mas prósperas que se creian eternas. El tambien amenaza al mormonismo. ¿Pero qué quieren esos reformadores escrupulosos de la fé nueva? ¿Será la supresion de la poligamia? A esta pregunta intempestiva, me parece oir á todos los mormones del Utah responder con indignacion estas palabras: «¡Ah, qué bueno seria eso!» No, el mormonismo, si alguna vez prospera, no deberá su éxito mas que á sus aberraciones sociales y á sus absurdos espiritualistas. Separad de este sistema todo lo que tenga de insensato y de contrario á la naturaleza para hacer de él un plan racional de sociedad nueva, y caerá infaliblemente, por muy excelente que fuese. ¡Que quereis, así es el espíritu humano! *Credo quia absurdum*...

....

....

II.

Aquí nos hallábamos en nuestro estudio acerca de los mormones, provistos de los documentos necesarios para edificarnos sobre la fé nueva, y ya estábamos dispuestos á continuar nuestro trabajo, cuando supimos que Paris contaba, no con un mormon, sino con dos. Tan excelente noticia nos fué traida por el digno émulo del mismo apóstol Bertrand, en una edificante visita con que quiso honrarnos este *Santo de los últimos dias.*

Como no todos los dias se tiene la buena fortuna de tropezar con un apóstol, he creido dar contento á mis lectores ofreciéndoles la narracion, tan exacta como sea posible, de la conversacion que tan lindas cosas me enseñó sobre los discípulos de José Smith.

—¿Señor Oscar Comettant?

—Servidor de usted, señor.

—Señor, yo soy el personage á quien alude el apóstol Bertrand, cuando dice en sus *Memorias de un Mormon* estas palabras: «Por otra parte, cierto número de nuestros hermanos se han separado, gracias á las tenebrosas maquinaciones de un ex-protestante frances.»

—Tengo mucho gusto en conocer á usted: sírvase tomar asiento.

—Señor, mi visita reconoce un doble motivo.

—Yo quisiera que lo fuese triple; pues, ¿por qué he de ocultarlo? Yo soy aficionado á los apóstoles, que todos son

hombres muy estimables y tienen siempre multitud de cosas interesantes que contar.

El apóstol mormon se inclinó modestamente.

—Señor, permitidme desde luego que restablezca la verdad en lo que me concierne. Yo no soy en modo alguno un ex-protestante, como equivocadamente ha dicho el apóstol Bertrand, ni para efectuar la excision de que habla he recurrido á maquinaciones tenebrosas, como asegura equivocadamente tambien el mismo Bertrand, muy sujeto, por cierto, á cometer errores. Yo era católico romano ántes de haber sido iluminado sobre la verdadera religion por el profeta Smith, cuando escribia bajo la inspiracion de los ángeles; porque, por penoso que me sea hacer esta confesion, en los últimos años de su vida, el amor á las cosas de este mundo se habia en él sobrepuesto al de las espirituales, y ya Dios no hablaba por su boca.

—¡Ah, me sorprendeis!

—Es tal como tengo la honra de decíroslo.

—¡Diantre! ¿Pero estais seguro de ello?

—Tengo las pruebas.

—¿Es quizás que á su vez tambien los ángeles os hayan revelado algo sobre este punto?

—No, señor. A la verdad yo he tenido algunos ensueños místicos acerca de la profecía de José Smith, pero no creo que deberán tomarse por una revelacion de la divinidad.

—Sois muy modesto, señor. ¿A qué, pues, atribuir esos ensueños?

—A disposiciones puramente físicas; quizás á alguna digestion laboriosa.

—Preciso es, señor, para evitar la recáida en esos ensue-

ños en que el profeta se os muestra con exagerados extravíos, saborear alguna pastilla de Vichy despues de comer ó hacer uso en gran escala de la mostaza blanca.

—Aunque sé que eso es bueno al estómago, creo que todas las pastillas de Vichy juntas no podrian modificar mi opinion acerca de José Smith, á quien Dios abandonó manifiestamente en los últimos tiempos de su vida.

—¿Vos creeis entónces que si él mismo no lo ha confesado es por amor propio?

—Es muy posible. Pero vamos al segundo motivo de mi visita, que es ilustraros sobre los sorprendentes extravíos de los primitivos mormones, bajo la direccion sacrílega de Bringham-Young, y sobre el misionero Bertrand, que hace aquí el buen apóstol, sabiendo perfectamente que entre nosotros dos el culpable de cisma es él y no yo. Sin querer mancillar la honra ni rebajar el talento de ese favorito de Bringham-Yuung, diré que tiene defectos de carácter que le hacen, á mi juicio, acreedor á toda severidad, y muy poco á propósito para el santo ministerio de que se ha revestido. Desde la edad de dos años, M. Bertrand......

—Perdonad si os interrumpo, pero yo no puedo creer que Dios haya abandonado bruscamente á José Smith despues de haberle dado pruebas de una entera confianza.

—El amor á las cosas terrenales, señor, y las tentaciones reiteradas del demonio, que un dia le inspiró esta maldita palabra: ¡poligamia!

—¿Cómo, señor apóstol, la poligamia no viene de Dios y viene del infierno?

—Sí, señor, del infierno, porque está formalmente condenada por el libro de Mormon, que es la palabra de Dios.

—Yo voy de sorpresa en sorpresa; al ver el mormonismo fundado sobre la poligamia, yo la creia naturalmente ordenada en el libro de Mormon. Hay mas, yo creo recordar que la poligamia, que por otra parte menciona la Biblia, ha sido ordenada al profeta americano por un ángel enviado especialmente para este objeto.

—Así se ha dicho, pero es una impostura.

—Yo he leido que este ángel era de una estatura un poco mas elevada que la de los hombres que por aquí se usan y que venia vestido con una túnica blanca sin costuras.

—En efecto, se ha escrito eso, pero todo ello es una impostura.

—¿Creeis que la túnica del ángel estaba cosida?

—Yo creo que ningun ángel ha dado semejante órden á José Smith, porque Dios no hubiera querido contradecirse. Por lo demas, ya volveremos sobre esta importante cuestion. Os decia que el apóstol Bertrand, desde la edad de dos años......

—Es efectivamente demasiado importante para que podamos abandonarla un momento siquiera. Yo tengo ahí en un pergamino el texto mismo de la revelacion hecha por el ángel al profeta yankee.

—¡Ah! ¿Teneis el texto?

—Sí, señor, y si me permitís, tendré el gusto de ponéroslo ante la vista.

Y sin esperar la respuesta de mi santo visitador, me disponia á buscar el documento, un poco largo por cierto, pero que yo ofrezco entero á la curiosidad del lector como un modelo de estilo imitativo y para la mejor inteligencia de este dogma delicado de la Iglesia nueva.

REVELACION SOBRE LA POLIGAMIA,

Recibida por José Smith en Nauvoo, el 12 de Junio de 1843, proclamada el 20 de Agosto de 1852, y publicada el 14 de Setiembre del mismo año en el Deseret-News.

En verdad, en verdad, así os dice el Señor, José, mi siervo, puesto que me habeis interrogado á fin de saber y comprender como yo, el Señor, he justificado á mis siervos Abraham, Isaac y Jacob, lo mismo que á Moisés, David y Salomon, mis siervos, por cuanto ellos tenian muchas mugeres y concubinas. Hé aquí, yo soy el Eterno tu Dios y te responderé sobre esta materia. Esto espero que prepareis vuestros corazones á recibir y á seguir las instrucciones que voy á daros, pues que todos aquellos á quienes esta sea revelada deben obedecerla. Hé aquí, yo os revelo una nueva y eterna alianza, y si no guardais esta alianza, sereis condenados, porque todo el que rehuse esta gloria no puede entrar en mi gloria. Y todos aquellos que reciban una gracia de mi mano deberán observar la ley que ha sido hecha en este efecto, así como las condiciones de esta ley, tales como han sido determinadas desde antes de la creacion del mundo. Ellas han sido instituidas para la plenitud de mi gloria y como pertenecientes á la nueva y eterna alianza; y aquel que reciba su plenitud, debe ser y será fiel á la ley, ó bien él será condenado, dice el Señor.

En verdad, yo os digo, hé aquí las condiciones de esta ley: Todas las alianzas, contratos, compromisos, obligaciones, juramentos, votos, tratados, lazos, asociaciones, esperanzas que me son hechas, registradas y selladas por el Espíritu-Santo de promesa, por revelacion y mandamiento, por el tiempo

como por la eternidad, de mano de mi ungido, á quien he escogido sobre la tierra para tener esta autoridad (y yo he designado á mi siervo José para tener este poder en los últimos dias, y sobre la tierra no hay sino un solo hombre que á la vez le sean conferidos este poder y las llaves del sacerdocio) son de ninguna eficacia, virtud á fuerza en y despues de la resurreccion de los mormones, porque todos los contratos que no son hechos con este fin queden aniquilados cuando los hombres mueren.

Hé aquí, mi casa es una casa de órden, dice el Eterno, y no casa de confusion. Aceptaré una ofrenda, dice el Señor, que no es hecha en mi nombre, ¿ó bien recibiré de vuestras manos lo que no he ordenado? Y os prescribiré, dice el Señor, de otro medio que por la ley, de la manera que Yo y mi Padre lo hemos establecido para vos, aun ántes de la creacion del mundo. Yo soy el Señor tu Dios, y yo os doy este mandamiento, que ningun hombre venga al Padre, sino por mí, ó por mi palabra que es mi ley, dice el Eterno. Y todo lo que se hace sobre la tierra, ya sea decretado por reyes, príncipes, potestades, todas las cosas sin excepcion que no han sido hechas por mí ó por mi palabra, dice el Señor, serán abolidas y de ningun efecto despues de la muerte, en y despues de la resurreccion, dice el Señor vuestro Dios; porque solo mis obras subsistirán y todo lo que no venga de mí será acabado y destruido.

Por esto, por lo que si un hombre se casa con una muger en el mundo, y se casa con ella no por mi ni por mi palabra ellos contraen una alianza por el tiempo que vivan sobre la tierra; pero su matrimonio pierde su efecto cuando salgan de este mundo. Ninguna ley les obliga ya despues de su muerte. Por esto es por lo que, cuando ellos salen mundo, no

pueden casarse ni ser dados en matrimonios, sino que ellos llegan á ser ángeles en los cielos, y sus funciones consisten en servir á los que son dignos de una gloria mas grande y eterna; porque estos ángeles no han guardado mi ley, es por lo que, no pudiendo ya elevarse, permanecen en su condicion de salvacion, separados y á parte, sin exaltacion y por toda la eternidad; y donde entónces ellos no pueden llegar á ser dioses, sino que son por siempre los ángeles de Dios.

Y yo os lo digo en verdad: si un hombre se casa con una muger y hace con ella una alianza por el tiempo y por toda la eternidad; si esa alianza no es contraida por mí ó por mi palabra, que es mi ley, y si esta no es sellada por el Santo Espíritu de primero y por las manos de mi ungido, á quien yo he revestido de esta autoridad, semejante alianza no es válida; ella queda sin eficacia cuando ellos salgan del mundo, porque no han sido unidos por mí ni por mi palabra, dice el Señor. Cuando salgan del mundo, su alianza no es reconocida, porque allí están los ángeles y los dioses y ellos no aceptan estos matrimonios. Por eso es por lo que ellos no pueden heredar mi gloria, porque mi casa es una casa de órden, dice el Señor.

Y os digo tambien: si un hombre se casa con una muger por mi palabra, que es mi ley, y por la nueva y eterna alianza, y si esta alianza es sellada sobre ellos por el Santo-Espíritu de promesa, de manos de mi ungido, á quien yo he dado esta autoridad y las llaves de este sacerdocio, se les dirá: Vosotros tendreis parte en la primera resurreccion, y si esto es despues de la primera resurreccion, vosotros tendreis parte en la próxima resurreccion, y vos heredareis tronos, reinos, principados, potestades, dominaciones de todas las alturas y de todas las profundidades de la creacion: en-

tónces esto será escrito en el Libro de la vida del Cordero. Y si ellos guardan mi alianza y no cometen muerte alguna para derramar la sangre inocente, todas las promesas, cualesquiera que sean, que les hayan sido hechas por mi siervo, serán cumplidas; ellos serán en su plena fuerza cuando ellos salgan del mundo, y ellos serán exceptuados por los dioses y por los ángeles, que están allí por su exaltacion y su gloria en todas las cosas, como ellos han sido sellados sobre sus cabezas, y su gloria será la plenitud y una continuacion de su raza por toda la eternidad.

Entónces ellos serán dioses, porque ellos no tendrán fin, porque ellos existirán eternamente por toda la eternidad, es por lo que su posteridad continuará; ellos estarán por encima de todas las cosas, porque todas les estarán sujetas. Entónces ellos serán dioses, porque ellos tendrán todo poder, y los ángeles les estarán sometidos.

En verdad, en verdad, yo os lo digo, si no guardais mi ley no podeis esperar esta gloria, porque es estrecha la puerta y estrecho el camino que conduce á la exaltacion y á la vida eterna y hay pocos que le hallen, porque vosotros no me recibís en el mundo y no me conoceis. Pero si vosotros me recibís en el mundo, entónces me conocereis y llegareis á vuestra exaltacion, á fin de que allí donde yo esté esteis vosotros tambien. Conocer el solo verdadero Dios y á Jesucristo, que él ha enviado, hé aquí la vida eterna. Yo soy Jesucristo. Recibid, pues, mi ley. Ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce á la muerte, y muchos la siguen, porque ellos no me reciben ni guardan mi ley.

En verdad, en verdad, yo os digo, si un hombre se casa con una muger segun mi palabra, y su matrimonio es sellado por el Santo-Espíritu de promesa en conformidad á mi mundo.

todo; si él ó ella se hacen culpables de algun pecado ó trasgresion hácia la nueva y eterna alianza y de toda suerte de blasfemias; si ellos no cometen muerte para verter la sangre inocente, ellos tendrán tambien participacion: pero ellos serán destruidos en la carne y serán entregados en manos del Satan hasta el dia de la redencion, dice el Eterno.

La blasfemia contra el Espíritu-Santo, que no será perdonada en el mundo ni fuera de él, consiste en cometer muerte para derramar la sangre inocente y en mi muerte despues de haber recibido mi nueva y eterna alianza, dice el Señor; y aquel que no guarde esta ley no puede de ninguna manera entrar en mi gloria, sino que él será condenado, dice el Eterno.

Yo soy el Señor tu Dios, y te daré la ley de mi santo sacerdocio, como ella fué establecida por mi Padre y por mí antes de la creacion del mundo. Abraham ha recibido todas las cosas, todas las que ha recibido por mi revelacion y mandamiento, por mi palabra, dice el Señor, y él ha entrado en su exaltacion y está sentado sobre su trono.

Abraham ha recibido promesas respecto á su posteridad y el fruto de sus riñones, de cuyos riñones, vos sois mi siervo José; las cuales promesas debian continuar por todo el tiempo que ellos fueren en el mundo. Por cuanto lo que concierne á Abraham y su posteridad, le fué prometido que ella continuaria fuera del mundo, y ellos continuarán en el mundo y fuera del mundo tan innumerables como las estrellas; mas, aun cuando conteis las arenas de las playas del mar, nunca podreis contar aquellos. Esta promesa os pertenece, porque vos sois el hijo de Abraham, y á este ha sido hecha la promesa, y es por esta ley por la que se perpetúan las obras de mi Padre, en las cuales él se glorifica. Id, pues, y haced las

obras de Abraham; guardad mi ley y sereis salvo. Pero si no guardais mi ley no podreis recibir las promesas de mi padre hechas á Abraham.

Dios lo mandó á Abraham, y Sara dió á Agar por muger á Abraham. ¿Y por qué lo hizo? Porque esta era la ley, y de Agar salieron muchos pueblos. Esto era, entre otras cosas, el cumplimiento de las promesas. ¿Abraham estaba, pues, por esto sujeto á condenacion? En verdad, yo os digo que *no;* porque yo el Señor, se lo habia mandado. Se habia ordenado á Abraham sacrificar á su hijo Isaac, y sin embargo, estaba escrito: «no matarás.» Abraham no se opuso, y esto lo justificó.

Abraham recibió concubinas y ellas le dieron hijos, y eso le justificó, porque ellas le habian sido dadas y él ha sido fiel á mi ley. Isaac y Jacob no hicieron igualmente, sino lo que les habia sido mandado, y porque no hicieron sino lo que tenian mandado, han entrado en su exaltacion, conforme á las promesas, y están sentados sobre tronos; no son ángeles sino dioses. David recibió tambien muchas mugeres y concubinas, así como Salomon y Moisés, mi siervo; como igualmente otros muchos de mis siervos, desde la creacion del mundo hasta hoy, y en nada han pecado, como no sea en las cosas que de mí no habian recibido.

Las mugeres y las concubinas de David le fueron dadas de mi parte por la mano de Nathan, mi siervo, y por las manos de otros profetas que tenian las llaves de esta autoridad, y en ninguna de estas cosas ha pecado él contra mí, excepto en el caso de Uri y su muger. Por esto és por lo que él ha caido de su exaltacion y ha recibido en parte, y no heredará de ellos fuera del mundo, porque yo les he dado á otro, dice el Señor.....

Y además, como perteneciente á la ley del sacerdocio, si un hombre se casa con una vírgen y desea casarse con otra, y la primera presta su consentimiento, y si se casa con la segunda, siendo ambas vírgenes, y no hayan sido prometidas á otro hombre, entónces él es justificado; no puede cometer adulterio, pues que ellas le han sido dadas; porque no puede cometer adulterio con lo que le pertenece y no pertenece á otro; y si él tiene diez vírgenes que le hayan sido dadas por esta ley, no puede cometer adulterio porque ellas le han sido dadas y le pertenecen. Es, pues, justificado. Pero si una ú otra de las diez vírgenes, despues de casadas van con otro hombre, han cometido adulterio y serán destruidas; porque ellas le son dadas para multiplicar y llenar la tierra, segun mi mandamiento, y para cumplir la promesa que fué hecha por mi Padre ántes de la creacion del mundo; y para su exaltacion en los mundos eternos, á fin de que ellas puedan dar á las almas de hombres, porque allí se perpetúa la obra de mi Padre por su propia gloria.

En verdad, en verdad, yo os lo digo, si un hombre que tenga las llaves de esta autoridad tiene una muger y le enseña la ley de mi sacerdocio, que á estas cosas se refiere, ella deberá creerle y servirle, ó de lo contrario, será destruida, dice el Señor, nuestro Dios, porque yo la destruiré; exaltaré sobre todos aquellos que reciban mi ley y la observen. Por esto es por lo que, si ella rechaza esta ley, él podrá legítimamente delante de mí recibir todas las cosas que yo el Señor su Dios le diere, porque ella no ha querido creer ni servirle segun mi palabra, y entónces ella es el verdadero trasgresor; y él está exento de la ley de Sara; que sirvió á Abraham segun la ley, cuando yo mandé á éste tomar á Agar por muger. Ahora, respecto á esta ley, en verdad, yo os lo

digo, yo os revelaré más sobre ella en adelante. Que esto os baste por el presente. Hé aquí, yo soy el Alfa y el Omega.

El apóstol mormon, en vez de leer recorrió de arriba abajo el documento, manifestando no causarle extrañeza.

—Bien, es el mismo texto, me dijo, que el que yo conocia sobre esta pretendida revelacion; pero digo una vez mas, que José Smith no escribia ya bajo la inspiracion del Omnipotente cuando dió á luz este mandamiento, por otra parte no poco embrollado.

—Grave es la acusacion, dije al apóstol. ¿Teneis el libro de Mormon?

—Nunca me separo de él.

—Veamos, pues, lo que dice acerca de la poligamia.

El *santo de los últimos dias* abrió su libro rayado, y leyó lo que sigue:

«Todo hombre entre vosotros no tendrá mas que una muger, y no tendrá ninguna concubina. Porque yo Dios, el Señor de los ejércitos, me regocijo de la castidad de las mugeres. Vosotros habeis hecho pedazos el corazon de vuestras tiernas esposas; vosotros habeis perdido la confianza de vuestros hijos, á causa de los malos ejemplos que poneis ante sus ojos, y los suspiros de su corazon suben al Cielo contra vosotros.» ¿Es esto claro? Y los mormones corrompidos, cuyas detestables doctrinas acaba de difundir en Europa el apóstol Bertrand, ¿podrán sostener despues de este texto tan formal que la poligamia es de institucion divina?

—Yo me hago cruces, señor apóstol. ¿Pues de qué manera, decidme, ponen de acuerdo el texto sagrado que les prohibe la poligamia con la poligamia que ellos se permiten? ¿Se

atreverian á sostener que las leyes divinas pueden ser mejoradas por los humanos, ó que Dios se contradice?

—Los sacerdotes mormones, como los de la mayor parte de las otras religiones, son hábiles en conciliar las dificultades y las contradicciones entre lo que ellos debieran hacer y lo que hacen, así que esto no les asusta. Aquellos obran ya respecto al libro de Mormon, como ciertos católicos hace tiempo respecto á la Biblia, la veneran en teoría y en la práctica prohiben que se lea. Así, ¿qué ha sucedido? Que se ha perdido la fé, aquella fé por la cual los antiguos recibian el efecto de las promesas, hacian obras de justicia, trasportaban montañas, ponian en fuga los ejércitos extranjeros y cerraban la boca á los leones. ¿No fué por la fé por la que Moisés dividió el mar y hendió las rocas? ¿Cómo el oro puro se ha cambiado en vil metal, segun la expresion de Jesucristo, si no por la apostasía?

—Quizás tendreis razon, señor apóstol.

—La apostasía, hé aquí la parte moral que ha llevado á su caida á la nacion judía y amenaza hoy precipitar en un abismo sin fondo á toda la cristiandad, dividida en mas de 700 sectas diferentes. ¿Vivimos por desgracia en los dias en que reinaron los efectos de la grande apostasía, tal cual fué predicha en los capítulos XXIV y LIX de Isaías y en el XXIV de San Mateo?

—Yo debo confesaros, señor apóstol, que sobre todo esto no tengo mas que vagas ideas.

—Si así es, y nadie puede dudar de ello, ¿no podemos esperar que «otros obreros serán asociados á la viña á esta hora de las once (Mat. XX), justamente antes del dia de la cólera de Dios sobre Babilonia y la hora de los últimos juicios, (Apoc. XIV), anunciando que se acerca el reino de los

cielos, y gritando con fuerte voz: Hé aquí el esposo que viene; salid delante de él? (Mat. xxv).» ¿Y no seremos informados de su venida por un ángel santo que debe restaurar el Evangelio en estos *últimos dias* (Apoc. XIV), y restablecida así la disposicion no será la de la plenitud de los tiempos (Eph. I, act. III), y el reino así anunciado aquel de que habla David? (Dav. II).

—Es muy posible, y yo á eso no pongo objecion alguna.

—Hay una sin embargo.

—Tambien es muy posible.

—Pablo dice: «¡Pero aunque vosotros mismos ó aunque un ángel del cielo os anunciase otro Evangelio que el que os hemos anunciado, que sobre él caiga anatema!» (Galat. I).

—Y bien, ¿de qué modo compaginais eso con vuestro nuevo Evangelio?

De la manera mas sencilla. Cristo ha dicho: «En verdad, en verdad, yo os digo, el que no entre por la puerta en el aprisco del rebaño, sino que llegue á él por otra parte, es un salteador y un ladron.» (Juan x).

—Y bien; es claro que Jesucristo ha querido decir con eso que solo reconocia como verdadera á una doctrina, aquella que Él predicó y que predicaron los apóstoles; que toda modificacion de sus leyes, practicada por ellos con el fin de penetrar en el aprisco, es decir, en el cielo, por otra puerta que la abierta por el Hijo de Dios, debia ser condenado. Puesto que el libro de Mormon modifica sensiblemente el Evangelio, á mí me parece que mas es por la ventana que por la puerta por donde vos quereis entrar en el aprisco.

—¡Ah! Credlo, señor; el libro de Mormon es divino, y él es quizás quien traerá la era de la verdad, del conocimiento y de la concordia universal.

—Pero, dije á mi santo vis tador, vos que hablais de concordia universal, empezad, pu s por poneros de acuerdo con el apóstol Bertrand.

Mi interlocutor estornudó y no pudo contestar de seguida á mi observacion. Pero pasada la excitacion de la pituitaria...

—Acabais, me dijo, de ponerme en el camino. Os decia, pues, que el apóstol Bertrand habia desde la edad de dos años......

—Por lo demas, señor apóstol, comprendo que no se prejuzgue contra la era de verdad y de concordia general que debe traer á los hombres el libro de Mormon, porque hayan sobrevenido algunas controversias con motivo de su interpretacion; quiero que me prueben que ese libro es verdaderamente divino.

—Todo y especialmente esto: José Smith, el profeta inspirado, ha sido perseguido y mirado como un impostor.

—Permitidme hallar esa prueba insuficiente.

—Bien, pero es un hecho evidente que donde quiera que Dios ha investido á algun hombre de la autoridad legítima, este hombre ha sido siempre mirado como perturbador en Israel, como loco, traidor, impostor y arrojado y perseguido. Consultad la historia.

—¿No encontrais sorprendente que Dios que inspira los profetas, que ha venido El mismo sobre la tierra, que ha nombrado apóstoles para enseñar á los hombres una religion que ellos no podian saber ántes de que se les hubiera enseñado, haya permitido á los hombres estorbar la vulgarizacion y difusion de su obra, persiguiendo á los encargados de difundirla y matando al mismo autor de ella?

—Preciso es creer que la persecucion es en semejante caso una excelente cosa, puesto que Dios, que tiene todo poder,

ha tolerado que se le persiguiese, como ha permitido que se persiga á todos los hombres investidos de su autoridad legítima...... Pero, volviendo al apóstol Bertrand, os diré, pues, que desde la edad de dos años......

—Sea lo que quiera, señor apóstol, yo todavía dudo de la divinidad de vuestro libro de Mormon. Me parece pasado el tiempo en que Dios se complacia en comunicarse á los hombres y en iniciarles en su voluntad, ya hablándoles de viva voz, como hizo con Adan, Abraham, Elías y algunos otros, ya enviándoles ángeles, como sucedió, entre otros, á Loth, María, Isabel, Pedro, Pablo y Juan; ya manifestándose en sueños, como aconteció á José, á Jacob, su padre; al que fué esposo de la Vírgen, á Daniel, á Pedro, á Juan el revelador, etc.

—¿Y por qué, pues, señor incrédulo (perdonad el calificativo, que no es intencional), os parecen acabados los tiempos en que Dios deba revelarse á los hombres por los medios que habeis indicado? ¿No seria ya Dios Omnipotente ó habria dejado de interesarse por la suerte de la humanidad? Si la eterna alianza ha sido violada ¿se puede sostener que la accion humana sola sea bastante á destruir los errores del siglo ó á neutralizar el principio del mal? Y si ha sido menester un poder divino y revelaciones inmediatas para establecer el Evangelio, ¿no serán necesarias para perpetuar este mismo Evangelio en su integridad añadir nuevas instrucciones á las antiguas? ¿Por qué, pues, si se cree en los antiguos profetas no se ha de creer en los nuevos? ¿No es quebrantar la fé que debemos tener en las revelaciones antiguas establecer sistemáticamente la imposibilidad de revelaciones ulteriores? ¿Se dirá que Dios, para reformar su Iglesia, debe esperar que los hombres sean mas corrompidos que hoy? A eso

respondo yo que el diluvio en los dias de Noé, halló á los hombres en todos los cuidados y ocupaciones de la vida: comiendo, bebiendo, casándose, teniendo como hoy afecciones conyugales, filiales, de parentesco, y que estaban en sociedad como ahora. ¿Por qué, respondedme lógicamente, no habria enviado el Señor un ángel á José Smith para instruir á los hombres de nuevo y salvarlos, si posible es? Vemos esta unidad, por la cual Nuestro Señor ha rogado, y no vemos por el contrario el sectarismo que trae á los espíritus la inquietud con la duda. ¿No vemos luego, pasando revista al mundo cristiano en su conjunto, cuando examinamos las creencias y la organizacion de todas las sectas que lo dividen, que ninguna de ellas descansa sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas? Por ventura, cuando Dios ha dado al mundo revelaciones, ¿ha consultado la sabiduría de los hombres? ¡Seria verdaderamente curioso que se negase á Dios el derecho de enviar nuevos profetas! Si, por último, vos creis en los profetas antiguos, no teneis razon para no creer en nuevos profetas, aunque, cosa extraña, los mayores enemigos de Dios y de sus servidores son aquellos que en todo tiempo han negado la venida de los profetas vivientes, para creer exclusivamente en los profetas difuntos.

Aquí se detuvo el apóstol para tomar aliento. Sin duda creyó que sus palabras habian llevado la fé mormónica á mi corazon, porque tomándome la mano con esa dulzura afectuosa que conviene exclusivamente á los hombres que se ejercitan en convertir á las gentes:

—Veo, me dijo, que las verdades eternas combaten en vos la duda horrible que devoraba vuestra alma. La Iglesia mormónica, hermano mio, se complace en contaros en el número de sus santos, y por lo que á mí toca, doy las gracias al cie-

lo, que ha guiado mis pasos hácia vos y me ha dado en la palabra esa fuerza de conviccion que parte del corazon para llegar al corazon. Veamos, sereis de los nuestros. ¿Cuándo quereis recibir el bautismo?

—¡Por Dios, señor apóstol! Yo no digo que vuestras palabras no hayan penetrado mi corazon; pero dejadme, como suele decirse, tiempo para reflexionar. Yo he nacido por casualidad en una religion á la que estoy acostumbrado, y á mi edad no se abandonan fácilmente hábitos de toda la vida para contraer otros nuevos. Y, ademas, eso de renegado me espanta.

—Querido hermano mio, permitidme que así os llame, si no hubiese renegados no habria prosélitos! Ahora bien; ¿qué mas precioso para todas las religiones que hacer prosélitos?

—Por otra parte, vos me habeis dicho que dogmas diversos separan el mormonismo del apóstol Bertrand del vuestro: yo conozco el mormonismo de este último, pero no conozco sino imperfectamente el vuestro, y francamente considero algo estúpido convertirse á una religion, por muy divina que pueda ser, sin haberla ántes conocido y apreciado.

—En el mormonismo, como en tantas otras religiones, hay una muchedumbre de creyentes que ignoran lo que ellos creen. Mas, puesto que habeis pronunciado el nombre del apóstol Bertrand, ya es fácil deciros que desde la edad de dos años......

—Señor apóstol, me seria imposible, por mucho deseo que tuviera de complaceros, convertirme á la secta á que perteneceis. Menester es para que yo crea me digais al ménos en qué es menester creer.

—Sea así mi querido hermano; yo preparo una refutacion

completa de la Iglesia descarriada de que Bertrand se ha hecho misionero. Y digo Bertrand simplemente, porque la paciencia me falta hablando de este hombre, que desde la edad de dos años......

—¿Y despues?

—Despues leereis mi refutacion, al propio tiempo que la exposicion de las verdades eternas......

—¿Las vuestras ó las del apóstol Bertrand?

—Las nuestras, se entiende; y espero que entónces cesarán vuestros escrúpulos y que estareis con nosotros; lo cual será agradable á Dios, no dudeis de ello.

—Yo no dudo. Pero si entre vuestras verdades eternas y las del apóstol Bertrand mi conciencia queda indecisa, y si todo bien pesado, me parecen tan respetables, tan verdaderas y eternas las unas como las otras, aunque contradictorias, ¿qué haré entónces?

—Entónces, yo os exigiré la preferencia; porque al cabo bueno es que os ilustre sobre ese concurrente, que desde la edad de dos años......

—Bien, pero á condicion de que para suplir la insuficiencia de vuestros argumentos, me hagais al ménos un pequeño milagro.

—¡Yo ensayaré!

—Hasta la vista, pues, señor apóstol.

El santo hombre salió; pero lo que me hizo desconfiar mas de las verdades eternas, cuya colocacion buscaba este comisionado, fué no ver ninguna aureola alrededor de su sombrero ni ningun fuego de Bengala que iluminase su salida.

III.

¡Cuánta razon tenia yo en desconfiar de las verdades eternas de este segundo apóstol mormon!

Paris, querido lector, posee un tercer apóstol mormon, cuyas creencias difieren en varios puntos de las de los otros dos, y el cual, sin embargo, asegura tambien poseer las verdades eternas.

—Llueven, pues, apóstoles mormones, direis.

—No, granizan, porque habeis de saber que este tercer *santo de los últimos dias*, que por lo demas, le vais á ver al momento, es apóstol de aficion, ha entrado en mi casa como un huracan de la isla de Borbon, para demostrarme que mi última conversacion sobre la fé de los mormones era una pura blasfemia, y que nada es mas divino que la poligamia, conforme la explica el apóstol Bertrand, en contra de lo que afirma su rival, el otro apóstol mormon.

—Señor, me dijo, entrando en mi despacho la criada, un caballero está ahí que desea hablaros.

—¿Su nombre?

—Me ha dicho que es mormon y que viene con motivo de la poli...... poli...... poligamıniana.

—Poligamia querrá decir.

—Creo que sí, señor.

—Decidle que mis ocupaciones no me permiten abandonar mi estudio por un simple mormon, y que yo no me tomo esa molestia sino por los apóstoles. Y añadidle que lo siento mucho.

La criada parte y vuelve.

—Señor, es un apóstol.

Apénas habia pronunciado estas palabras cuando se abrió la puerta bruscamente.

—Yo no vengo á distraeros, mi querido cofrade: sé cuán precioso es el tiempo. He dicho cofrade, porque ántes de abjurar el cristianismo para abrazar el mormonismo, he publicado algunos fragmentos sobre Sócrates y una novela titulada *Los dos ramos de rosas*. Uno de mis ramos era una jóven hermosa; el otro, un ramo de rosas verdadero.

—La idea es tan ingeniosa como delicada. ¿Y habeis abandonado la literatura y la botánica para haceros apóstol?

—¡Por Dios! señor, yo soy apóstol sin serlo; es decir, que mi posicion me permite vivir independiente y hago prosélitos en mis ratos desocupados y á mi manera, sin que nadie me lo haya encomendado; tan solo por homenaje á las verdades eternas y por ganar almas al cielo.

—Perfectamente; sois apóstol de aficion. ¿Y en qué puedo yo complaceros?

—En prestar homenaje á la verdad, señor.

—¿De qué verdad quereis hablar? Hay tantas y tan contradictorias que temeria prestar malamente mis homenajes.

—Yo quiero hablar de la poligamia, institucion divina si las hay, y que fué revelada al profeta José Smit el 12 de Julio de 1843 por mediacion de un ángel.

—Sí, ya sé; un ángel, un *dandí* en su género, vestído de túnica blanca sin costuras.

—Háse dicho, en efecto, que la túnica de este ángel era inconsútil, pero ese detalle no está lo bastante exclarecido y bien puede dudarse de él. Por lo demas, eso importa poco.

—Permitidme; yo no soy de esa opinion: me parece, al

contrario, que, bajo el punto de vista de la manufactura celeste, no deja de tener interes ese detalle; eso pareceria probar que en el cielo no hay ni rastro de costurera alguna, lo cual ya me sospechaba yo.

—Es posible, pero eso es un detalle, y el punto capital es saber que la poligamia es de esencia divina, que la monogamía emana de las leyes humanas, y que pretender lo contrario es ofender á Dios blasfemando.

—Razon tendríais, en efecto, si el 12 de Julio de 1843 José Smith hubiera sido todavía el elegido de Dios sobre la tierra; pero yo he oido certificar á personas bien informadas, que en esta época Dios se habia hartado de hablar por su boca.

—¿Y lo creeis, señor?

—¿Será menester decir la verdad, toda la verdad?

—Decidla, decidla, yo apuraré, si es preciso, el cáliz hasta las heces.

—Apuradle, pues, porque para mí es evidente, pero de la última evidencia, que Dios no hablaba por boca de José Smith cuando éste ordenó la poligamia. Añadiré que estoy convencido de que el pretendido ángel enviado de las esferas celestes como embajador cerca de Smith, estaba vestido de túnica con costuras.

—¿Cuándo, pues, murmuró el apóstol, levantando los ojos al cielo, la filosofía, de donde nace el excepticismo, será al cabo vencida por la fé?

—Espero que eso no suceda nunca, señor proselitista, y lo espero en interes de la misma doctrina mormónica, que con tanta conviccion defendeis. En efecto, si nadie razonase, y si todo el mundo creyese lo que cada uno le dice que crea; como hay, segun una estadística reciente, 6,000 religiones ó

sectas diferentes, nuestro deber seria creer en todos estos sistémas espiritualistas, lo cual seria demasiado. Yo admito como un hecho, triste verdad, pero fatal, que la razon humana es insuficiente para penetrar las causas primeras; pero ¿es ese un motivo para abdicar esta razon, por incompleta que sea, ni vamos á condenarnos al idiotismo por no reconocernos bastante inteligencia?

—¡Ah! ¡Acabais de hablarme de 6,000 religiones ó sectas que, fuera de la verdadera religion, del mormonismo, parecen haber sido hechas mas bien para extraviar el espíritu del hombre que paradirigirle! Cuando yo hablo de la fé, no hablo sino de la verdadera, de la mia, y no de aquellas que siguen tantos imbéciles, que merecerian...... Mas, perdonad, olvidaba que no siendo mormon, vos debeis neccesariamente pertenecer á una de las otras 6,000 religiones.

—No hay de qué, señor misionero, y que eso no os retraiga.

—Gracias, señor, gracias. Si yo mismo no soy tolerante, estimo mucho en los demas la tolerancia. Así usaré del permiso que me concedeis de hablar libremente sobre lo que forma la base misma de nuestra sociedad regenerada por Dios, es decir, sobre la poligamia.

En esto mi visitador metió febrilmente la mano en el bol sillo de su paletot y sacó algunas hojas de papel.

—Señor, me dijo, lanzando sobre mí una mirada de triunfo, si vos no creeis en el profeta nuevo, solo por ser nuevo y porque ha nacido en América, al ménos creereis en los profetas antiguos nacidos en Oriente.

Pues bien. Escuchad algunas citas que he copiado para vos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Despues veremos de que modo os componeis para sostener que la poligamia no

es de institucion divina. ¡Ah, señores monógamos! ¿Creeis habernos refutado con presentar algunos textos mal comprendidos ó maquiavélicamente interpretados? A estos textos sagrados, nosotros oponemos otros no ménos sagrados y que tienen la ventaja de no ofrecer ninguna oscuridad. Desde luego, demos por sentado el hecho de que si algunos polígamos, hijos ó nietos de polígamos, no han sido excluidos del santuario de Dios, eso denota que la poligamia es un verdadero matrimonio sancionado por el Eterno. Porque está escrito: (Deut. XXIII, 2.) «El bastardo no entrará en la asamblea del Eterno, ni él ni ninguno hasta la decima generacion.»

—¿Y no encontrais eso un poco severo?

—Concedido, pero eso no me toca á mí. Lo que sé decir, es que los santos patriarcas, alumnos de nuestra fé, tales como Abraham y otros personajes, no fueron monógamos, sino muy polígamos; no os disgusteis por ello. Ahora bien; si su santa posteridad ha sido y permanece siendo agradable á Dios, es evidente que no era bastarda, sino perfectamente legítima.

—Hace poco condenábais la razon y veo que ahora razonais.

El misionero pareció no oirme y continuó:

—Sentado esto, paso á la lectura de algunos textos. Despues del polígamo Abraham, que está representado en la Biblia como el *amigo de Dios*, que es llamado en el Nuevo Testamento el *padre de los fieles*, paso á sunieto Jacob. ¿Creeis, señor, que Jacob no fué altamente estimado por Dios?

—Nunca he dicho lo contrario.

—Pues bien, Jacob tuvo cuatro mugeres, que le dieron doce hijos y una hija.

Los escritores sagrados han hablado todos con grande es-

timacion de esas mugeres como honradas y virtuosas: *ellas han edificado*, dicen las Escrituras, *la casa de Israel.* ¿Será preciso seguir esa prosteridad? Yo veo que los doce que Jacob tuvo de sus cuatro mugeres llegaron á ser príncipes, jefes de tribus, patriarcas, cuyos nombres han sido trasmitidos de siglo en siglo.

—Teneis mucha razon; más este es el caso de repetir el dicho; otros tiempos, otras costumbres. Por otra parte, Abraham, quizás, no creia obrar mal casándose con muchas mugeres á la vez.

—¡Cómo! ¿No sabeis que Dios conversaba frecuentemente con Abraham como con Isac y con Jacob, y los ángeles les visitaron, les dirigieron la palabra en muchas ocasiones y bendijeron á ellos, á sus mugeres y á sus hijos?

—¡Ah! es verdad; no habia caido en ello.

—Ahora que os he puesto en el camino, debeis recordar tambien que el Señor ha reprobado los pecados de algunos de los hijos de Jacob, porque odiaron y vendieron á sus hermanos, y porque cometieron tambien el crímen de adulterio. ¿Pero ha condenado jamás la organizacion de la familia? ¿No prometió, por el contrario, á Abraham que le haria padre de muchas naciones, y que en él y en su posteridad serian bendecidas todas las familias y naciones de la tierra? ¿Hubiese Dios tenido este lenguaje si hubiese reprobado el matrimonio patriarcal? Vamos, señor monógamo, responded sin ambajes.

—Yo no gusto, señor, de que se impongan condiciones, y puesto que vos no quereis sino que responda sin ambajes, no responderé nada. Con gusto os hubiese replicado con ambajes, puesto que los hay no pequeños.

—En ese caso, continúo. Si pasamos á Moisés, vemos que la pluralidad ha sido perpetuada, sancionada y reglamen-

tada por su ley. David, el salmista, tenia muchas mugeres; eso que era bastante una, y el Señor mismo, hablando por boca del profeta Nathan, un verdadero profeta, al que espero......

—Sin contradiccion.

— Todavía le dió las mugeres de Saül. Eso es verdad ó no; si es falso, probádmelo; si es verdad, ¿no tenia yo razon en proclamar la poligamia de institucion divina?

—Señor, yo no soy teólogo; pero si con un teólogo tuviéseis que habéroslas, estoy seguro que no le costaria trabajo responderos, con ó sin ambajes.

—Vuestras respuestas son evasivas, señor monógamo, pero no me desconcierto y prosigo. Hé aquí lo que el mismo Dios dice á David: «Yo te he dado las mugeres de tu señor, y si esto es poco todavía, yo te añadiré tal ó tal cosa.» (II Sam. XII, 8.) Aquí no solamente Dios permite la poligamia sino que es El mismo quien casa con muchas mugeres al hombre á quien amaba tiernamente. ¿Qué teneis que decir á eso?

—Repito, que si yo fuese teólogo os confundiria fácilmente. Desgraciadamente no lo soy, ni me sirvo de ambajes nunca.

—Es lástima. Pero pasemos del Antiguo al Nuevo Testamento.

—A decir verdad, no lo sentiria, porque despues de todo es muy posible que Dios haya abrogado por nuevos decretos sus decretos antiguos.

—Eso es una suposicion errónea, señor.

—Permitidme: aunque os he dicho que no soy teólogo, al ménos sé leer y hé aquí lo que he leido: «Los elders (sacer-

dotes ancianos,) y los diáconos, serán elegidos entre aquellos que están unidos á una sola muger.»

—Concedido; pero eso no implica que sea nulo casarse con muchas mugeres, porque en este caso á todos igualmente se hubiera impuesto la prohibicion. ¿Quereis un hecho histórico en apoyo de mi observacion?

—Decidlo, si no es muy largo de contar.

—En 1859, el landgrave Felipe de Hesse quiso, viviendo su muger, casarse con otra.

—Hé ahí lo que no puedo comprender, porque me parece que si no es demasía una muger, es bastante al ménos. Mas continuad.

—A este fin, Felipe pidió una consulta á los eminentes autores de la reforma, Martin Lutero, Felipe Melanchton, Martin Bucer, Antonio Corain y algunos otros. Todos dieron su dictámen favorable al segundo matrimonio, á condicion siempre de hacerlo en secreto.

—¿Por qué, si ese acto no era censurable, tenerlo secreto?

—No sé por qué. Lo que sé es que en su consulta, referida por Bossuet [*Historia de las variaciones*], se lee lo que sigue: «Así es como nosotros la aprobamos y en las solas circunstancias que acabamos de señalar, porque el Evangelio no ha revocado ni prohibido lo que habia sido permitido en la ley de Moisés respecto al matrimonio; Jesucristo no ha cambiado la disciplina exterior, sino que ha añadido la justicia y la vida eterna por recompensa.»

—Señor, os suplico que os dejeis de mas citas. Dirigíos al periódico *Le Monde;* allí encontrareis sábios de grande espíritu que jugarán con vuestros textos sagrados, como juegan los japoneses con sus bolas doradas. Vuestras citas no me han hecho mella alguna, y sigo reprobando la poligamia

como una monstruosidad. Si me atreviese, os daria un consejo. Vos éstais en buena posicion, me habeis dicho.

—¡Oh! Tengo una mediana fortuna, un pasar regular no mas.

—Razon mas. No tengais mas que una sola muger; ella os bastará, creedme, para dar cuenta de vuestras rentas.

Mi apóstol mormon me saludó friamente y salió, y lanzando sobre mí, como herido en sus convicciones, una de sus miradas fanáticas, que me probó una vez mas que si el hombre es el mas feroz de todos los animales, débelo á su tendencia á la superstición. Ese sentimiento desordenado ha hecho, en plena paz, degollar ó quemar cerca de 800.000,000 de criaturas humanas, desde las encarnaciones de Vishnou hasta la Saint-Barthelemy.

¡Quiera Dios, lo que no espero, desde que he visto la guerra que se hacen en Paris los apóstoles mormones, preservar de una carnicería sagrada á los *santos de los últimos dias!*

No es agradable ser degollado, ni aun religiosamente.

HAITI.*

Ya sabeis, mi querido director, lo aficionado que soy á los viajes. La estrella bajo cuya influencia he nacido debia ser una estrella *desfilante*. Una decena de miles de leguas hecha por mar desde la temprana edad de cuatro años y medio, en que me embarqué por primera vez desde Burdeos á Cartagena de Indias, hasta que en edad ménos tierna, seamos amables con nosotros mismos, atravesé por última vez el Océano, viniendo de Nueva-York al Havre, no me han hecho perder aún el gusto de las expediciones lejanas. Si siento algo, es que las circunstancias no me permitan continuar esta vida de judío errante. Chateaubriand á dicho, no sé donde, que nunca pudo ver una nave izando anclas sin sentir vehementes deseos de embarcarse. A mí me pasá lo que al ilustre escritór. Desgraciadamente hace ya algunos años que mis travesías mas largas consisten en pasar el puente de Asnières cuando

* Estas páginas se dirigieron desde París por el autor á Monsieur Havin, director de *El Siglo*.

regreso á San German, donde la vida es sin duda muy bella, pero que no es seguramente el monte Sorato de Bolívia.

Una sola ocasion se ha presentado para satisfacer mi gusto, y la habeis aprovechado en mi obsequio, por lo que os doy las gracias.

—Id á Lóndres, me habeis dicho, explorad la exposicion internacional por los cuatro puntos cardinales, visitad los pueblos salvajes, trabad conocimiento con las naciones poco conocidas, descubrid otras nuevas, sed el Cristóbal Colon de nuestros colaboradores, y dadnos parte de vuestras relaciones de viaje.

He partido para Lóndres, he explorado los cuatro puntos cardinales de la exposicion, he descubierto pueblos mas ó ménos salvajes en esta exposicion verdaderamente internacional, en que todos los pueblos se encuentran representados, en que Paris está á quince pasos de Vancouver, y en que San Petersburgo no está separado del antiguo imperio de Soulouque mas que por algunos metros de talco.

Y he encontrado algo que conmueve en la exposicion de esos países lejanos, que tan primitivos como son todavía, aspiran á la civilizacion, y quieren, en la medida de sus fuerzas, rendir homenaje al progreso de la industria, tan íntimamente ligado á los progresos de las ciencias, las artes y la moral.

Comprendo que se sonrian maliciosamente al pasar por ante la exposicion de Haiti, todos cuyos productos reunidos cabrian en la maleta de un emigrado aleman, y comprendo sobre todo la sonrisa al ver figurar en primer término entre sus productos un pez alado, suspendido por medio del cuerpo en frente de un cocodrilo empajado. Estos extraños productos de la industria haitiana parecen, en efecto, de escaso in

teres, y hay derecho para preguntarse si los peces alados y los cocodrilos son muy necesarios para la dicha de la humanidad.

Los cocodrilos empapelados sé que se utilizan muy lucrativamente por ciertos usureros, que los hacen figurar en sus operaciones financieras con los hijos de familia; ¿mas cuál es el uso de los peces alados? No hay el recurso de pescarlos porque se mantienen constantemente en alta mar, y no puede atraparse sino á los que en su vuelo calculan mal las distancias ó vienen á caer en el entrepuente de un buque. Los peces voladores no sirven, pues, para nada que yo sepa mas que para hacer mas pintoresca esa ya harto pintoresca exposicion haitiana. Y, sin embargo, este es el país que por su clima, por su posicion ventajosa, por sus productos naturales, riquísimos y variados, y por la sorprendente fertilidad de su suelo, ha podido llegar á ser una de las islas mas florecientes del mundo entero.

Sabido es que despues de Cuba, Haiti ó Santo Domingo es la mas considerable de las Antillas. Su longitud no baja de 640 kilómetros y su anchura es, por término medio, de mas de 150, lo que representa una superficie igual á la sexta parte de la Francia. En esta proporcion podria alimentar 6 ó 7.000,000 de habitantes, y apénas cuenta 600,000, de los cuales 450,000 corresponden á la parte francesa y 150,000 á la española. ¿Se creerá por eso que viven mas dichosos, y que, siendo escaso el número de los que han de repartirse las riquezas del suelo, disfruten de grande abundancia? Pues es al contrario; la miseria reina soberanamente en este país, en que la caña de azúcar crece por sí sola, en que no hay que hacer para la recoleccion del café mas que recoger los granos, en que el maíz y el tabaco crecen como la

yerba, en qee la caoba es tan comun que servia en otro tiempo para construir las casas; en que los rios llevan arenas de oro; en que basta abrir un agujero en la tierra para encontrar sulfato de cobre y donde existen minas de carbon de piedra inexploradas, cuyos solos rendimientos bastarian para enriquecer toda la poblacion.

Pero ¿qué progreso puede esperarse de un pueblo que desde su independencia ha sido gobernado, como lo ha sido este, por las diversas dominaciones á que se puede decir que ha pertenecido sucesivamente? Ninguno; en lugar de progreso, lo que ha debido resultar ha sido decadencia, y una decadencia espantosa; en 1789 el valor de la propiedad territorial y movilaria de Santo Domingo se elevaba á la cifra de 1.850,130,000 libras tornesas. Su exportacion, en la que seguramente no figuraban peces alados ni cocodrilos empajados, pasó en dicho año de la suma de 205.000,000. Cuarenta años mas tarde no llegó á 4.000,000. Las importaciones de Francia á Santo Domingo fueron en el año 1792 de 239.454,000 de franços. Las exportaciones habian descendido ya en esta época á 32.500,000, y bajo el amable imperio del amable Faustino primero, que Dios quiera sea tambien el último, la exportacion para ese país es de 13.106,000 francos, quedando para colmo de felicidad casi toda ella en el *palacio* del emperador. ¡Y aun si este monarca, demasiado amigo de la lista civil, hubiese sido algo generoso ó tan siquiera justo! Pero si hemos de creer á nuestro antiguo cónsul Mr. Raybaud y á Mr. Paul Dhormois, siempre que un frances tenia que quejarse de una de las autoridades de la isla y llevaba su queja á Mr. Raybaud, éste se trasladaba al palacio imperial, y ocurria un diálogo semejante al que sigue:

—Emperador Soulouque, acaba de ser maltratado otro de nuestros compatriotas.

—¡Ah! ya lo sé, cónsul. Pasado mañana será fusilado el culpable.

—Sí; pero eso no basta, es necesario añadir una indemnizacion.

—¡Ah! cónsul, imposible por esta vez. Me habeis hecho dar una el mes pasado y no me queda en caja con que pagar á mis soldados.

—Entónces voy á escribir al comandante Barbarroja.

Para Soulouque todos los comandantes de marina francesa se llamaban Barbarroja, y los temia horriblemente.

—No cónsul, no escribais; en verdad, que bajo mi palabra imperial, no tengo dinero en este instante......

—Lo siento mucho; pero si mañana no he recibido las 2,000 piastras de la indemnizacion que reclamo, enviaré á prevenir al comandante.

—¡Mi buen señor Raybaud! ¡Mi buen cónsul! ¡Dos mil piastras por un solo culatazo, es muy caro! Vamos, pues, una pequeña rebaja.

—Imposible, mi querido emperador, no puede arreglarse ménos.

Y Soulouque pagaba.

¿Qué industria, qué comercio, qué emulacion podia ser posible bajo el dominio de aquel negro feroz y burlesco, que creia manifestar firmeza de carácter porque ordenaba carnicerías y dar pruebas de majestad rodeándose de aquellos condes de la Limonada, de aquel príncipe Tapa Ojo, de monseñor Bobo, de monseñor de la Mermelada, de su excelencia el marqués de las Llanuras del Norte y de las Llanuras del Sur, del baron del Pequeño Agujero y del Agujero Sucio?

Esta era su aristocracia, y su religion estaba representada por sacerdotes que se llamaban católicos, y desempeñaban al mismo tiempo las funciones menos divinas de posaderos.

En cuanto al ejército, basta recordar la batalla de las Carreras, y referir una anécdota para dar de él una idea.

—¿Qué os han parecido nuestros soldados? preguntaba despues de una gran revista un general á un jóven guardia marina frances.

—Muy bellos y admirablemente instruidos. Solo he creido observar un vacío en vuestra organizacion militar.

—¡Un vacío! ¿Cuál?

—Me parece, excelentísimo señor, que no he visto ningun regimiento de *caballería de marina.*

El general miró por un momento al guardia marina con aire desconcertado; pero como una de las principales cualidades del militar ha de ser la presencia de espíritu, se repuso en seguida, contestando con voz firme y bronca:

—Nuestra caballería de marina está en estos momentos acampada á algunas leguas sobre la costa. Dentro de tres ó cuatro dias estarán de vuelta y haré que la veais.

En cuanto á la batalla de las Carreras, hé aquí, segun algunos historiadores, como tuvo lugar y las consecuencias que produjo.

Souluque, á la cabeza de su ejército, se dice que fué á conquistar la república dominicana, que le escapaba siempre, como la república haitiana escapaba siempre á aquella. Enterados los dominicanos por sus espías de los atrevidos proyectos de Souluque, tomaron sus disposiciones, no para salir á su encuentro ni para esperarlos, sino para evitar toda colision.

Habiendo sabido que el ejército de Souluque tenia la in-

tencion de penetrar en su territorio por cierto camino, quisieron hacer lo mismo, atravesando á su vez la frontera por otro. Este plan, verdaderamente maquiavélico, fué conocido por Soulouque, mas no por ello cambió este general sus disposiciones. Marchó al encuentro del enemigo, que sabia no habia de encontrar, en tanto que los dominicanos, animados por el mismo ardor, se dirigieron contra Soulouque, que sabian se hallaba lejos.

Estando seguros de no encontrarse, avanzaron con resolucion los unos contra los otros. Todo pasó segun se habia previsto; las tropas de Soulouque, no habiendo visto á los dominicanos, penetraron á la distancia de una legua en el territorio enemigo, y plantaron en él su bandera en señal de conquista, apresurándose despues á volver á su casa, pues una de las reglas mas elementales de prudencia les aconsejaba no permanecer mas tiempo entre los dominicanos, que de un momento á otro podian volver á ganar las fronteras.

Estos últimos, por su parte, no obraron con ménos fortuna ni con ménos prudencia. Habiéndose aventurado próximamente una legua en el territorio haitiano sin encontrar un mal negrillo que combatir, se apresuraron á plantar su estandarte y á regresar á zu país.

Esta doble conquista, que no costó un constipado á ninguno de los soldados de los dos ejércitos, fué celebrada á un mismo tiempo, á la misma hora y en el mismo dia por los dominicanos y los haitianos, que hicieron decir un duplicado *Te Deum*, al que por ambas partes asistieron el pueblo y los altos funcionarios con el mayor recogimiento.

Todo iba perfectamente, y las dos naciones enemigas que se habian conquistado mútuamente, continuaban viviendo cada una en su casa como ántes, cuando al dia siguiente, sin

saber por qué inexplicable equivocacion, habiéndose encontrado un destacamento haitiano á la vuelta de un montecillo con un destacamento dominicano, llegó á hacerse inminente una lucha cuerpo á cuerpo.

Al principio hubo una estupefaccion general en uno y otro campo. Desde que las hostilidades se habian declarado entre las dos potencias, era aquella la primera vez que sus soldados se encontraron frente á frente. De la estupefaccion debian pasar á otro órden de sentimientos, recordando todo lo que les era querido, la cabaña que los habia visto nacer, las brisas perfumadas de aquel hermoso país de Hayti, donde tanto se complace el hombre en no hacer nada, y donde los solos soldados muertos hasta entonces habian sido los fusilados por desercion, para intimidar á los otros. Debieron hacer algunas otras reflexiones igualmente conmovedoras; pero como el deber militar tiene que sobreponerse á todos los sentimientos tiernos, arrojan léjos los sables y los fusiles, que les estorbaban, y se precipitan los unos contra los otros á puñetazos, á cabezones y á patadas.

El combate fué corto, pero decisivo. Los haitianos abandonaron el campo de batalla, habiendo perdido un hombre aplastado bajo los piés de les fugitivos.

Este episodio sangriento, incorporándose á las operaciones de la víspera, tomó el nombre de batalla de las Carreras.

En los casos mas difíciles es cuando conviene manifestar la mayor sangre fria y resolucion. Souluque hizo de tripas corazon al saber este rudo trance; fingió que habia ganado la batalla, hizo cantar un nuevo *Te-Deum*, y se proclamó emperador entre las aclamaciones de su pueblo, ébrio...... de alegría, y que algunos años mas tarde, poseido de una alegría no ménos viva, le arrojó de ese imperio.

Al saber el advenimiento de Soulouque al trono, despues de una batalla que habia perdido, no pudieron los dominicanos contener su sorpresa. Algunos se indignaron, y otros se rieron. En cuanto al general Santana, que mandaba en aquella ocasion á los dominicanos, recibió con el título de genenal en gefe de los ejércitos del país, el de libertador de la patria.

No sé si sereis de mi opinion, querido director; pero encuentro que es verdaderamente fastidioso el que por consecuencia de acontecimientos políticos recientes, la paz haya venido á reemplazar entre estos dos pueblos una guerra tan filantrópica. Sus batallas eran de excelente ejemplo para los demas pueblos del mundo, y todo podia esperarse de parte de semejantes contrarios; todo, hasta una pension de retiro, dada por el enemigo al contrario que por casualidad hubiera llegado á ser herido en un encuentro inevitable, como el de la célebre batalla de las Carreras.

A la república de Haití, presidida hoy por Geffrard, corresponde rehacer lo que deshizo el malhadado imperio de Faustino, reorganizando aquel desgraciado país, tan desorganizado en la actualidad.

En los países de Ultramar debe tenerse presente ante todo que no son los nacionales, generalmente inclinados al *dulce far niente,* sino los extranjeros, los que hacen fortuna ó la aumentan colocándose á la cabeza de la industria y del comercio, y trabajando así en pro de la riqueza comun cuando trabajan en provecho de su riqueza particular. Los americanos de los Estados-Unidos, que son los primeros calculistas del orbe, han reconocido esta verdad desde la fundacion de su república. Estiman por término medio en 1,500 dollars el valor de cada inmigrante, y calculan por su cifra el acre-

centamiento de riqueza que la emigracion lleva á los Estados-Unidos. A 150,000 por año que han recibido en estos últimos los Estados-Unidos, resulta un total de 205 millones de dollars. ¿Y por qué los emigrantes han acudido en tropel desde su fundacion á la gran república americana con preferencia á cualquiera otra? Porque la libertad les asegura, despues de una corta residencia, el goce de todas las ventajas concedidas á los naturales. Tal es, en pocas palabras, la explicacion de la maravillosa prosperidad de la Union americana.

¿Este ejemplo se ha seguido en las demas partes de América? Ciertamente que no, y que generalmente se acoge en ellas á los extranjeros con marcado desden. Bajo el reinado de Soúluque solo seis puertos del imperio se hallaban abiertos al comercio extranjero. Otros tres puertos, Acquin, Miragoana y San Márcos, se han abierto á los extranjeros despues del advenimiento del general Geffrard. Pero ¡qué de trabas paralizan todavía á los extranjeros para dar á aquel país la vitalidad que le falta! Si alguna casa extranjera quiere, por ejemplo, establecer sucursales en los diversos puertos de la isla, se ve obligada á escoger sus agentes entre los comerciantes indígenas. El comercio al pormenor y la compra de géneros está reservada exclusivamente á los haitianos. Para que un extranjero pueda ejercer una profesion manual, es necesario que pague un derecho triple de patente, y aun así tiene el gefe del Estado el derecho de negar todavía la licencia. La patente de un negociante extranjero es de 400 francos; la de un haitiano de 100.

He visto en la exposicion haitiana excelentes muestras de campeche, de caoba, de café, de cacao, de algodon, de cera vírgen y de concha. De todos estos productos, los que Hayti

exporta en mayor cantidad son las maderas, que no se necesita otro trabajo que el de cortarlas. El café de Hayti, tan estimado en otro tiempo, se ha despreciado hoy porque los plantadores, para aumentar el precio, le descortezan mal y le mezclan arena y piedrecillas. La azúcar no se fabrica ya. El zumo de la caña se ha trasformado en una especie de aguardiente azucaradö que se vende en Francia con el nombre de Jamaica.

Basta de Hayti. Demos un salto de mil leguas, y pasemos á Vancouver, esa pequeña porcion de territorio nacido ayer, y que se permite ya el lujo de una sociedad filarmónica. Ya no hay niños.

VANCOUVER.

La isla de Vancouver, separada del continente de la América del Norte por un largo estrecho, que termina á la extremidad sobre el Puget Sound, bahía magnífica, cuyas riberas pertenecen á los Estados-Unidos, es de todas las colonias inglesas que figuran en la exposicion la mas nueva, y acaso por lo mismo, la que mas interesa estudiar bajo el punto de vista de las costumbres, del comercio y de la industria.

Como aquel célebre personaje de Enrique Monnier, que desde su mas tierna infancia manifestaba un gusto decidido por las hipotecas, los ingleses han tenido siempre aficion á las colonias. No serian ellos los que se hubiesen consolado por la pérdida del Canadá despues de no haber hecho nada por conservarle, con pronunciar estas palabras estúpidas:

—«¡Qué nos importan unas cuantas fanegas de nieve!»

Unas cuantas fanegas de nieve, pobladas por 2.000,000 de habitantes, y que producen anualmente 500.000,000 de fran-

cos, valian, sin embargo, la pena de conservarse. Inglaterra la tomó y se apresuró á ampararse del Canadá, que mantiene su poderío mas allá de los mares, y asegura escalas á su comercio con la inmensa Australia, Bahama, el Cabo de Good-Hope, Ceylan, la India, la Jamaica, la isla de Mauricio, Natal, Nueva Brunswick, Nueva Forensdland Nueva-South-Wales, Nueva-Zelandia, Nueva-Escocia, Queensland, San Vicente, Tasmania, Trinidad y el país de Vancouver, que nos ocupa, y cuya importancia ha aumentado considerablemente desde 1858 á consecuencia del descubrimiento de las minas de oro de Fraser.

Hasta entónces la isla de Vancouver, rica en hulla de buena calidad, y cuyo clima es poco mas ó ménos igual al de Lóndres, sea dicho sin ironía, no habia sido explotada sino como terreno de caza por la compañía de la bahía de Hudson; pero á la primera noticia del descubrimiento del metal precioso, fué una nube de buscadores de oro la que cayó sobre ella. Desde el 20 de Abril al 26 de Julio de dicho año de gracia y de polvos de oro, de 1858, 77 buques de vapor y de vela, salidos de la California, desembarcaron en Victoria, la capital, y en Puget-Sound, cerca de 24,000 emigrantes, de los que unos 5,000 eran franceses. Bajo la influencia de la fiebre del oro, calzados con botas de *caoutchouc* y adornados con el tradicional sombrero de paja, se dedicaron á reconocer aquella tierra tan llena de promesas, que estaba muy léjos de contener todo lo que habian prometido. Muchos de aquellos buscadores de oro, segun Mr. Vogel, no encontraron sino desgracias en las riberas del Fraser, á consecuencia de las súbitas crecidas del rio, del difícil acceso del país, de la hostilidad de los indios que lo habitan y de la misma forma en que se halla el precioso metal. El polvo

vo de oro que allí se recoge parece ser de tal finura, que no se puede conseguir separarlo de la arena con que está mezclado, sino por medio del mercurio. En Julio de 1859 se estimaba la suma total de oro colombiano recogido en el espacio de quince meses, en una quincena de millones de francos, miéntras que la exportacion mensual del oro californiense llega, y con frecuencia pasa, de unos 20.000,000, cifra que denota una produccion veinte veces mas considerable, y refuta la opinion exagerada que se habia hecho formar al principio acerca de las riquezas del Fraser.

Donde se ata la cabra, que paza, dice la sabiduría de las naciones, por boca de los cabreros. El oro falta en Vancouver; mas ¿qué importa? Veinticinco mil trabajadores se hallan allí fijamente llenos de valor y de fuerza, y esta base de poblacíon debe asegurar el porvenir de un país, explotando la verdadera riqueza de todo suelo: la riqueza agrícola.

Las ciudades se han formado como por encanto. Victoria, donde acampaban hace diez años 250 personas dependientes de la compañía de la bahía de Hudson, es hoy una completa ciudad, donde se encuentran hoteles que hospedan al viajero á razon de 60 francos por semana; donde los católicos, los metodistas, los congregacionistas, los presbiterianos y los israelitas tienen templos apropiados á sus diversas creencias; donde las escuelas reciben niños blancos y de color; donde los almacenes tienen luces de gas, se imprimen tres periódicos y hay otras tantas compañías de seguros contra incendios; donde se cuenta una sociedad de horticultura y un teatro de verso, varios billares, gimnasios, *jokey-clubs*, una guardia nacional y una sociedad filarmónica, fundada expresamente para la ejecucion de las obras de Hœndel, que los

ingleses colocan con orgullo á la cabeza de sus compatriotas nacionales, sin duda porque Hœndel ha nacido en Alemania.

¿Es necesario mucho mas para vivir dichoso cuando no se desea habitar un punto de nuestro globo con preferencia á otro? Unid á esto que los comestibles son abundantes y baratos y que los caseros no elevan los precios mas allá de lo que los inquilinos consideran razonable.

Hay, sin embargo, un reverso de la medalla que nos hace conocer con todo el horror de su elocuencia la estadística de la poblacion entera de la colonia:

Hombres...........	35,000
Mugeres,............	1,500

Mil y quinientos graciosos y frescos semblantes, los supongo todos frescos y graciosos, para alegrar un paisaje sembrado por 35,000 paletots, me parece muy poco. Por esto no me admiraria ver adoptar para Vancouver una medida semejante á la que las autoridades quisieron tomar hace algunos años para los australienses, que se quejaban amargamente de la carencia de sexo bello, en una peticion muy curiosa dirigida á la legislatura de Virginia.

No estamos ya en los tiempos de las Sabinas, y las medidas de Rómulo han envejecido. Los raptos de esa clase se hacen hoy de buena voluntad. Por eso la legislatura de Virginia, tomando en consideracion la demanda de los caballeros australienses, acordó simplemente una prima á la importacion de mugeres. Esta prima ofrecida á todas las compañías de importacion produjo maravillas. Las modernas Sabinas entraron en el negocio, y Malbourne no tuvo al poco tiempo nada que envidiar á otras poblaciones modernas bajo el aspecto de los mirriñaques.

La importacion de mugeres en América es por lo demas tan antigua como el descubrimiento del país. Las primeras familias europeas de Virginia, entre los años 1616 y 1618, se formaron por dos remesas consecutivas de jóvenes, cuyo pasaje fué pagado en tabaco por los que las pidieron en matrimonio. Sandys, el tesorero de la compañía de emigracion, pensando con razon, segun dice un historiador de los Estados-Unidos, que el lazo mas fuerte para unir perpétuamente las colonias á la América seria el matrimonio, resolvió hacer una expedicion de muchachas para la Virginia. Las primeras 90 que llevó casaron en cuanto arribaron á Tames-Town. Su pasaje fué estimado en 120 libras de tabaco, que debia proporcionar cada desposado. En la segunda expedicion, compuesta tambien de solteras en su mayor parte, el precio se elevó ya á 150 libras de tabaco. ¿Eran las chicas las que habian aumentado su valor, ó el precio del tabaco el que habia disminuido? El historiador americano no nos lo dice.

Pero sea de ello lo que quiera, volvamos á Vancouver.

La exposicion de esta colonia ofrece el aspecto de un gabinete de curiosidades mas ó ménos raras y hasta espantosas. En efecto, la mirada desflora apénas algunos ejemplares de oro, de hierro, de hulla, de cemento, de cedro, de encina, de madera de pino, de aceite de perro de mar, de ballena, de vacas marinas y de lanas, para detenerse en los productos de procedencia indiana.

Estos productos de la industria de los señores salvajes se componen de pieles de animales, de caretas espantosas, con que se cubren las caras en tiempo de guerra para combatir mas dramáticamente; de harpones con que pescan los perros y las vacas marinas, de cañas de pescar, de arcos, de flechas, de remos de piraguas, de tejidos de paja torcida y de orna-

mentos de las personas, entre los cuales figuran grandes bolas de madera que se pasan por las orejas para agrandarlas cuanto mas sea posible.

El procedimiento para esto es el siguiente: se comienza por hacer un pequeño agujero en la oreja de la persona que se quiere embellecer, y se pasa por ella una bolita del grueso del agujero. Algunos dias despues, forzando el agujero, se llega á introducir una mas gruesa, y así, ensanchando poco á poco el agujero, se llega á introducir una verdadera bomba, que es el colmo de la elegancia. Sucede á veces que un indio, para dirigir una galantería de buen tono á su amada, se aprovecha del momento en que esta, ocupada de su tocado, escoge entre las bolas la que debe adornar su oreja, para pasar súbitamente su mano y todo el brazo á traves de la abertura descompasada de la hermosa. Cogida así por la oreja, no rescata su libertad sino á costa de un tierno beso.

A veces me han preguntado si las señoras aborígenes de Vancouver, enviando á la exposicion de Lóndres las bolas propias para agrandar las orejas hasta el punto de convertirlas en claraboyas, se han propuesto introducir la moda en Europa. Eso seria un poco pretensioso por su parte, aunque, á decir verdad, los pendientes de nuestras elegantes y las bolas de las indianas no son cuestion sino de mas ó menos, siendo la misma la base de la ornamentacion en este punto.

Iba ó omitir un producto, muy notable por cierto, de la industria de este pueblo primitivo. Es una sustancia que administran á los ancianos cuando la edad y las enfermedades les han hecho perder el vigor corporal y se ven obligados al reposo. El anciano no traga la sustancia, y cae en seguida muerto. Estos salvajes, de un carácter vivo y jovial, segun noticia escrita en inglés que tengo á la vista, han buscado,

como se ve, un remedio excelente para garantir á los ancianos todo el reposo deseable. No han expuesto el veneno fabricado, sino simplemente la planta de donde lo sacan, ó con mas exactitud, de donde lo sacaban ántes, en los buenos tiempos de la *muerte de los viejos.*

Inútil es decir que el jurado no ha creido conveniente estimular á los conservadores, de esta rama de la antigua industria nacional de Vancouver, concediendo una medalla á la planta venenosa, indicada como cicuta en el catálogo.

LAS ISLAS SANDWICH.

EL REINO HAWAYANO.—CON MOTIVO DE UNA RECTIFICACION.

1.

Acabo de adquirir la prueba de lo expuesto que es hablar con ligereza de los reyes, de los reinos y de los maestros de orquesta.

Aún creo poder asegurar que es, sobre todo, imprudente hablar con ligereza de estos últimos.

Voy á dar explicaciones sobre ello:

Hace algunos dias, al entrar en casa, hallé una tarjeta de visita, en la cual se leia: *Mr. Vidal, cónsul general de S. M. Hawayana.* Mr. Vidal me anunciaba su visita para el siguiente dia. Como no tenia hasta entónces el honor de conocer personalmente al cónsul general de S. M. Hawayana, y como no supiera del pueblo kanakeo sino estrictamente lo que todo el mundo puede saber por las relaciones de Cook y

de Lapeyrouse, me pregunté naturalmente qué tendria que decirme Mr. Vidal.

De repente tuve un recuerdo que me inquietó. Recordé que en un foiletin del *Siécle*, siguiendo á un periódico americano, y bajo el epígrafe de *Noticias del otro mundo*, habia dicho algunas palabras de una representacion, extraordinaria bajo todos aspectos, de una de las obras maestras de Verdi, *Il Trovatore*, en la ciudad de Honolulu.

Inquietéme con este recuerdo, y tuve miedo de haber cometido un error, extraviado por el periodista americano al hablar de un gobierno, de unos *dilettanti* y de un director de orquesta, dignos todos de una mencion mas séria.

—Porque el grupo de las Sandwich se extienda desde los 19° á los 23° de latitud Nordeste, y desde los 157° á los 158° de longitud Oeste, no es esta una razon, me dije, para que los habitantes de esos países lejanos (con relacion á nosotros) no se muestren sensibles á la buena música, y para que allí no haya como aquí, hábiles directores de orquesta. A la verdad, me decia yo tambien, los habitantes de las islas Sandwich se comian hace poco tiempo sus prisioneros de guerra, sin escrúpulo alguno y con buen apetito; mas quizá con posterioridad hayan cobrado horror á ese jigote humano.

Y me acordé haber conocido en New-York un coleccionador de medallas, jóven encantador, de maneras elegantes, cuyo solo defecto quizás era una excesiva timidez, cuyo tio, vivo aún en aquella época en su cualidad de salvaje comanche habia servido de tumba viviente á un algoquin, á dos sinoux á un negro marron, á tres apalaguitas, y á un mayor número de hurones inogueses, cuyas opiniones políticas estaban en desacuerdo con las suyas.

Entónces busqué el número del *Siécle*, en que yo habia

hablado de Honolulu, y volví á leer las siguientes líneas, que, para castigo mio, como para inteligencia de la cuestion, tengo necesidad de reproducir aquí:

«Para pasar á un asunto ménos sério en ésta revista del otro mundo, dejadme referir una representacion, de seguro muy curiosa, de la ópera *Il Trovatore*, en la ciudad de Honolulu:

«Ya sabeis en qué punto de nuestro globo está situada Honolulu. Esta ciudad es la capital de una de las islas Sandwich, y por consiguiente, se encuentra bañada por el mar Pacífico en la Polinesia. Ahora bien, en este país lejano, que solo nos es conocido desde 1778, gracias á los viajes de Cook, no se privan en modo alguno de las dulzuras de la música; allí se represénta la ópera italiana con artistas distinguidos, de diverso modo de lo que acontece en las capita'es de Europa.

«Y Tamberlik? me direis.

«No se trata de Tamberlik. El tenor que figura en la compañía de Honolulu es un rey, ni mas ni ménos, y la prima donna una reina. Quizás el talento vocal de esa pareja coronada deje algo que desear, pero en Honolulu seria preciso no decirlo muy alto. Todos se muestran á cual mas satisfechos del método exquisito de S. M. Kamehameha y de su augusta esposa.

«Una correspondencia de las islas Sandwich, recibida por la vía de San Francisco, nos refiere el inmenso efecto producido por la obra maestra de Verdi en los *dilettanti* kanakeos, á los cuales se debe la fundacion de una sociedad filarmónica en Honolulu.

«Esta sociedad, que cuenta tres guitarristas, dos flautistas, un violinista, cuatro tocadores de marimba y otros seis

que tocan algo parecido á mirlitones, se ha agregado á la orquesta real para la representacion de *Il trovatore*. Como la orquesta de S. M. Kamehameha se compone casi de los mismos elementos que la sociedad filarmónica, puede juzgarse del valor instrumental de este conjunto.

«Un barbero irlandés entablecido en Honolulu ha sido el encargado de arreglar la partitura de Verdi, acomodándola al gusto del país.

«El teatro presentaba un golpe de vista mágico. Casi todas las damas iban vestidas, y un gran número de espectadores lo estaban tambien. Mas de doscientas velas de cera vegetal iluminaban la reunion. Despues de una corta introduccion de orquesta extraña á la ópera del maestro italiano, y que muy bien podria ser de la composicion del barbero irlandés, aparecierón los cantantes. Todos tuvieron el mas completo éxito. Pero los honores de esta memorable jornada artística debian ser para S. M. Kamehameha, en el papel del amante de Leonora, y para su compañera, que, segun la correspondencia de que tomamos estas noticias, no habia tenido necesidad de embadurnarse la piel para hacer el papel de la gitana. Preciso es renunciar á pintar la sensacion producida por el *Miserere*. Algunas personas desgarraron las escasas vestiduras que llevaban, en señal de admiracion. El barbero irlandés ha recibido una recompensa digna de sus talentos. ¿Quién sino él hubiera trascrito la partitura de *Il Trovatore* para guitarras, flautas, marimbas, etc.? El mismo Verdi hubiera renunciado á ello.

«Pues bien; entre el placer que nos causa á nosotros la orquesta de la ópera, y el que experimentan los habitantes de Honolulu al oir la suya, creo que la ventaja queda de parte de estos.»

Despues de esta lectura me convencí de una cosa: de que Mr. Vidal no se habia tomado el trabajo de venir á mi casa para prender al ojal de mi levita las insignias de la condecoracion de S. M. Hawayana.

Al dia siguiente, cuando se presentó en casa Mr. Vidal, ví en él desde luego lo que los ingleses llaman un perfecto *gentleman* (caballero).

—Vengo, señor, me dijo, á suplicaros rectifiqueis un error, involuntario creo, y á ofreceros el medio de hacer públicamente justícia al gobierno de un monarca tan leal como generoso, así como al pueblo en que reina, pueblo que ha obtenido ya un lugar entre las naciones civilizadas. Se trata de la narracion hecha en el *Siécle*.

—¡Ah, sí, de *Il Trovatore* en Honolulu!

—Con el rey Kamehameha de primer tenor.

—Y su augusta esposa de prima donna.

—Y un barbero irlandés de arreglador de la partitura.

—Y doscientas velas de cera vegetal iluminando el salon.

—Y éste lleno de *dilettanti* vestidos muy ligeramente.

—Y los instrumentos hiberpólicos de la orquesta.

—Y el director de orquesta mismo furioso hoy contra vos, pues no dirije ninguna orquesta en Honolulu, donde no la hay, pero donde bien pronto no dejará de haberla.

—¿Cómo, ese director de orquesta no dirige ninguna?

—No, señor; mas no por eso deja de ser un excelente director.

—Esos son los mejores.

—Lo creo como vos. Pero es lo cierto que el director de orquesta de Honolulu es un músico distinguido, que dirige con la misma habilidad las orquestas presentes que las ausentes. Testigo la de la Opera Italiana en los Estados-Unidos,

y la de la Habana, que son verdaderas orquestas compuestas de verdaderos instrumentistas y de instrumentos musicales; y que sucesivamente ha dirigido con su batuta.

—Pero, repliqué, ¿sucede con los cantantes de Honolulu como con su orquesta y la representacion de *Il Trovatore*, que no hayan existido sino en la imaginacion del periodista americano, de quien imprudentemente me hice yo eco?

—No, señor; hay realmente cantantes que cantan en Honolulu, y si no hay orquesta en esta ciudad, hay al ménos, como habeis oido, un director de orquesta y una sociedad filarmónica que merece ser estimulada. Por lo demas, añadió con mucha amabilidad Mr. Vidal, tomad una carta que me ha sido dirigida por el director de esa sociedad, suplicándome os la entregue.

Tomé la carta y leí:

«No existe sociedad filarmónica en Honolulu..... .»

—Pero, señor, dije interrumpiéndome, si la orquesta no existe, ni la sociedad filarmónica tampoco, ¿qué es lo que existe en Honolulu en clase de instituciones musicales?

Continué:

«Existe una sociedad musical, compuesta de aficionados, cuyo objeto principal es cultivar el canto y la ejecucion de las obras de los maestros antiguos y modernos.»

—¿Pero no es eso la misma cosa? preguntó mister Vidal.

—Exactamente, le dije, y proseguí leyendo:

«La sociedad se formó en 1853 por algunos aficionados extranjeros, residentes en Honolulu, sobre el modelo de las de Europa, no dando conciertos públicos sino cuando se trata de acudir en ayuda de la caridad. La sociedad musical de Honolulu se compone de cuarenta miembros activos y de cierto número de miembros honorarios, todos extranjeros, á

excepcion de dos señoras nacidas aquí, las cuales están casadas con extranjeros. No hay orquesta en Honolulu; algunos miembros, aficionados distinguidos, se hacen oir de tiempo en tiempo en sus instrumentos respectivos (flauta ó violin) con acompañamiento de piano. Los otros instrumentos de que habla el folletin del *Siècle* solo existen en la imaginacion del corresponsal de ese diario. Los miembros de la sociedad musical han dado hace algun tiempo una representacion de ópera con carácter privado, ó mas bien una representacion de cuadros de ópera, á la cual han asistido SS. MM. el rey y la reina, así como los amigos de los miembros de la sociedad. Una escena de *Il Trovatore* (el coro de los martillos), y el del mercado, de la ópera *Martha*, de Flotow, han sido representadas de una manera muy satisfactoria (se entiende con acompañamiento de piano solo); todos los papeles fueron cantados por miembros de la sociedad. S. M. el rey, que es, como ya sabeis, excelente juez en materia musical, pues ha oido á los mejores y mas célebres artistas durante su viaje por Europa, ha aprovechado esta ocasion para hacer ver á la reina una representacion de ópera dramática, y con su generosidad bien conocida, no solo ha facilitado por todos los medios posibles la ejecucion de este proyecto, sino ha sufragado todos los gastos de la empresa. Hace dos años que la sociedad me confió la direccion de la parte musical, y me permito añadir, para edificacion de Mr. Oscar Comettant, que aquel á quien se complace en llamar barbero irlandés, es uno de sus compatriotas, tambien frances; como él, antiguo director de orquesta de la ópera italiana, en los Estados-Unidos, y en la Habana, y muy conocido en estos países.

Firmado: E. HASSLOCHER.»

—Mr. Vidal, dije al cónsul general del reino hawayano, yo soy de los que quieren dar al César lo que es del César, y á los gefes de orquesta lo que les pertenece. Por consiguiente, haré en el mismo periódico en que cometí el crímen, la mas ámplia rectificacion respecto á la famosa representacion de *Il Trovatore* y al maestro que dirigia su ejecucion; mas espero de vos la realizacion de la promesa que habeis tenido la bondad de hacerme, para hacer así mismo al reino hawayano la justicia que se merece como pueblo civilizado.

Pocos dias despues recibí cierto número de notas muy curiosas ó instructivas, las cuales me permiten escribir algo sobre la civilizacion de un pueblo del que tantas personas en Europa, aun entre las gentes ilustradas, apénas sospechan la existencia.

II.

Cuando se estudia con cuidado la historia de la formacion de los pueblos, se adquiere el convencimiento de una gran verdad, muy desconocida por cierto, á saber: que el estado natural del hombre, de ninguna manera es el estado salvaje, sino el de civilizacion. El hombre es un sér esencialmente sociable, y sus aspiraciones morales, lo mismo que sus necesidades físicas, le imponen la vida regular y reglamentada de los grandes centros de poblacion. El aislamiento le es un suplicio intolerable, y viene en mengua de su razon y de su salud. Las asociaciones por pequeñas villas, alejadas las unas de las otras, no satisfacen, sino de una manera muy in-

completa, la necesidad de vivir en sociedad. Necesítase para el completo desenvolvimiento de todas las fuerzas intelectuales y materiales de nuestro sér, como para la satisfaccion de todas nuestras necesidades, de las grandes asociaciones que forman las naciones civilizadas.

A ser de otro modo, seria menester para hallar el tipo de la perfeccion humana, ir á los bosques vírgenes del Brasil ó á las montañas Raquesas, cuando apénas se le encuentra mas que en Europa y en los mayores centros de la civilizacion.

Es, pues, verdad que el estado salvaje es para el hombre un estado anormal, y que el normal y adecuado á su naturaleza es el de civilizacion.

Observad si nó con qué rapidez maravillosa se introduce la civilizacion en los pueblos privados de sus beneficios, y con qué significativo entusiasmo los hombres dispersos en hordas vagabundas, en guerra contínua los unos contra los otros, por la ambicion de sus gefes respectivos y la supersticion religiosa, se aproximan y se constituyen en nacion.

¿Qué ejemplo mas palpable de esta verdad pudiéramos dar que la rápida historia del reino hawayano?

Empecemos por el descubrimiento de este magnífico país.

Cook es el primer navegante que da relacion de un viaje á las Sandwich. Es verdad que cierta leyenda nos muestra á un español llamado Gaetano, abordando á estas islas hácia mediados del siglo XVI, diciéndonos que les habia dado el nombre pretensioso de: *Islas de los Reyes y de los Jardines.* Pero nada justifica la existencia de Gaetano ni su descubrimiento, y toda prueba, al contrario, que esta es una fábula inventada á capricho, quizás con ánimo de disminuir la gloria de Cook. Sea lo que quiera, la historia de las islas Sand-

wich no comienza, y no puede comenzar para nosotros, sinó desde el dia en que Cook las abordó por primera vez, el 25 de Julio de 1774. Á partir de esta época solamente es posible seguir de una manera cierta la historia de este archipiélago, no siendo lo anterior á ella sino suposicion mas ó menos verosímil.

Se sabe que el célebre capitan inglés hiso tres viajes á las Sandwich, y que pereció en el último á manos de los indígenas. El nombre que Cook dió al inmenso archipiélago que acababa de descubrir es un acto de reconocimiento. Dice su relacion: «Llamé Sandwich á las mas considerables de estas islas, en honor del conde Sandwich, mi protector.»

La segunda visita de Cook á este país tuvo efecto en 1778 pasando por él apénas sin detenerse, pues que solo tres dias permaneció allí.

Al siguiente año dió fondo de nuevo en la costa occidental de Owhyhee (Hawai). La recepcion que le hicieron los naturales estaba lejos de presagiar la rebelion de que el capitan debia ser víctima muy pronto. Tratado, no como hombre, sino como Dios, fué colmado de presentes de todas clases, que recibió particularmente del rey Tavai -Opon, de su hija, y de su sobrino Tameamea, célebre despues este último como gefe de la dinastía actual.

Vivas están en la mente de todos las circunstancias del drama de que Cook debia ser el héroe infortunado. Irritados por las exigencias cada vez mas desmedidas de los marineros ingleses, que trataban á los naturales como á pueblo conquistado, y tambien, preciso es confesarlo, por el carácter imperioso del ilustre navegante, suscitóse entre europeos y hawayanos un conflicto armado, en cual perecieron muchos de aquellos, entre ellos el capitan Cook. Esta tragedia

tuvo lugar en Korokakoa, al Sud-Oeste de la isla Owhyhee, el 14 de Febrero de 1779.

Cerca de siete años habian trascurrido de este memorable acontecimiento cuando Lapeyrouse visitó á su vez la Sandwich. Fué acogido con grandes demostraciones de amistad por los naturales; pero sea que él no se fiase de estas demostraciones de amistad, sea que no entrase en su plan de campaña permanecer largo tiempo en estos parajes, solo se detuvo allí veinticuatro horas. Así los detalles que da de este país nada añaden á los que ya antes teniamos.

Hasta la aparicion en el archipiélago del capitan Vancouver, en Marzo de 1792, las islas Sandwich sirvieron únicamente de punto de escala á los navíos ingleses y americanos.

Como Cook, aunque mas dichoso que él, Vancouver, comisionado por el rey Jorge IV de Inglaterra, hizo tres viajes á las Sandwich. La fecha del primero no se sabe. El segundo se efectuó en Febrero de 1793; el tercero tuvo lugar un año despues, en Enero de 1794.

De estas visitas sucesivas del enviado del rey de Inglaterra data la era de reforma de las islas Sandwich. A partir de este momento, es curioso estudiar este pueblo que rompe bruscamente con el pasado de su barbarie, y entra, por decirlo así, de una vez y con una especie de pasion en la avanzada civilizacion que se le ofrecia como ejemplo.

¿A qué debe atribuirse este resultado feliz é inesperado? A la conducta llena de prudencia de Vancouver en primer término, despues á la inteligencia excepcional de los monarcas que se han sucedido en el trono hawayano desde entónces hasta el momento en que escribimos esta ojeada histórica de un país, al cual parecen estar reservados los mas bellos destinos. De un carácter firme, pero conciliador, Vancouver no tuvo

mas que un objeto en todas sus relaciones con los naturales: ganarse su amistad, inspirándoles una confianza mezclada de respeto.

El mismo Vancouver cuenta sus primeras entrevistas con Tameamea (Kamehameha), que reinaba en la isla Owhyhee, por haber sucedido á su primo Tavai-Opon:

«El 20 de Febrero (segundo viaje, 1793) partí á toda vela hácia la isla Owhyhee; una brisa Suroeste nos permitió dirigirnos á la bahía Kahtatoa.

«A medio dia recibí la visita del rey Tameamea. Su continente anunciaba la franqueza, la alegría, la bondad y sus disposiciones generosas.

«Despues de las ceremonias de costumbre y las protestas ordinarias de amistad, me dijo Tameamea que su muger y muchos de sus parientes y amigos estaban en una piragua, á lo largo de la playa, y deseaban ser admitidos; al punto lo permití y se me presentó la reina.......

«Esta, que parecia tener unos diez y seis años, hacia mucho honor al gusto de Tameamea, pues era una de las mugeres mas hermosas que habíamos encontrado en todas las islas de los mares del Sud... Tuvimos el placer de notar la adhesion apasionada que mútuamente se profesaban, y que se mostraba en todas las ocasiones.

«El 22 de Febrero nos hallamos delante de la bahía de Korokakoa..... El rey al momento subió al puente; me dió la mano y me preguntó si éramos sinceramente sus amigos; yo le respondí que sí.

«Vos perteneceis, me dijo, al rey Jorge. Decidme si ese monarca es igualmente mi amigo.

«Despues de responderle satisfactoriamente, me declaró que él era nuestro invariable buen amigo, y segun el uso del país,

¡nuestras dos narices se tocaron en testimonio de la sinceridad de nuestra declaraciones!

«Este encuentro de narices dió por resultado la siguiente acta, fechada en 25 de Febrero de 1794:

«Tameamea, rey de Owhyhee, y los principales gefes de la isla, en un consejo tenido á bordo de la corbeta de S. M. británica *El Descubrimiento*, anclada en la había de Korokakoa, y á presencia de Jorge Vancouver, su comandante, del lugarteniente Peter Pujet, comandante del navío armado Chatham, y de otros oficiales de la corbeta, despues de una madura deliberacion, han, por acuerdo unánime, cedido la dicha isla de Owhyhee á S. M. británica, y ellos mismos se reconocen por súbditos de la Gran Bretañ.»

El enviado del rey de Inglaterra triunfaba, como se ve, obteniendo para su señor la parte quizás mas hermosa de este rico y vasto archipiélago. Conviene, sin embargo, decir que esta donacion quedó siendo letra muerta, y que el rey Tameamea continuó, no solamente como señor absoluto del territorio sobre que ántes reinaba, sino que extendió su poder á todo el archipiélago, cuya conquista hizo por las armas.

Mucho se ha ensalzado el valor de los antiguos; y el célebre combate de las Termópilas, en dondé Leónidas, á la cabeza de trescientos espartanos, detuvo á los persas, se cita aun hoy como el mas noble ejemplo de valentía y de desprecio de la muerte. Pues bien, que se lea el hecho siguiente y que se diga si los Kanakeos son ménos dignos de pasar á la posteridad que los trescientos espartanos de las Termópilas.

Tambien estos eran trescientos acosados y encerrados por Tamehameha en las torres de Pami, y no teniendo otra retirada que un precipicio de mil piés de profundidad, les era preciso rendirse ó morir. Prefirieron lo segundo, y se vió ¡es-

pectáculo horrible y sublime! á estos trescientos guerreros arrojarse todos juntos en la sima, lanzando su último grito de guerra y de desafío.

Desde entónces Tamehameha reinó sobre todas las poblaciones de las islas, y puede decirse que hizo un noble uso de su poder absoluto.

El carácter de ese príncipe es digno de estudio: espíritu justo, honrado y bueno, supo sacar un excelente partido de su poder y de los consejos que recibia de la civilizacion europea. Al propio tiempo que organizaba sus fuerzas navales y militares, estimulaba en su pueblo el desarrollo de la agricultura y del comercio. Todos los europeos que le visitaron en esta época hacen el mayor elogio de su reinado bienhechor y dulce.

Tamehameha tenia un defecto, sin embargo: un gran defecto, el mayor quizás para un rey: se embriagaba, y cuando habia bebido, este príncipe, tan benévolo y tan justo, se convertia en injusto y feroz. Muchas veces sus dos primeros ministros, los ingleses Joung y Davis, habian tenido que lamentarse de esta intemperancia, y un dia pidieron respetuosamente al rey que les dejase partir para Inglaterra, pues no podian ya, dijeron, servir á un monarca tan locamente apasionado, como él, por el vino de España y el aguardiente de Francia.

El rey reflexionó un momento, y con el acento de la conviccion:

—Bien, dijo á sus ministros, ya no beberé mas.

Yo no podria jurar que cumpliese su palabra al pié de la letra; pero si desde ese dia se embriagó alguna vez, fué ocultamente, y no sobrevino por ello nada desagradable á sus súbditos, lo cual era lo principal. Tamehameha, sin renun-

ciar á las prácticas religiosas de sus abuelos, ahogó todos aquellos usos crueles que las ideas supersticiosas mantenian en el pueblo, y de los cuales el mas execrable consistia en inmolar víctimas humanas.

Porque las religiones, que todas tienen por base la moral y el culto de las virtudes, llevan fatalmente á los hombres á cometer los crímenes mas monstruosos que imaginarse pueden. Los indios han creido hacerse agradables á Dios inmolando hombres, y hoy todavía la asociacion de los Thugs, ó asesinos religiosos, ejerce en todas partes donde puede su piadoso ministerio, extrangulando indistintamente á todos los que caen en sus manos.

Los cartagineses sacrificaron en un dia á Saturno dos niños nacidos de la mas alta nobleza.

Los latinos degollaban delante de los altares del mismo dios, hombres cuyos cadáveres arrojaban en seguida al Tíber.

Todos los años en el mes de Enero, los daneses y sus vecinos, tan bárbaros como ellos, sacrificaban á sus divinidades 99 hombres y un número igual de caballos y de gallos para obtener la curacion de los enfermos.

Los germanos, los suecos, los godos y los demas pueblos del Norte hacian sacrificios humanos, que igualmente se han hallado en uso en la Galia, en China, en África y en América.

«Es cosa declarada, dice M. Clavel, el sábio autor de la *Historia pintoresca de las religiones*, que casi todos los pueblos han sacrificado víctimas humanas á la divinidad. Aunque los legisladores hebreos no sean enteramente explícitos en esta materia, sin embargo, en ningun lugar de la Biblia

es considerado el sacrificio de Abraham como hecho anormal, y este mismo libro hace presentir el sacrificio religioso y sangriento que debia cumplirse en el Gólgota.

Cada pueblo tiene su tradicion sobre el orígen del mundo. La de los hawayanos no es mas ridícula que otros muchos. El Génesis kanakeo refiere que el Océano llenaba la inmensidad del espacio, cuando un pájaro gigantesco se posó sobre las aguas y puso un huevo que, fecundado por el sol, produjo las islas que nosotros llamamos Sandwich. Apenas cumplido este milagro, se vió llegar en una piragua, verdadera arca de Noé, un hombre, una muger, un puerco, pollos, cabras, pájaros de todas especies, etc., estableciéndose al Este de la isla principal, sobre la orilla del mar.

Volvamos á Kamehameha, cuya muerte tuvo lugar en Mayo de 1819. Sintiéndose próximo á espirar, hizo llamar á su hijo Rio-Rio y le dijo prudentes consejos: «Yo te dejo, le dijo, un país que debe bastar á tu ambicion: tú lo conservarás si eres sábio; lo perderás si tratas de ensancharlo. Los gefes que te rodean te serán fieles á condicion de que seas justo. No te apresures nunca á castigar una falta cometida por extranjeros, sufre mejor una segunda falta; no castigues sino despues de un tercer ataque. ¡Adios!»

Rio-Rio escuchó los sábios consejos de su predecesor en el trono de los kanakeos y gobernó con el nombre de Kamehameha II. Bajo su reinado tuvieron gran influencia los misioneros cristianos, y el mismo monarca se convirtió al cristianismo. Habiendo partido para Lóndres con su muger, allí murieron ambos despues de una permanencia de un mes.

Karai-Mokon fué nombrado regente en 1824.

El 6 de Enero de 1825, Kainike-Ouli, de edad de diez

años, hermano segundo del último rey muerto, fué proclamado rey bajo el nombre de Kamehameha III.

La regencia duró hasta 1833.

Dumont-Durville, cuyo fin trágico en el camino de Versalles excita todavía la compasion, tuvo lugar de ver á este jóven monarca en distintas ocasiones despues de su advenimiento al trono. Hé aquí en qué términos habla de él:

«Kamehameha III, de edad de diez y nueve á veinte años, hace concebir las mejores esperanzas. Dotado de felices disposiciones, espiritual, bueno, imparcial, generoso, llegará á ser un gran rey si es bien aconsejado..» En cuanto al físico, dice:

«Kamehameha III es un hermoso jóven, alto, de figura graciosa y franca, de maneras agradables y delicadas. Pero lo que mas seduce en este rey polynesio, es la dignidad, la nobleza de sus modales; el heredero presunto de una corona europea, preparado en el ceremonial de las Cortes, no hubiera tenido mas conveniencia, mas aplomo y mas gracia...... A mis ojos Kamehameha III promete ser un digno continuador del Napoleon hawayano, de su abuelo Kamehameha I. El jóven soberano completará la obra de civilizacion comenzada.»

Mas allá el navegante, sorprendido de los progresos de la civilizacion en este país, exclama con el acento del entusiasmo:

«¡Este era, sin embargo, el mismo pueblo que Cook habia encontrado salvaje hace sesenta años! ¡Qué sorprendente y pronta trasformacion! ¡Qué resultados prodigiosos! ¡Qué maravillosa aptitud para olvidar la vida antigua y aceptar la vida nueva! En vez de chozas, un palacio; en lugar de sal-

vajes armados de flechas, una milicia regular; despues un tribunal, una sala magníficamente amueblada, una audiencia en toda regla; basta para quedar estupefactos!»

Bajo este último reinado, en efecto, la civilizacion ha continuado su obra de progreso; el cristianismo ha suplantado definitivamente al paganismo; la obra política se ha perfeccionado en 1840, y en 1857 se estableció una Constitucion regular, que hoy funciona bajo las bases siguientes:

Monarquía constitucional;

Dos Cámaras;

Primera Cámara de los nobles ó gefes;

Segunda Cámara de los representantes.

Estos últimos son los de eleccion popular.

A los diez y seis años, todos los súbditos hawayanos tienen el derecho de sufragio.

Se necesita que las leyes pasen por las dos Cámaras para ser admitidas á la sancion real.

El rey tiene la prerogativa de admitir ó rehusar las leyes votadas por las Cámaras.

Funcionan cuatro ministerios.

1º Ministerio de Negocios extranjeros.

2º Ministerio de Hacienda.

3º Ministerio del Interior.

4º Ministerio de instruccion pública.

No hay ministerio de la Guerra.

Despues de haber asentado su reino sobre bases tan liberales, Kamehameha ha muerto sin hijos el 15 de Diciembre de 1845.

Habia adoptado á Alejandro Siholiho, nacido el 9 de Fe-

brero de 1854, el cual le sucedió el 16 de Diciembre de 1854 bajo el nombre de Kamehameha IV, y es el que hoy gobierna.

Por su aspecto, este príncipe, de edad hoy de 35 años, es un hombre robusto, de fisonomía franca é inteligente. Es esbelto, sus ojos son grandes y dulces, y sus labios, ligeramente gruesos, indican solo la raza polynesia.

En la moral no es ménos apreciable. Su educacion es perfecta; habla con facilidad varias lenguas, y los discursos políticos que ha pronunciado, y cuya coleccion tenemos á la vista, atestiguan en este jóven rey muy buen sentido, elevadas miras y amor á la libertad, primera condicion de la prosperidad de sus pueblos. Su carácter es amable y suave. Político hábil, toma la iniciativa de las medidas importantes y sabe aprovecharse, para seguirlos ó para rechazarlos, de los ejemplos de la política europea. Ha visitado las principales capitales del antiguo mundo, y vino á Paris poco tiempo ántes de subir al trono.

El primer ministro actual, M. R.-C. Wyllie, es de orígen escoces; su vida está consagrada á la prosperidad del reino. Trabajador infatigable, espíritu justo é ilustrado, habrá contribuido en gran parte á los progresos obtenidos en estos últimos años.

Kamehameha IV se há casado en 1856 con una linda jóven, hija del gefe Naca y de su esposa Kekela.

La reina tiene hoy veintiocho años, y es de talento ilustrado y de excelente corazon.

Hé aquí un hecho que lo prueba:

Hace pocos años, la ciudad de Honolulu no tenia aún hospicio, y los enfermos eran abandonados á la caridad pública.

La reina resolvió dotar la capital del reino de un hospital. Visitó ella misma á los principales habitantes, y en ménos de una semana tenia recogida una suma de 100,000 piastras, cerca de 510,000 francos, con lo cual se construyó inmediatamente el hospital.

Profundamente modificada por la civilizacion, la poblacion kanakea ha llegado á ser dulce é inteligente. La instruccion es objeto de la constante solicitud del gobierno.

En este reino, nacido ayer á la civilizacion, todos los niños deben, bajo las penas marcadas por las leyes, seguir los cursos elementales de educacion. Esta medida ha dado sus frutos, y podemos afirmar con datos oficiales, que no se encuentra hoy, no solamente en Honolulu, sino en todo el archipiélago, un niño kanakeo de uno ú otro sexo que no sepa leer y escribir en la lengua del país y en inglés.

¿Cuántos años pasarán todavía ántes que la nacion mas civilizada de Europa se halle bajo este aspecto á la altura de la civilizacion de ese pueblo, que no hace mas que ochenta años se comia sus prisioneros é inmolaba víctimas humanas á sus dioses de barro?

En 1822 se imprimió en Honolulu el primer libro hawayano; hoy todo el mundo sabe leer en el archipiélago, y leer en dos lenguas; sin contar con que el frances se habla generalmente en las Sandwich, como en Rusia y como un poco en todas partes, por las personas de buena sociedad.

Digamos tambien, como última reseña, que la corte es protestante en el reino hawayano, con las dos terceras partes de la poblacion; solo la otra tercera es católica.»

Y ahora que hemos rectificado el error cometido con motivo de la representacion de *Il Trovatore*, error muy poco

importante, despues de todo, que hemos bosquejado la historia del pueblo hawayano y que hemos hecho justicia al rey, á la reina y á todo el pueblo kanakeo, solo nos queda un voto por formular: que el hábil director de orquesta de Honolulu tenga, en fin, una orquesta que dirigir.

EL JAPON.

EL JAPON.—SUS HABITOS Y COSTUMBRES.

I.

Los japoneses, que profesan el budhismo (antigua religion que cuenta más de tres mil años), tienen una trinidad divina (Budha, Dharma y Sákya), una Vírgen madre, el paraíso para las almas de los elegidos, el infierno para las de los réprobos, y el purgatorio para la metempsicosis. En el budhismo hay un pontífice supremo é infalible en materia de doctrina, patriarcas encargados del gobierno espiritual en las provincias, un Consejo de sacerdotes superiores que se reunen para designar el soberano pontífice, y cuyas insignias hacen recordar las de nuestros cardenales, conventos de monjas y de religiosas que se parecen mucho á los nuestros, y entre los cuales se echa de ver la órden tan rica de los hermanos

mendicantes, oraciones por los muertos, la intercesion de los santos, el ayuno y las maceraciones, las reliquias veneradas por los fieles, el beso de los piés, las genuflexiones, las letanías, las procesiones en el interior de los templos y en las calles, con cirios encendidos, incienso, música, altares, acompañamiento de niñas vestidas de blanco y cubriendo el suelo de follaje y de flores, el agua lustral, el culto de las imágenes, las peregrinaciones, el símbolo de la cruz aliado á la arquitectura y á los ornamentos de los templos, etc., etc., sin contar con multitud de milagros, á uno de los cuales debemos la creacion de este arbusto cuya infusion saboreamos, y que se llama té.

En tiempos antiguos (519 de nuestra era) vivia en el Japon un piadoso eremita llamado Dharma. El santo hombre se alimentaba exclusivamente de yerbas y raícès, pero así era dichoso, porque estaba lleno del espíritu de Budha.

Meditaba noche y dia, y, para no interrumpir tan útil ocupacion, habia hecho voto de jamas entregarse al sueño. Este voto era temerario, y Dharma, á pesar de todos sus esfuerzos por resistir á esta ley de la naturaleza, se durmió un dia prefundamente. Cuando despertó, pidió perdon al cielo de un acto tan culpable, y para castigarse, así como para no estar expuesto á la recaida, se arrancó los párpados.

Budha no podia dejar sin recompensa semejante acto de homenaje rendido á su poder infinito, y en su inagotable bondad, hé aquí la sorpresa que dió al buen ermitaño.

Al siguiente dia, cuando éste, con los ojos sin párpados, volvió al lugar donde se habia sometido á esta operacion, vió con sorpresa que sus párpados, que él habia tirado al suelo como cosa inútil y peligrosa, se habian trasformado en unos arbustos. Naturalmente, quiso gustar las hojas de estos

arbustos (vosotros y yo hubiéramos hecho otro tanto). Llevó algunas á su boca, y al punto experimentó una agitacion extraordinaria que le inspiró alegría, le animó el cerebro y le dispuso á orar con mas fervor.

Hé aquí cómo el uso de una preciosa planta se ha difundido por todas partes, por la voluntad de Budha, y gracias al mas delicioso de los milagros.

Tambien los japoneses tienen la confesion auricular. Ved de qué manera se practica en ciertas casas.

Entre las órdenes ó cofradías que dependen directamente del papa budhista, se halla la de los *jamabos*, cuyo significado literal es *soldados de las montañas*. «El principal objeto del instituto de los jamabos, dice Clavel, es combatir por la causa de los dioses y por la defensa de la religion. Se les ve constantemente ocupados en franquear las cimas de las montañas mas escarpadas. Los penitentes se trasladan al lado de ellos en peregrinacion, para hacerse absolver de sus pecados, cuyo resultado solo obtienen despues de haberse sometido á duras austeridades. Hecho este sacrificio preliminar, se les conduce al pico de una roca, á donde debe tener lugar su confesion. Se mete sujeto á la roca un largo madero, en cuyo extremo, que avanza sobre un precipicio, se suspenden los dos platillos de una balanza, en uno de estos colocan al penitente, y en el otro ponen un contrapeso. Entonces empieza la confesion, la cual es preciso que sea completa y sincera. Si acontece que el penitente disimula alguna de las faltas que haya cometido, y lo sospechan los jamabos interrogantes, quitan el contrapeso, agitando con violencia la balanza, y lanzado así del platillo, una vez perdido el equilibrio, el penitente se precipita en la sima abierta á sus piés.

Nosotros nos limitamos á hacer notar estas semejanzas

entre el budhismo y el cristianismo, sin pretender explicarlas; pero son tales, que los primeros misioneros que penetraron en el Japon, se creyeron á primera vista en pleno cristianismo.

Hé aquí tambien algunos de los prodigios obrados por Budha hace ya tres mil años.

Tan pronto toma la forma de un pescado, sale del rio que le ocultaba, y durante doce años alimenta á los hombres con su carne; tan pronto regala uno de sus ojos á un ciego; un ojo, que no es poco dar.

Los misioneros hudhistas hicieron, despues de su maestro, un excelente uso de los milagros. Por uno de estos fué por lo que el budhismo se introdujo en China, en donde imperaba el brahmanismo, tratando de desacreditar los milagros de los otros por los suyos, que se pretendia hacer pasar como los únicos verdaderos y auténticos.

Ved el milagro de los misioneros budhistas en China:

Habiendo tratado en vano de convertir la córte del Celeste Imperio á la fé nueva, fueron puestos en prision y condenados á morir allí de hambre. Pero los misioneros, mal avenidos con esto, recitaron la oracion llamada: *Mayá pradjn hâra mitá*, y al instante una viva claridad iluminó el calabozo. Un génio de color de oro, de talla desmesurada, armado de una maza, vino á quebrantar las puertas y á librar los prisioneros. Espantado de semejante prodigio el emperador Chi-houang-tí, ordenó dar libertad á los prisioneros, fuertemente quebrantado en su antigua fé, y vacilando sin saber á qué santo encomendarse.

Este milagro no alcanzó sino un éxito á medias.

Los historiadores chinos refieren en los siguientes términos la adopcion oficial del budhismo en el Celeste Imperio.

Ming-ti, de la dinastía de los Han, tuvo un sueño en el

cual vió un hombre de color de oro (este es por lo visto el color favorito de Budha), de alta estatura, la cabeza rodeada de una aureola blanca luminosa, volar por encima de su palacio. Consultó sobre este sueño á hombres competentes. Contestósele por estos, que en las regiones occidentales habia un poderoso génio llamado Fo, á quien los pueblos rendian un culto religioso. En su consecuencia, el emperador envió á un gran oficial y un letrado, con otras varias personas notables, al Indostan, á tomar informes, diseñar los templos y recoger preceptos. El gran oficial se dirigió á los Samaneos, y regresó con dos de entre ellos. Entónces fué cuando en la China empezó á observarse el uso de las genuflexiones.

El primero que abrazó la nueva religion fué un príncipe de Tchou, llamado Yug, el cual se procuró el libro de Fo, en 42 capítulos, y algunas imágenes de Sákya (Fo) y Budha. Ming-ti hizo pintar representaciones religiosas, y las colocó en la torre de la Pureza. El libro sagrado fué depositado en un edificio de piedra, cerca de la torre de Lau, y como al regresar á Logaug, el gran oficial habia puesto este libro sobre un caballo blanco, se construyó un monasterio y se le llamó del Caballo Blanco: Mateng y Tchou-fa-lau pasaron su vida en el monasterio.

A partir del momento en que el emperador de los chinos fué favorecido con este sueño milagroso, el budhismo fué en aumento y esplendor. Hubo un tiempo, sin embargo, en qué, segun los budhistas, Budha, queriendo probar su Iglesia, permitió que gran número de chinos se mostrasen tibios en la verdadera religion y criticasen ciertos actos de sus ministros. Entónces se organizaron peregrinaciones piadosas, á fin de reanimar la fé vacilante.

Los peregrinos visitaron sucesivamente, en un viaje que

duró algúnos años, todos los lugares que habian sido testigos de los milagros de Budha, de sus maceraciones y de sus artificios. En el Indostan se arrodillaron y oraron en el lugar mismo en que el Dios se encarnó bajo la forma de un simple mortal, Sâkya. En Benarés regocijáronse de la preeminencia que el budhismo habia obtenido sobre el brahmanismo. Pero esta última religion tenia aún raíces profundas, y hubo una carnicería entre los partidarios de ambos lados.

Los religiosos budhistas no olvidaron, en vista de los bienes futuros de lo espiritual, los bienes presentes de lo temporal. Pensaron en extender su poder y enriquecerse. El emperador Wou-ti, habiéndose convertido á su creencia, abdicó, se hizo monje budhista y fué á refugiarse á un monasterio. Allí se hizo rapar la cabeza, se cubrió de un vestido grosero, y no tomó otro alimento que yerba y arroz. El pueblo poco satisfecho de la conducta del emperador, le obligó á ahorcar los hábitos y á volver á tomar la corona. Para determinar á los religiosos á dejar partir á tan ilustre huésped, el Estado se comprometió á pagarles una suma considerable de oro. En esta época los budhistas poseian en China trece mil conventos, con bienes cuantiosos. Sin duda que esto era demasiado para unos modestos religiosos, pero en cambio les era muy agradable.

Acabamos de ver como los monjes de Budha se hicieron pagar muy caro el haber permitido al emperador Wou-ti recuperar su cetro. Pues no ménos caro llevaron por impedir que abandonase el suyo y entrase en religion una muger que por entónces reinaba en el Norte de China. Los dignatarios de la Iglesia de Budha la persuadieron de que ganaria con mas seguridad el cielo no haciéndose religiosa y permaneciendo sobre el trono, á condicion de que habria de erigir un

monasterio, en el que sostendria á sus expensas mil monjes. Construyóse el edificio, compuesto de nueve torres, que no tienen ménos de novecientos piés de altura, y se le llama la mansion de la paz universal.

Este convento despertó los celos de otra princesa budhista, la emperatriz Wou-heou, la cual encargó á su monje favorito la construccion de dos edificios budhiscos, llamando á uno de ellos el templo de la Gran-Lúz, y al otro el Templo del Cielo. Diez mil obreros se emplearon en la construccion de estos templos, subiendo tanto los gastos, que se agotó el tesoro del imperio. No importaba eso, pues lo principal era para la emperatriz Wou-heou eclipsar á su rival, abrirse las puertas del cielo y complacer á Houai-y, su monje favorito. El Templo del Cielo, al lado del cual nuestras iglesias católicas parecerian barracas, tenia cinco cuerpos de una elevacion y magnificencia sin igual.

Hé aquí algunas cifras que no dejan de presentar interes. En el año 845 de nuestra Era, Wentsoung ordenó el recuento de las instituciones monásticas del imperio; lo cual dió á conocer que existian 4,660 templos y monasterios autorizados por los emperadores, y 40,000 construidos y sostenidos por los particulares; que el número de religiosos y religiosas que vivian en estos edificios subia á 260,500; que sus tierras y dominios eran inmensos y de un valor inapreciable, y en fin, que poseian 150,000 esclavos. Wen-tsoung consideró peligroso al imperio tal estado de cosas, y en consecuencia decretó la destruccion de todos los templos budhicos y de los conventos que de ellos dependian, la secularizacion de los religiosos de ambos sexos nacidos en el país, la expulsion de los religiosos extranjeros, la emancipacion de los esclavos y la sujecion de las propiedades al impuesto. No obstante, co-

mo prenda de su espíritu de tolerancia, permitió que subsistiese en las dos córtes de Lo-yung y de Sin-gau-fou, como en cada una de las provincias del imperio, un número determinado de monasterios y de religiosos samaneos, los cuales serian puestos bajo la inmediata vigilancia de mandarines destinados á este objeto especial.

Pero estas medidas tan sábias no debilitaron sino por corto tiempo el budhismo chino. La perseverancia de sus sacerdotes triunfó de todos los obstáculos, y hoy el budhismo reina sin traba alguna sobre la mayor parte de la poblacion.

Los adeptos á esta creencia ven en su triunfo una prueba evidente de la proteccion del cielo. Los brahmanistas ven en ello una de esas pruebas pasajeras que no hacen sino acrecentar en definitiva el poder de la verdadera religion, que para ellos es naturalmente la suya.

Yo, que no soy budhista ni brahmanista, no veo en todo ello mas que un conflicto de intereses diversos y creo apercibir en cada campo dos grandes categorías de hombres: los que engañan y los que son engañados, los ambiciosos y los imbéciles.

No seguiremos al budhismo en sus numerosas creencias ó dogmas. Todo cuanto la imaginacion puede inventar de maravillas, las unas poéticas, las otras extravagantes, la mayor parte absurdas, se encuentra en esta religion. Se podrian seguramente llenar muchas columnas con los fantásticos cuadros que han trazado los fundadores del budhismo, y que, segun ellos, representan las verdades eternas reveladas por la Divinidad en persona. Hay capítulos sobre la formacion y el aniquilamiento del mundo; sobre la division de la tierra en cuatro partes distribuida alrededor del monte Meron, que ocupa el centro mismo del globo; sobre los cuatro criaderos

subterráneos; sobre las edades humanas; sobre los reyes de la tierra; sobre las siete cosas preciosas; sobre el acabamiento del período actual, que debe durar doscientos treinta y seis millones de años, de los cuales van trascurridos ciento cincuenta y un millones doscientos mil.

«Cuando la vida del hombre, hoy de cien años, dicen los libros sagrados, no sea mas que de treinta, entónces cesará la lluvia del cielo, se secarán los rios, no renacerán las plantas, y la tierra será despoblada. Cuando la vida no alcance mas que á veinte años, el número de los hombres se verá aun mas reducido por enfermedades mortales; despues, cuando la vida llegue á su extremo límite, y no sea mas que de diez años, los desgraciados que hayan escapado á tantas causas de destruccion, se entregarán á encarnizados combates; todo lo que está en la naturaleza, los árboles, las piedras, los huesos mismos de las víctimas que hayan sucumbido anteriormente, llegarán á ser en sus manos instrumentos de muerte. En este terrible instante aparecerá Bhuda, que regenerará el mundo, y la vida del hombre volverá á tomar su progresion ascendente.»

Tras estos capítulos, de los cuales apénas si podemos aquí recordar los títulos ni dar la sustancia, vienen aquellos que tratan de los mundos superiores, del alma, de la clasificacion de los dioses, que se dividen en varias clases, entre los cuales figura el dios de los infiernos, y por encima de los cuales reina el Sér Supremo, espíritu universal é indestructible, creador de todas las cosas. Preciso es citar las traslaciones en los mundos superiores; las diez potencias, los santos del paraíso, la encarnacion de Bhuda, que no es el Sér Supremo, aunque sea considerado como divino y se componga de una trinidad misteriosa; el paraíso, que se divide en

varios grados ó contemplaciones, de que disfrutan las almas de los difuntos, segun su grado de pureza. Observamos las categorías siguientes: el cielo sin nubes, el cielo de la vida feliz, el cielo de las grandes recompensas, el cielo donde no hay reflexion, el cielo sin fatiga, el cielo del término del pensamiento, el cielo donde se ven todos los mundos, el cielo donde todo se manifiesta, en fin, el cielo del Supremo Señor.

Varios teólogos aseguran que, por encima de los cielos que acabamos de enumerar, y que llegan á veintiocho, hay otros todavía, pero eso no es cosa bien probada, dado que nadie ha estado allí.

Tales son, dicen los libros sagrados, los lugares de la felicidad reservada á los séres que han llegado á desprenderse de los lazos de la materia, y á adquirir, por sus buenas obras y por la contemplacion, grados de pureza mas ó ménos elevados.

El budhismo, que admite la igualdad de los hombres ánte Dios, abre á todos, grandes ó pequeños, ricos ó pobres las puertas de la eterna bienaventuranza.

No hagamos sino mencionar el purgatorio, que ofrece poco interés, y vamos al infierno de los budhistas, que se parece mucho al de Dante.

El infierno se subdivide en diez y seis categorías de lugares, de suplicios, ó si se quiere, en diez y seis infiernos, de los cuales ocho son candentes y ocho helados. Ademas, en cada uno de estos infiernos principales, hay diez y seis pequeñas sucursales, en donde los condenados son sometidos gradualmente á los sufrimientos supremos que les están finalmente reservados.

En la primera de las diez y seis sucursales de cada infierno central, se aplica á los condenados el suplicio de la arena.

Un viento inflamado sopla incesantemente sobre una arena muy fina, la calienta horriblemente y la arroja sobre la piel de los pacientes, que gritan.

En el segundo infierno, bolas de hierro huecas y rellenas de excremento ardiendo, estallan por sí mismas como bombas asfixiantes.

¡Pero cuantos mas duros suplicios quedan todavía que sufrir!

En la tercera sucursal, los réprobos son extendidos sobre unas planchas de hierro candente, y allí, adheridos por medio de quinientos clavos que le taladran las manos de parte á parte, los piés y todo el cuerpo.

En la cuarta sucursal, no tienen otro alimento que cobre fundido, que á la verdad no será muy tónico.

En la quinta sucursal, los demonios refrescan á sus huéspedes por medio de pequeñas bolas de hierro enrojecidas al fuego, que les hacen tragar como si fueran píldoras.

En la sexta sucursal, se arroja á los condenados en una caldera de líquido hirviendo.

En la sétima no cambia sino la naturaleza de este líquido.

En la octava, son estrujados sus cuerpos entre grandes piedras, que los reducen á polvo.

En la novena, se les fuerza á bañarse en sangre y en materias purulentas que tragan al respirar.

En la décima, se les calcinan los cuerpos.

En la undécima, un inmenso rio de cenizas corre sobre ellos, causándoles diez mil dolores á la vez.

En las otras sucursales son peor tratados todavía.

Todo eso hace reir de puro insensato.

Hago gracia al lector de los grandes infiernos, á los cuales sirven de preparacion los que acabamos de ver. Allí los ré-

probos se revuelcan los unos contra los otros y se desgarran entre sí. Si mueren de sus heridas, es para resucitar al punto y hacerse amarrar con cadenas candentes por la banda de diablos que los decapitan, les sierran el cuerpo y los amartillan, de tal modo, que hacen fundir y correr la médula de sus huesos.

En los infiernos glaciales, los cuerpos de los condenados se cubren de arrugas y grietas; sus carnes se abren como la flor del nenufar azul: á veces se contraen y toman el color del nenufar rojo, ó bien sus huesos desprovistos de su envoltura, se muestran al desnudo y ofrecen el aspecto de un nenufar blanco.

Los budhistas creen que no es necesario comprender el sentido de las oraciones para que sean agradables á la divinidad, y que lo importante es decir muchas. Aún están persuadidos de que no hay necesidad para agradar á Budha de recitar las oraciones, sino que basta mirar vagamente el papel donde están escritas.

De ahí una invencion muy original por medio de la cual hacen oracion mecánicamente.

Se llama este aparato *rueda de oraciones.*

Compónese de unas cajas cilíndricas de varios ángulos, cuya superficie está cubierta de oraciones escritas en caractéres de oro, y que se hace mover como si fuera un organillo. Cada vuelta de la rueda se cuenta por el penitente á igual de una oracion hablada. Es cuestion de muñeca: el mas agradable á Dios es aquel que mueve por mas tiempo y con mas viveza el manubrio.

Algunos penitentes acomodados tienen *ruedas de oraciones* establecidas en grande escala y movidas por molinos de viento ó de agua. Nada mas cómodo; así se salva uno sin

tomarse siquiera el trabajo de hacer andar la mecánica, y ocupándose miéntras en sus negocios.

Pero creo que para obtener el permiso de servirse de las ruedas de oraciones, es menester pagar á los sacerdotes de Budha una suma de dinero.

Ciertos conventos en el Japon son renombrados por las reliquias que encierran, y atraen un sinnúmero de peregrinos. En estos conventos se venden imágenes de la divinidad, especialmente honrada en el monasterio, las cuales tienen por efecto rescatar los pecados cometidos. Se hace un comercio muy lucrativo de estas santas imágenes budhistas.

La mas preciosa de estas reliquias sin comparacion, es un diente canino del mismo Budha. Merecen ser consignadas las aventuras de este diente excepcional.

Cedido por el rey de Bengala al de Ceylan en cambio de ricos presentes, fué encerrado en un templo edificado expresamente al objeto. El diente sagrado debia sufrir la instabilidad de los dientes humanos. Habiéndose apoderado de la isla los malabares, seiscientos años despues, persiguieron el budhismo y trataron al diente divino al igual del mas despreciable raigon. Pero apénas habia trascurrido un siglo, los malabares fueron expulsados de la isla. Entónces el diente venerado, encontrado milagrosamente, volvió á tomar su puesto de honor en el templo que le estaba consagrado. Los portugueses á su vez se hicieron dueños de él en la última mitad del siglo XVI de nuestra era.

Se ofrecieron á Constantino de Braganza, gefe de los portugueses, sumas considerables para rescatar el diente; nada pudo moverle. Como católico, se indignó Constantino de ver rendir semejante homenaje á un simple canino: hizo llenar un bracero y lo redujo á cenizas públicamente, á vista de

los chíngalos, llenos de indignacion y horror por semejante sacrilegio. Buen necio era el portugués; ¿cómo no habia adivinado que aquel diente era indestructible y que miéntras hubiese un canino cualquiera, no seria sustraido á la adoracion de los fieles? Pero hay gentes que no comprenden nada. Al dia siguiente los mercaderes de Budha volvieron á encontrar el diente en una flor de loto.

Posteriormente los ingleses se han apoderado de él y no han querido cederlo á ningun precio; pero no hay que tener cuidado; por cada diente perdido habrá dos encontrados, y Budha tenia treinta y dos. Esto debe colmar de esperanza á buen número de budhistas.

Una palabra ahora sobre el templo de Koubosi, erigido en la ciudad de Nara, antigua residencia de los emperadores del Japon. Este templo está precedido de tres inmensos pórticos, pasándose de uno á otro por medio de soberbias escaleras. En el primer pórtico hay dos estátuas colosales armadas de mazas. La puerta del templo está guardada por dos leones gigantescos. La estatua de Budha, flanqueada de otras dos estátuas de una altura prodigiosa, ocupa el fondo del templo. Delante están colocadas en anfiteatro, y de talla graduada, otra multitud de estátuas, cuyo número asciende á treinta y tres.

El terreno sobre que está construido este magnífico templo, encierra espléndidos jardines, donde están distribuidas simétricamente pequeñas colinas artificiales cubiertas de las mas bellas flores país. Al lado del templo principal se levantan varias pequeñas capillas y vastos edificios, destinados, ya á la habitacion de los sacerdotes, ya á sus asambleas, ya á guardar preciosas bibliotecas.

Hemos dicho que el símbolo de la cruz se encuentra mez-

clado á la arquitectura religiosa del Japon, y en efecto, muchos templos budhistas son cruciformes, y la cruz aparece estampada en los ornamentos y esculpida sobre las tumbas. Lo que hemos leido acerca de este símbolo, nos parece oscuro, y solamente podemos decir que en todo el Japon se ven cruces de madera á la orilla de los caminos, las cuales sirven de patíbulo á los criminales. Son atados á ellas con cuerdas y expuestos así por algun tiempo, se les da luego muerte, atravesándoles con una lanza.

Despues de todo esto, yo ruego á Budha, que fué un legislador lleno de sabiduría, que me perdone esta escursion humorística á través de su dominio espiritual, y que reciba aquí la expresion de mi profundo respeto por todo lo que en el budhismo, como en todas las demas religiones, se halla relativo á la moral, y que se puede resumir en una sola palabra: Farternidad.

Pasemos al amor en el Japon.

II.

EL AMOR EN EL JAPON.

Todos los viajeros elogian, no solo las cualidades morales del bello sexo en el imperio del Este, sino tambien sus encantos físicos. Las japonesas, sin ser precisamente hermosas, tienen generalmente una fisonomía muy simpática. La piel no es blanca como la de las europeas, pero pronto se habitúa uno á su matiz aceitunado. Sus gestos son de una gracia natural llena de distincion.

En cuanto á su vestido, es casi el mismo que el de los hombres; consiste en una série de túnicas largas y muy anchas sobrepuestas las unas á las otras. En las clases inferiores, estas túnicas son de simple algodon. Las gentes de buena posicion las usan de seda. Los nobles hacen tejer en la tela el diseño de las armas de su familia. Á veces se contentan con reproducirlo por medio de un bordado que les cubre la espalda y el pecho. Un cinturon ó faja mas ancha para las mugeres que para los hombres, que da dos vueltas al cuerpo y atado con un gran nudo, sostiene todas esas tú-

nicas. Él nudo de la faja sirve para distinguir las mugeres casadas de las solteras.

Las mangas japonesas son de un largo y de un ancho tan extraordinario, que nos parecerian embarazosas. Las señoras, sobre todo, las llevan tocando al suelo. Una parte de la manga izquierda está cosida en forma de bolsillo, y allí es donde guardan los pequeños pedazos de papel que les han servido para limpiarse las narices, esperando una ocasion favorable para arrojarlos.

En las mugeres los bordados que adornan sus túnicas son en mayor número y de colores mas brillantes.

Este es el traje de uso ordinario.

El de las grandes ceremonias consiste en un sobretodo de tela generalmente azul, y sembrada de flores hordadas en seda blanca. Este sobretodo baja á medio cuerpo, llevando plegadas hácia atrás las extremidades, á fin de dar mas cuadratura á las espaldas.

El calzado no es la parte ménos original del traje japonés. En la calle las mujeres llevan una simple plantilla de paja tejida ó de madera sujeta al pulgar por medio de un anillo. Este calzado es muy incómodo; se arrastra mas que se lleva, y dá á las japonesas ese aire tardo y pesado que agrada particularmente á los japoneses, y que nosotros en Europa halláriamos muy desgraciado. Cuando entran en una casa, dejan su calzado á la puerta, y toman unos zapatos que les cubren el pié hasta el tobillo.

El tocado de las japonesas consiste en un turbante formado con sus propios cabellos.

Para sostener el tocado, y tambien para adornarle, se sirven de numerosos alfileres de madera de laca, largos hasta de quince pulgadas, muy trabajados y de un pulimento admira-

ble. Estos alfileres cuestan muy caros y constituyen uno de los mayores lujos de las mugeres en el Japon, las cuales, al revés de las otras mugeres del mundo, desdeñan las joyerías. A los alfileres de los cabellos añaden á veces algunas flores naturales.

Las señoritas, pero solamente ellas, llevan sus cabellos en forma de alas de pichon.

En cuanto á las mugeres separadas de sus maridos, se rapan enteramente la cabeza como señal de luto, dejando ver vu cráneo amarillo y reluciente.

Parece que las japonesas no gustan del color de su piel, porque tratan de disimularlo bajo capas de blanco de y rojo. Ademas, se pintan los lábios de color de púrpura. Las mugeres casadas se barnizan de negro los dientes, y completan los cuidados de su persona arrancándose las cejas.

Los japoneses salen con la cabeza desnuda; pero, cuando llueve, la cobijan bajo un sombrero redondo de paja admira blemente tejida y de extremada finura. El abanico les sirve de sombrilla.

El abanico es considerado en este país como un objeto de primera necesidad, no solo para las mugeres, sino para los hombres de todas las condiciones, sacerdotes, soldados, religiosos, mendigos, etc. Sobre el abanico recibe el japonés los dulces que le ofrece la dueña de la casa á donde va de visita; el mendigo extiende su abanico para recibir la limosna; el elegante se distrae con su abanico á manera de baston-junco; el maestro reemplaza la férula ó palmeta con el abanico, y con él pega á los escolares; el sacerdote hace la colecta piadosa con su abanico, sobre el cual lleva impresas las oraciones, y lo mismo hacen los monjes. El abanico es para el soldado japonés lo que el *switch* es para el soldado

inglés desarmado en las calles de Lóndres. El viajero llevá un abanico, sobre el cual van impresas una carta geográfica de los lugares que debe recorrér, con el nombre de las posadas que se encuentran en el camino, y la tarifa de los comestibles. Es un verdodero abanico-guía. En fin, con un abanico presentado de cierta manera á un criminal de alto nacimiento, es como se le hace saber que ha llegado su última hora. Cuando él adelanta la mano para coger el abanico, el verdugo le corta la cabeza.

En el Japon no pasa lo que en Europa, donde solo se juzga aptos á los hombres para el estudio de las ciencias. Allí las mugeres reciben una instruccion que en nada difiere de la de los hombres. Así no es raro hallar mugeres hechas doctoras en todos los ramos de los conocimientos humanos.

Las bibliotecas públicas encierran obras muy apreciables sobre las ciencias exactas, sobre la política, sobre la filosofía, firmadas por mugeres casadas y solteras.

Lo primero que se enseña en las escuelas japonesas es á hablar y á escribir correctamente la lengua del país. En seguida se inicia á los escolares en los misterios de la religion, y se les enseñan las ceremonias y oraciones por medio de las cuales se complacé la Divinidad en ser adorada en este país.

Despues del estudio de la religion, se ocupan de la lógica, lo cual es muy diferente; en seguida se pasa á la elocuencia, á la filosofía, á la historia, á la pintura, á la música y al baile.

La situacion de las mugeres casadas es muy extraña; libres en sus personas, salen solas, toman parte en las fiestas públicas, tan numerosas en este país, y los maridos no quieren otra garantía de la fidelidad de sus esposas que el senti-

miento del honor, tan susceptible entre las japonesas, y.... la pena de muerte, que seria el castigo de su falta.

La japonesa más es un mueble que una esposa. No solamente está colocada bajo la completa dependencia de su marido y debe obedecerle en todo y siempre de la mejor voluntad, sino que es obligada á obedecer ciegamente á su padre, á su madre, á sus hermanos; de suerte, que una gran parte de la vida se pasa en ejecutar las órdenes, con frecuencia contradictorias, que cada uno le da á su vez. Por otra parte, no tiene ningun derecho en la comunidad, y su testimonio no es admisible en juicio.

El marido tiene el derecho de repudiar á su muger, y ella no lo tiene en ningun caso para separarse de él.

La sola condicion impuesta al marido japonés que quiere separarse de su espcsa, es la de suministrar á ésta medios de vivir, segun su categoría, á ménos que el marido haga saber ciertos motivos ante los tribunales, tales como, por ejemplo, la esterilidad de la muger, en cuyo caso el juez declara que no le debe indemnizacion alguna. Entónces ella no tiene mas que un derecho: el de morir de hambre.

La esposa japonesa, que no puede jamas pedir su separacion del marido y que siempre teme ser repudiada, tiene el deber de distraer sin cesar á su tierno esposo con sus talen tos, cantando acompañándose con la guitarra. pintando, bailando, interesando su espíritu con narraciones instructivas y variadas.

Mas si acontece que, á pesar de todos sus talentos, la muger japonesa deja de agradar á su marido, este introduce en el domicilio conyugal tantas mugeres ilegítimas como le plazca. Estas últimas, aunque de derechos inferiores á la esposa, no son en modo alguno consideradas como culpables

y se acepta como regular su posicion en la sociedad. De todos modos, las concubinas, en señal de inferioridad, no pueden raparse las cejas, lo cual las hace mucho mas lindas que las mugeres casadas para los europeos, pero á ellas les causa profundo pesar, por cuanto las cejas son consideradas, en el Japon como cosa supérflua y un signo de envilecimiento.

Por lo demas, las concubinas siguen bajo la dependencia de la muger casada, la cual las trata generalmente con dulzura. Jamas se muestra celosa de las mugeres ilegítimas que la rodean, hallando muy natural en su marido una conducta, que en sí misma consideraria como monstruosa.

Nada mas raro, en efecto, entre las mugeres japonesas, que el crímen de adulterio; apénas, segun los historiadores que han escrito sobre este país, tierra prometida de los hombres casados, la estadistica registra cada año algunos casos. Se citan numerosos ejemplos de mugeres que, no pudiendo sobrevivir á su deshonra, ellas mismas se han quitado la vida.

Entre otros casos, los poetas del Japon cantan en sus versos el siguiente:

Un hombre de la mas alta nobleza parte para un largo viaje, dejando en su casa á su muger jóven y hermosa. Otro, de no ménos nobleza, y amigo íntimo de su marido, la solicita. Muéstrase desde luego reservado y habla sobre todo del pesar que le causa la ausencia de tan excelente amigo, cuya pena comparte con la muger. Bien pronto, sin embargo, se apercibe esta de que el amigo de su marido es un falso amigo, y de que ella es el objeto de su aficion. Naturalmente se indigna y quiere lanzar de su casa al lobo disfrazado con la piel de oveja. El lobo resiste, y como es el mas fuerte

triunfa en la lucha, haciendo una víctima en vez de una conquista.

El marido regresa. Su muger le trata con afecto, mas ya no tiene para él ese tierno abandono que otras veces formaba el encanto de su union. Suplícale el marido que se explique, pero ella guarda silencio; el marido insiste.

«Pues sea lo que gustes, dice ella, mañana lo sabrás todo.»

Al siguiente tenian una gran reunion para celebrar el regreso del noble viajero. Entre los convidados se hallaba el seductor. Despues de la comida y de pasatiempos variados, cuando los convidados se disponen á retirarse, la muger ultrajada toma la palabra y descubre la conducta del infame que la ha deshonrado. Despues suplica á su marido que la mate, pues no puede sufrir por mas tiempo su desgracia. El marido rehusa castigarla por una falta de que ella no es moralmente responsable. Ella se muestra reconocida y se echa llorando en los brazos del marido, que la recibe con ternura; pero aprovechando la víctima un instante en la confusion general, se arranca precipitadamente de los brazos de su esposo y se arroja del terrado á la calle, cayendo hecha pedazos. Vuelan en su socorro; pero en lugar de un cadáver, encuentran dos: el culpable seductor se habia hecho justicia abriéndose el vientre al lado de su víctima, segun el uso establecido en la buena sociedad del Japon.

Los japoneses, que rodean de ceremonias mas ó ménos complicadas todos los actos de la vida, las tienen tambien para las mujeres que se disponen á ser madres. Desde los primeros síntomas que declaran el estado interesante de la muger legítimamente casada, los parientes de esta, sus amigas y algunos sacerdotes budhistas, se reunen para ceñir su cintura con una faja de crespon rojo, la cual no debe quitarse hasta

el nacimiento del niño. Durante esta ceremonia, cuyo uso se remonta á mil seiscientos años, se dicen ciertas oraciones.

Hé aquí el orígen de ese emblema: en aquella época murió á la cabeza de su ejército el soberano del Japon, combatiendo por la conquista de la Corea. La muerte del gefe del Estado podia comprometerlo todo, y ya vacilaban los soldados, cuando la viuda del monarca, no escuchando mas que su patriotismo, se ciñó una faja de crespon rojo, y á pesar de su estado de embarazo ya adelantado, se puso al frente del ejército. Tan heróica conducta estimuló el ardor de las tropas y la Corea fué conquistada por el Japon.

En memoria de este hecho, se estableció desde entónces la ceremonia referida.

Pero los japoneses reservan otras muchas á la muger que llega á ser madre. Al punto que el niño nace, se la sienta medio acostada en la cama, y se la sostiene con unos sacos de arroz, colocados por detras y bajo los brazos. En esta postura ha de estarse inmóbil durante nueve dias, comiendo lo ménos posible y constantemeste despierta. Semejante régimen mataria infaliblemente á la mas robusta europea; las japonesas se someten á él, sostenidas por la fé religiosa que se lo manda, sin que sientan malos efectos. Ademas, se las ordena permanecer en su casa durante cien dias.

Despues de este tiempo, la madre va al templo para dar gracias á Dios de haber librado bien, y vuelve á tomar sus ocupaciones domésticas.

Con frecuencia sucede que haga ciertos votos creyéndose en peligro de muerte, en cuyo caso, cumple religiosamente el voto ó promesa, que consiste generalmente en ofrendas para los pobres y sobre todo para la Iglesia, en peregrinaciones, en compras de imágenes sagradadas.

Mis lectores me permitirán entrar en algunos detalles relativos á los reciennacidos.

Nacido el niño, lo bañan, y lo dejan enteramente desnudo durante treinta y un dias, si es varon; durante treinta si es hembra. Segun los médicos japoneses, nada es mas contrario á la salud de los niños, durante los primeros dias de su vida, que cubrirles el cuerpo con vestidos. Es menester, dicen, que los reciennacidos tengan entera libertad en sus movimientos. Al niño se viste por primera vez trascurriendo el plazo que hemos dicho, y ese dia mismo se le pone nombre, con un ceremonial muy parecido en algunos puntos á la ceremonia del bautismo entre los católicos.

Se le lleva al templo, seguido de sus parientes y de criados con las envolturas mas ó ménos ricas, segun la fortuna de la familia. Una sirviente va detrás del cortejo, cargada con un pequeño cofre, donde lleva dos cosas: el dinero para el sacedote, y un papel en que van inscritos los tres nombres. Se ofrecen á los dioses que elijan entre estos tres nombres; los dioses eligen, instruyen á los que ofician y estos dan el nombre elejido al niño, asperjándole con agua bendita.

Despues se inicia al reciennacido del sexo masculino, que ni sabe lo que se le dice, en los misterios del *hara-kiri*, literalmente *pronto despacho*.

Este pronto despacho, es simplemente la manera de que todo japonés bien nacido ha de valerse para abrirse el vientre el dia en que por un motivo cualquiera le convenga acabar con la existencia.

Patentizado este misterio, termina la ceremonia con cánticos sagrados, acompañados de diversos instrumentos musicales.

El japonés se casa jóven, y es mal mirado en sociedad el que se casa con una muger de condicion inferior á la suya.

Los medios que emplea para expresar sus sentimientos á la que ama, son bastantes complicados.

Colocando una rama florida en un lugar designado de la casa habitada por la señorita, es como se asegura el pretendiente de si será ó no recibido como esposo. Si la rama no es recogida por la jóven, el pretendiente no tiene otro recurso que fijar en otra su amor. Si lo contrario tiene lugar, él es aceptado por marido. Si á la vez que recoge la rama florida, la señorita se barniza con negro los dientes, el enamorado se considera el mas dichoso de los mortales, pues es prueba de que no solo le recibe por esposo, sino de que le ama con gran pasion. Desde este momento ella cesa de arrancarse las cejas, y no se las quita ya hasta el dia del matrimonio.

Una vez arregladas entre los padres de los futuros cónyuges las cuestiones de interes, se designan de comun acuerdo dos dias: uno para la entrevista de los prometidos, que se supone no haberse visto nunca, y otro para el matrimonio.

A partir desde este momento, el novio envía regalos á su prometida, mas ó ménos ricos, segun su posicion.

Algunos dias ántes de la celebracion del matrimonio se reunen los padres de la novia para proceder, con la asistencia de algunos sacerdotes budhistas, á una ceremonia bastante original: amontonan los juguetes de la jóven, muñecas, dijes, etc., y los queman en señal del cambio de condicion que en ella va á operarse.

Despues se ocupan del ajuar y del mobiliario.

El ajuar puede ser rico y de importancia, pero el mobiliario no es mas que una bagatela en un país en donde las esteras de junco reemplazan con ventaja á las sillas, banquetas,

sofás, etc. El mobiliario de una japonesa que va á casarse se compone generalmente, á mas de las esteras de junco con que se tapizan las habitaciones, de un torno, de un bastidor para bordar y de algunos utensilios de cocina. Estos diferentes objetos son trasportados con gran pompa al domicilio del marido, el dia de la boda, y expuestos á la vista de los curiosos.

Por lo que hace á la celebracion del mátrimonio en la iglesia, en ninguna parte hemos encontrado detalles precisos. Los unos afirman que ninguna solemnidad religiosa acompaña á este acto, considerado en el Japon como puramente civil. Otros, y estos nos parecen los mejor informados, consideran que, puesto que los sacerdotes asiste al *auto de fé* de los juguetes de la novia, ellos deban necesariamente orar en el templo por la felicidad de los nuevos esposos, y bendecirlos.

Un viajero, que asegura haber visto celebrar varios matrimónios en los templos en el Japon, dice que la union de los esposos es consagrada por un sacerdote en la iglesia á donde estos últimos acostumbran asistir. La ceremónia tiene lugar de noche, y consiste en oraciones y bendiciones hechas á la luz de dos antorchas, una de las cuales sostiene el marido, y la otra la mujer. Unicamente los próximos parientes asisten á la bendicion nupcial, y todos los convidados esperan en la calle, á donde la ceremonia se acaba con pompa.

La casada es vestida de blanco, como en Europa, y, como aquí tambien, se la cubre allí con un velo del mismo color. Este velo, quo le servirá de mortaja, le es regalado por su familia, como un emblema alegórico cuyo significado es que ella ha muerto para su familia. Con este traje, la desposada se sienta en un rico palanquin, y rodeada de todos sus parientes, seguida de todos los convidados en traje de cere-

monia, atraviesa así lentamente algunos de los principales barrios de la ciudad. Despues de un paseo que nunca dura menos de dos ó tres horas, llegan por fin á casa del marido.

La desposada, siempre envuelta en su velo-mortaja, entra en la pieza principal, seguida de dos de sus compañeras de juego, y encuentra allí, sentado en el lugar de preferencia, al marido, rodeado de sus parientes, los cuales, como él, no han formado parte del cortejo, volviendo directamente de la iglesia á su casa. En medio de esta pieza se levanta una mesa ricamente esculpida, cubierta de pinturas finas, representando un roble, una acacia con flor, grullas y tortugas; objetos que son las emblemas de la fuerza del hombre, de la belleza de la mujer, y de una larga y feliz existencia.

Sobre otra mesa, mucho mas sencilla que aquella, está colocado todo lo necesario para el saki.

El saki, especie de cerveza fuerte, es la bebida favorita y nacional del Japon. Con el tabaco y las confituras, el saki es indispensable en esta parte del Oriente.

La desposada, con toda la etiqueta que las circunstancias requieren, se separa de sus compañeras de juego, y se coloca al lado de la mesa en que se halla la bebida favorita.

Entónces empieza el consumo del saki, con acompañamiento de interminables formalidades. Tomadas las primeras copas, los criados traen la comida.

El pescado crudo es uno de los platos mas del gusto japonés. En cambio comen las ostras cocidas.

Las compañeras de la desposada tienen luego una ceremonia, en la que ellas no creen nada. Le expresan cuanto mas agradable es la vida de las solteras que la de las mujeres casadas, y cuánto sienten verla separarse de ellas, de los juegos que formaban sus delicias, por tomar el cargo de la di-

recelon de una casa, por la vida matrimonial, siempre difíci y con frecuencia fatal á la mujer, que no tiene la dicha de agradar siempre á su esposo. Terminan haciendo votos por la felicidad de la recien casada, y expresan la alegría que experimentan en volver á sus juegos favoritos.

Tres dias despues, los recien casados van á saludar á los parientes de la esposa, lo cual constituye el último acto de esta comedia social de grande espectáculo.

La mujer, que tal vez á los pocos meses de matrimonio se ve rodeada de las *doncellas de honor* de que antes hablamos, ó, lo que es peor aún, se cree repudiada con la obligacion de raparse la cabeza, únicamente porque deja de agradar á su marido y quiere éste volver á casarse, esta mujer tiene al menos algunas semanas de buen tiempo, durante las cuales asiste con su marido á todo género de diversiones, tan numerosas en el Japon.

Desde luego, y para hacer gala de la riqueza de su guarda-ropas, asiste todas las noches al teatro, y cambia hasta tres veces de traje durante la representacion. Es como lo digo. Los principales teatros en el Japon, están dispuestos de manera que permiten á las mujeres hacerse y variar su tocado. Las elegantes van al teatro á la manera que nosotros vamos á un viaje; con dos ó tres maletas que encierran los trajes para los cambios.

A cada entreacto, la elegante pasa al tocador y reaparece en su palco bajo un nuevo aspecto. Seguramente que nada ganará la pieza ejecutada, cuando toda la atencion se pone en estos cambios de trajes. Pero ¡qué importa! El espectáculo es un entretenimiento, y nada agrada mas á los espectadores que ese aparato de coquetería esencialmente japonesa.

Cuando la recien casada no va al teatro, da uno de esos paseos en las barcas, que forman las delicias del imperio del Este, y tambien del imperio del Mediodia. En la primavera, las barcas de paseo están decoradas con un gusto y riqueza enteramente orientales. Se las ve circular empavesadas y adornadas de farolillos de colores variados, en los lagos y en los rios, y frecuentemente al ruido cadencioso de los remos se mezclan los cánticos de amor acompañados de una especie de guitarra cuyas cuerdas dan un sonido monótono y sordo, que, sin embargo, no deja de tener encanto ni poesía. Los viajeros que han visitado el Japon no encuentran palabras bastantes para expresar el maravilloso efecto de las barcas sobre los grandes lagos, en una de esas hermosas noches templadas y perfumadas de la primavera en aquella zona.

Tanto es el número de las barcas iluminadas profusamente, que se creeria ver en un rio de luz una poblacion flotante. Allí las jóvenes se entregan á diversos juegos, entre los cuales es preferible el de los dedos, que tambien en Nápoles forma las delicias de los *lazzaroni*, llamado en Italia la *morra*. Tambien se introduce un muñeco flotante en un vaso de agua, que se agita con los movimientos del barco, cantando el estribillo popular *Anataya modomada*, que significa literalmente, flota y no se detiene. Acaba sin embargo por detenerse ante alguno, y este no deja de beberse entónces una buena copa de saki á la salud del muñeco flotante.

No absorbe tanto, sin embargo, el juego de los dedos y de los muñecos la atencion de los paseantes, que no les dejo lugar para el juego ménos inocente de la galantería. En las barcas es donde los japoneses inconstantes hacen de ordinario conocimiento con esas damas ligeras, pero no más consi-

deradas como hemos dicho, con las cuales embellecen el domicilio conyugal, cuando la señora de la casa deja de gustarles lo bastante.

Se han visto maridos volver á sus casas con barcas enteras cargadas de paseantas. La esposa legítima asiste impasible al desembarque de la mercancía, sin una palabra de reproche para el infiel, y aun sin que nada en su corazon desapruebe un acto que tanto repugnaria á nuestra delicadeza, y que la mas indiferente de nuestras mugeres para con su marido, no veria sin justa indignacion y sin rebelarse violentamente.

Pero en lo tocante á ciertos sentimientos, entre los cuales es preciso colocar los celos, es muy difícil determinar la parte de la naturaleza y la parte de la educacion. Entre la japonesa, que no es celosa, la francesa, que lo es algunas veces, y la española que lo es siempre, ¿cuál es la que se acerca mas á la naturaleza? Dejo á mis lectores, segun su carácter y el estado de su alma, la decision de este grave asunto.

La mejor fiesta á que puede asistir una japonesa en el primer tercio de la luna de miel, es la fiesta que se llama Bong. Esta fiesta, que dura tres dias, tiene lugar todos los años en el mes de Agosto, y ofrece el espectáculo mas curioso de las costumbres japonesas. La música, el baile, los teatros y las luchas de gladiadores, son los placeres favoritas de todas las clases de la poblacion en esos dias de regocijo universal.

Los charlatanes, los titiriteros, ejercen su oficio en las calles y plazas públicas, y contribuyen poderosamente con los mendigos á las alegrías del populacho, porque parece que los mendigos son, en el Japon, gentes alegres llenas de gra-

cia y de agudeza. Imitando estropeados, acuden, apoyados en sus muletas, cojeando, en bandas de diez, quince, veinte individuos, implorando la caridad pública, con aire doliente. Mas apénas han conseguido lo que deseaban, como el Papa Sixto V, arrojan sus muletas y se ponen á bailar, improvisando canciones. Otras veces se fingen ciegos, y así piden limosna, exhibiéndose en tan triste situacion. Para desembarazarse de ellos les dan limosna, y entónces abren sus excelentes ojos y bailan alrededor de las gentes caprichosas danzas.

En verdad que en el Japon quizás sea mas agradable la posicion de mendigo que la de rico propietario.

Si el fingido ciego reconoce en una muger una recien casada, naturalmente hace en su discurso intencionadas alusiones á la situacion, con gran contento de la pareja amorosa.

Tras la comedia el drama; despues de la jerigonza de los mendigos, los ejercicios sangrientos de los luchadores.

Estos últimos son hombres de proporciones colosales, que se dan un aire pesado y magestuoso para imitar al elefante en su marcha. Los príncipes y los grandes dignatarios tienen por sí luchadores, para de vez en cuando recrearse en verles romperse el pecho á puñetazos.

«Sin las gentes nobles y ricas, dicen los japoneses, ¿qué seria de los luchadores?»

Tan verdad es, que en todos los países del mundo son necesarias las grandes fortunas para hacer marchar el comercio.

Hé aquí cómo un oficial americano, que formaba parte de la expedicion al Japon, cuenta una escena de luchadores de que fué testigo:

«Habia, dice, veinticinco luchadores, todos de una estatura enorme, casi fenomenal. Por todo vestido llevaban un cin-

turon de seda alrededor de los riñones, adornado de franjas, y sobre el cual estaba bordado el escudo de armas de los príncipes á quienes pertenecian. Su cuerpo tenia todo el desarrollo de músculos que es dado alcanzar á un hombre. Los príncipes, sus dueños, mostrábanse orgullosos de ofrecer á la admiracion del público semejante espectáculo. En cuanto á ellos, dábanse el mayor aire posible de elefantes.

Entre estos luchadores, habia dos ó tres cuyos nombres eran célebres en todo el imperio. Koyanagi, el luchador titular de la capital, se paseaba gravemente, ufano de la importancia de sus temibles funciones. Insistieron en que el comodoro americano examinase con detencion los detalles de su maciza estructura, la firmeza de sus músculos, verdadera red de acero, y el espesor extraordinario de sus carnes.

El comodoro, despues de haber palpado al Hércules el pecho y la espalda, ensayó cerrarle los brazos. Halló este miembro tan duro como el mármol, y quedó asombrado luego que, pasando su mano alrededor de su cuello, encontró un morrillo semejante al de un toro bravo.

El comodoro saludó en señal de admiracion al luchador, el cual le respondió con un gruñido formidable, mas parecido al de una béstia fiera que al de una criatura humana.

Por lo demas, tan gruesos estaban todos, que no parecian sino veinticinco masas informes. Apénas se les veian los ojos y la nariz, casi cubiertos por los músculos de la cara. Sin embargo, eran capaces de los movimientos que requieren mayor agilidad como á poco pudimos convencernos.

A manera de ejercicios preliminares, se pusieron á trasportar sacos de arroz, que debian ser embarcados á los pocos dias. Cada hombre llevó en cada viaje dos sacos, de peso cada uno de ciento veinticinco libras. Uno de los hércules

tomó un saco con los dientes; otro, cargado, dió saltos con tanta facilidad como si nada llevase.

Despues de esta exhibicion, que no tenia otro objeto que prepararse para ejercicios mas serios, los hércules se dispusieron á la lucha. Todos tenian á sus órdenes cierto número de mozos.

Varios luchadores tomaron sus abanicos y se abanicaron durante algunos instantes. Al cabo pasaron á la arena.

Esta era un espacio circular de doce piés, cuyo suelo estaba cuidadosamente arenado. Los luchadores, despues de dividirse en dos campos, tomaron sus disposiciones de combate. Hirieron el suelo pesadamente con su pié, hicieron algunas contorsiones, se desafiaron con la mirada los unos á los otros, sin empeñar aún la lucha, con el objeto, al parecer, de poner de relieve sus cualidades musculares.

Dos solos combatientes tomaron desde luego parte en la lucha. Despues de contorsiones sin fin y de movimientos de impaciencia, se lanzan el uno en los brazos del otro, y pugnan por derribar en tierra al contrario. Sus venas se hinchan, sus ojos se inyectan en sangre, en fin, uno de los combatientes cae pesadamente. Se le cree muerto, pero no estaba sino medio asfixiado, y dos nuevos luchadores toman el lugar de los primeros.

Esta otra lucha es mas original. Uno de ellos, confiado en en la solidez de su estómago, permanece impasible como una muralla de carne, mientras que el otro luchador, tomando carrera, va á herirle de un cabezazo. La piel de su frente es desgarrada y la sangre inunda su rostro; pero apénas parece apercibirse de ello, ataca de nuevo á su adversario con mas furia que nunca, hasta qué, completamente desgarrado el cráneo, se ve en la necesidad de declararse vencido. En

cuanto al otro, reconocido escrupulosamente, solo tenia unos ligeros cardenales.

Despues de estos dos luchadores vinieron otros nuevos, y siguieron, como hasta entónces, entre las luchas de cuerpo á cuerpo y combates á trompazos con la cabeza.

Ello era horrible, pero lleno de atractivos para los numerosos espectadores.

Para reponerse de las emociones de semejante espectáculo, la jóven recien casada en el Japon no deja de asistir á una fiesta especial en honor de las jóvenes, pero en la que tambien toman parte las mugeres casadas. Llaman á esta fiesta *Sanguatz sanitz*, y hé aquí en qué consiste:

En el principal salon de cada casa en que se celebra el *Sanguatz sanitz* se colocan un gran número de muñecos, de madera de gran valor, representando la corte y todos los grandes dignatarios del imperio. Estos muñecos, lejos de quedar inactivos, se les hace representar piezas á manera de polichenelas.

Esta fiesta trae su orígen de una leyenda que recuerda la de Moisés libertado de las aguas.

Convencida una muger de esterilidad, estaba á punto de ser repudiada por su marido, cuando habiendo pedido á Budha que la hiciese madre, vió excedidos sus votos. Pues en lugar de un niño á que ella esperaba, Budha le envia quinientos huevos.

La desgraciada era demasiado pobre para empollar tantos huevos, que de la muger mas estéril la convertian en la mas fecunda de las madres. ¿Qué hacer en tal caso? El marido furioso quiere romper todos sus huevos y quizás hubiese consumado el criminal intento de hacerlos una tortilla si la madre no se hubiera opuesto. Procuróse una caja, que marcó

con una seña particular, y allí metió los quinientos huevos, abandonando despues la caja en las orillas de no sé que rio.

Un pescador apercibió la caja, la abrió, y habiendo hallado intactos los quinientos huevos, los hizo empollar en un horno, segun la costumbre del Japon. ¡Cuál fué su sorpresa cuando, en lugar de quinientos pollos que él esperaba, vió salir quinientos chiquillos! No siendo lo bastante rico para alimentarlos con carne, los mandó á pastar, y estos hijos de Budha vivieron de yerbas de toda especie. Pero los chicos, de excelente apetito, devoraban las praderas, sin provecho alguno para el pescador, y este tomó el partido de despedirlos.

Despues de haber caminado algun tiempo, los quinientos niños llamaron á la puerta de un espléndido palacio, y allí pidieron hospitalidad. A la vista de estos quinientos pequeñuelos, la dueña del palacio, que de pobre habia llegado á ser rica, quedó sorprendida, se informó de ellos y reconoció á sus hijos.

Este hecho, auténtico como todos los prodígios, enseña á los japoneses que la Providencia vela, siempre por los niños, y que no hay necesidad, como en China, de cortarles el cuello cuando se tienen demasiados.

Y en efecto, el infanticidio, practicado en China como un derecho, es con justicia mirado en el Japon como crímen execrable.

III.

LAS DIVERSIONES EN EL JAPON.

Los japoneses tienen toda la gravedad oriental, lo cual no les impide mostrarse aficionados á los placeres. Con los paseos en las barcas y el espectáculo de las luchas que hemos dado á conocer en el capítulo precedente, sobre el amor en el Japon, el pueblo que nos ocupa encuentra su principal distraccion en los teatros, cuyo número es considerable en las grandes ciudades del imperio.

Bajo el aspecto del arte dramático, los japoneses están incontestablemente mas adelantados que los chinos, cuyas piezas, mezcladas de música son verdaderos *potpurris* para los europeos. Mr. Augusto Haussmann, agregado á la legacion de M. de Lagrenele, y que visitó la China durante los años de 1844, 1845 y 1846, se expresa de este modo hablando de una representacion á la cual asistió en Canton:

«La representacion no ofreció nada de particular, á no ser que el papel de la dama era ejecutado por un chino, bastante mal disfrazado de muger, porque éstas no son admitidas en los *sing-song* (piezas chinas). El actor encargado de este papel tuvo durante toda la representacion levantada en alto la mano derecha, en actitud demostrativa. ¿Era para expresar la amenaza ó simplemente para conformarse á una regla del teatro chino? Eso es lo que no pudimos averiguar. La música se hacia oir á cortos intervalos, como en nuestros *vaudevilles;* los actores, mas bien que recitar, cantaban su papel y eso con una voz aguda y desagradable.»

No dice M. Haussman qué instrumentos formaban el acompañamiento al canto. Pero probablemente seria el *King* instrumento compuesto de piedras; el *hiceen*, instrumemto de tierra; el *Che* especie de guitarra de siete cuerdas; el *Tchougton*, formado de doce tablillas, y las tres especies de flautas clasificadas en el Celeste Imperio: el *yo*, el *ty* y el *tché*.

Yo, ménos feliz que M. Haussmann, no he estado en Canton, y solo he oido un concierto de música china, dado por una compañía de chinos en New-York. Habia entre estos artistas, decian, la Sontang de Pekin, una de las cantantes mas renombradas en el Celeste Imperio por la flexibilidad de su voz, por el su encanto y expresion en el arte dramático. No quise perder tan rara ocasion de aplaudir semejante espectáculo, y me fuí al teatro Broadway, donde debia de tener lugar el concierto.

Figuraos, si podeis, unas voces de garganta vacilando entre dos ó tres notas, del efecto mas extraño, lo ménos músical y mas risible del mundo, acompañadas por unas guitarras increibles, por unos violines imposibles, que remedaban los

gritos poco melodiosos del cocodrilo, las notas del gruñido del elefante, los aullidos del chacal, del tigre de Bengala y del leopardo; pues en la China, por encima del instrumento clásico que hemos enumerado, se ha formado una escuela romántica, cuyos adeptos componen su escuela musical de las voces de las béstias.

Hay en las grandes ciudades del Celesre Imperio profesores de tigre, que tambien dan lecciones de caiman; allí se enseña á tocar el rinoceronte como aquí se enseña á tocar el piano; y los solos de lagartos azules y verdes son muy del gusto de los *dilettanti* chinos de la escuela del porvenir, los cuales, por otra parte, hallan agradables al oido algunas fantasías monstruosas.

Yo habia visto ya en Lóndres esta terrible familia de instrumentos, y habia tenido ocasion de hablar frecuentemente en New-York con un frances, primer premio del Conservtorio de música de Paris, el cual dió por algunos años lecciones de pescado amarillo en Macao.

Volviendo al concierto de los chinos que tuve el placer de oir en América, diré que, despues de la incomparable cavatina cantada por la *prima donna* de la compañía, cavatina que habia provocado en todo el salon risas descompasadas, tuve curiosidad de conocer el sentido de las palabras que acompañaban á tan sorprendente melodía. Pregunté al intérprete, el cual á su vez preguntó á la cantante. Esta era jóven, inocente y tímida; fijó sus miradas en las mias, se ruborizó bajó su color de cobre, y dijo: «Esta es una cancion de amor, en la que al fin el amante hace declaracion de ternura.»

Mas si los teatros en el Japon son mejor construidos y mas vastos que los que les europeos han podido ver en Chi-

na, y si la literatura dramática está allí mas adelantada, no se sigue que la música lo esté igualmente ni sea mas encantadora. Uno de sus instrumentos favoritos es el llamado *syamsía*, compuesto de tres cuerdas, dos de las cuales están acordadas á la octava, y la otra á la dominante. Esta música les deleita y les embriaga, mientras, de seguro, no hallarian gran placer en oir nuestras mejores óperas.

Yo no sé si los embajadores japoneses que París ha tenido el honor de recibir son sensibles á la música de sus compatriotas; pero lo que sé es que se han mostrado indiferetes al oir en la ópera la música bellísima en tantos pasajes de *Pedro de Médicis*. Y es que, en materia de arte, la educacion entra por casi todo en el placer que experimentamos.

«¡Ah, decia con entusiasmo Mme. Sevigne, si en el cielo hay música, no puede ser otra que la música de Lulli!» Las partituras de este maestro son hoy cuidadosamente conservadas en las bibliotecas especiales, y si por casualidad hoy se presentase á examinarlas algun curioso, se expondria á que le dijesen lo que á mí me dijo un dia, en un caso semejante, un oficial de biblioteca: «Señor, es imposible, tiene demasiado polvo, ambos nos ensuciariamos demasiado.»

Pero por poco que sea el valor absoluto de la música japonesa, no dejan ellos de considerar este arte como de orígen divino. Para acompañar á los cantantes en el teatro, tienen una orquesta, compuesta de veintiun instrumentos, entre los cuales figura en primera línea el *syamsía*. Por este pueden juzgarse los demas. Segun las relaciones unánimes de los viajeros, los japoneses no conocen la armonía, y los instrumentos tocan siempre al unísono ó á la octava.

En cuanto á la melodía, es tan pobre de sentimientos y

de ritmo, que ninguna música europea podria dar de ella una idea. Esto no impide que los japoneses escuchen con placer estático sus cantos por muchas horas seguidas. Se necesita que una jóven sea de la mas ínfima clase para que una jóven no sepa acompañar de una manera satisfactoria con la *syamsía* los cantos de amor, improvisados frecuentemente por los poetas.

Los ciegos son muy numerosos en el Japon, quiero decir, los ciegos verdaderos, porque los falsos que mendigan son innumerables. ¿Qué puede hacer un pobre ciego, lo mismo en Oriente que en Occidente, sino tocar una guitarra precedido de un perro?

Ellos forman compañías y orquestas que se dedican á dar solaz en casa de los grandes personajes, en los festines de la clase media, en todas las bodas, en las procesiones religiosas y en las fiestas nacionales. Las orquestas de los teatros japoneses son casi exclusivamente compuestas de ciegos, que solo dejan un pesar al ser oidos: el de no ser sordos.

Casi todos los teatros en el Japon tienen tres órdenes de palcos, dispuestos como hemos dicho anteriormente, de modo que permiten á las damas cambiar de tocado. Los trages de los actores son generalmente muy ricos, y muy adelantado el arte de la decoracion.

Para facilitar la inteligencia de las piezas puestas en escena, se distribuyen entre los concurrentes programas detallados con el nombre de los actores.

Al drama hablado, á la pantomima y á la música, se agrega el baile en ciertos teatros. Los bailes que allí se representan, pertenecen más particularmente al género de la pantomima, y las danzas que se ejecutan, toman mucho de

las danzas orientales, en las cuales los piés permanecen inmóbiles, miéntras que los brazos y el cuerpo se mueven cada vez con mas viveza, ofreciendo á los ojos toda suerte de posturas graciosas ó extrañas.

En los salones particulares donde no se juega á las cartas ni á los dados, juegos prohibidos por la policía japonesa, los canvidados se recrean representando comedias mezcladas de canto y bailando ciertas danzas características del país. Otros se dedican á la partida de lho-ho-yé, que tiene grandes puntos de semejanzas con el juego de ajedrez. El lho-ho-yé, que se llama el noble juego, se juega entre dos con cuarenta piezas, veinte de cada parte, sobre un tablero de ochenta y una casillas. Este tablero es de un solo color, como igualmente las piezas.

Las piezas conquistadas no se echan á un lado, como en el ajedrés; no se quitan del tablero, y sirven en el juego del que las ha ganado para luchar contra el que las ha perdido. Son de diferentes tamaños, y terminan todas por una punta en forma de cabeza inclinada hácia adelante, la cual siempre debe dar frente al adversario. Ademas, cada pieza lleva su nombre escrito, y como en el ajedrez el rey, Oho-Shio, no puede quedar en jaque, y si queda, el juego se da por perdido.

Pero el entretenimiento mas original en el Japon es el que acostumbran tener los convidados en las casas particulares, oyendo contar chismes y murmuraciones escandalosas á los hombres que de profesion se dedican á ello. Estos artistas de nuevo género, averiguan todas las historietas escandalosas de la ciudad y van á contarlas á domicilio, mediante una suma determinada. La señora de la casa donde se recibe haria mezquinamente las cosas, si á las representaciones dra-

máticas, á la danza y al refresco, no añadiese algunos de estos chismosos para distraer á sus convidados.

Naturalmente, los mas espirituales de estos buhoneros, son los mas buscados, y por consiguiente, los pagados con mas generosidad. Por lo demas, esta profesion no tiene nada de degradante, y aún es considerada como un ramo de arte apreciado y recompensado su mérito. ¡Lástima que el Japon no esté abierto á los europeos! Muchos que aquí viven de cualquier modo harian allí gran negocio.

Lo mas curioso es que estos artistas son en el Japon al mismo tiempo los maestros de la etiqueta. Cuentan por ejemplo con toda la malicia apetecible, las ternuras de don Fulano con la señorita H...., y bruscamente se interrumpen para recordar el ceremonial á alguno de los oyentes que lo haya olvidado.

El explotador de escándalos suspende su relacion para decir á alguno:

—Señor, no se ponga usted los dedos en la nariz.

Es una inconveniencia limpiarse la nariz con la manga; pues esta no sirve mas que de almacen á los cuadrados de papel con los cuales debe hacerse aquella operacion.

O bien:

—Señora, vuestro abanico no está colocado segun las reglas de la estricta etiqueta japonesa, la cual exije que el abanico de una muger de buen tono descanse en el lado derecho de la cintura, teniendo levantada la manga.

Con frecuencia son llamados estos narradores de escándalos al lado de los enfermos á fin de distraerlos en la convalecencia.

Como todo es contraste en este mundo, donde la locura

escolta siempre á la razon, despues del placer de oir á esos chismosos, no experimentan otro mayor los japoneses que el de las lecturas variadas é instructivas. Llevan el gusto de la lectura hasta la pasion, y á creer á algunos viajeros, la Biblioteca de Yeddo seria una de las mas bellas del mundo entero. A mas de los libros escritos en el Japon, dicen que en esta biblioteca existen traducciones de las obras mas notables de la litaratura europea, sin exceptuar nuestros libros sobre la historia, sobre las ciencias y las bellas artes.

Se ven con frecuencia, durante la estacion de verano, grupos de hombres y mugeres, sentados á orillas de los arroyuelos, ó en ciertos parajes de los paseos públicos, escuchar lo lectura que hace en alta voz alguno de la reunion. Otras veces se les ve solos y aislados leyendo con una atencion rara entre los lectores europeos, para los que á menudo el libro ó el periódico es solo un pasatiempo.

Ahora bien, ¿las facultades literarias de los japoneses están al nivel del gusto que profesan por las letras? A esto no podemos responder, porque si ellos conocen nuestros escritores, nosotros no conocemos los suyos. Es verdad que algunos viajeros se han creido, por los análisis que les han hecho en el mismo país, competentes para juzgar de la literatura japonesa, y la han hallado estúpida; mas es preciso desconfiar de semejantes juicios.

A mas de que para juzgar completamente del mérito de un libro de literatura, es menester saber leerlo en la lengua en que su autor le ha escrito. Importa tambien conocer los hábitos y costumbres que en él se pintan; pues que los caractéres forma uno de los principales méritos del escritor· Estoy seguro de que las comedias de Molière carecen de gracia para los japoneses, cuya sociedad no presenta sin duda

los ridículos de la sociedad de Luis XVI, tan admirablemente puesta en escena por el inmortal cómico.

Entre los espectáculos de segundo órden mas en furor en el Japon, están los ejercicios de los juglares. A tal grado de perfeccion se ha llevado este arte en aquella parte del Oriente, que bien pudiera colocársele en el número de las bellas artes.

Un oficial de la expedicion americana en el Japon, nos da á conocer ciertos ejercicios ejecutados por un juglar del país, que son ciertamente cuanto se puede desear en este género.

«Este juglar, dice, toma un trompo, lo arroja al aire, lo recibe sobre la mano, y lo coloca, sin parar de girar, sobre el filo de la hoja de un sable, bajando y subiendo la punta de este alternativamente para dejar correr el trompo de uno á otro extremo del sable.

«El segundo ejercicio era todavía mas extraordinario. Arregla su trompo, lo tira al aire, y agitando al punto la cuerda de modo que uno de sus extremos tocaba al trompo, vióse que este se enrolló sin tocar el suelo, y vino á apagarse en su mano. Esta operacion, hecha en un abrir y cerrar de ojos, nos sorprendió á todos. El juglar la renovó muchas veces, y siempre con el mejor éxito.

Un tercer ejercicio permitió al juglar desplegar una gracia original. Cogió dos mariposas cortadas de papel, las lanzó al aire y las mantuvo revoloteando con ayuda de su abanico. Como palomas verdaderas, volaban aquí y allí á su alrededor con movimientos contrarios cada una, por mas que él no hiciese aire mas que con un solo abanico. El juglar parecia abanicarse sin cuidarse de sus mariposas. La ilusion era

completa. Habiendo anunciado que podia dirigirlas á donde el quisiera, uno de los espectadores pidió que las hiciese posar cada una sobre una de sus orejas. Por medio de algunas ondulaciones del abanico, las dos palomas de papel, despues de haber revoloteado unos diez segundos como verdaderas mariposas al rededor de una flor, vinieron á fijarse cada una sobre una de las orejas del artista.

Nosotros no tenemos nada en Europa que pueda dar idea de semejante destreza.

En el Japon, como en casi todas partes, la caza es uno de los placeres de la clase acomodada de la sociedad. La caza del halcon, era, á lo que parece, muy frecuentada en otro tiempo en el imperio del Este; pero hoy está allí casi abandonada. La caza del tigre es el placer peligroso que forma ahora las delicias de la nobleza japonesa, muy sensible tambien á los placeres de la equitacion.

Sus caballos son de pequeña talla y los tratan con extremo cuidado. La etiqueta, que se extiende desde los hombres á los caballos en este país de la etiqueta, dicta reglas para limpiarlos, para darles de comer y de beber, para echarles la silla y arrearlos. Las cuadras están con frecuencia tan limpias, y son tan elegantes, como ciertos salones, recibiendo allí los caballos el mismo trato que los cónsules bajo el reinado del loco Heliogábalo.

Para los aficionados á la equitacion, entraremos aquí en algunos detalles.

El caballo en el Japon no está herrado; lleva á manera de herraduras unos esportillos de paja tejidos, atados por medio de cuerdas á lo largo de sus piernas. Se comprende que el caballo desgaste bien pronto sus esportillos: así, el primer cuidado de todo el que emprende un viaje, es proveerse de

ellos, si bien en todos los caminos se ven multitud de chicos que los venden. La silla no es de cuero, sino de madera de forma muy sencilla y reposando sobre un almohadon para para preservar el caballo. Sobre la grupa se extiende un paño, que lleva bordadas las armas del dueño, y á cada lado de la silla pende una manta que se arrolla bajo el vientre del caballo á fin de preservarle del lodo.

Los japoneses tienen una singular manera de ponerse en la silla: montan por la cola del caballo. De èsta manera pretenden honrar al caballo, que á sus ojos se veria deshonrado si se montase á la europea. Para montar de tan extraño modo, necesitan suma agilidad, y así los viejos tienen gran trabajo en ponerse á caballo.

Si habeis estado en Lóndres, habreis debido subir á uno de los numerosos barcos de vapor que surcan el Támesis, el cual en algunos minutos, os habrá trasportado á Greenwich, triplemente celebrado por su observatorio, sus frituras de *White-bait* y sus numerosas tabernas, á cuyas puertas hay mugeres vestidas con gran esmero y coqueteria invitando á los que pasan á tomar una taza de té ó de café.

La conveniencia, dicen, se detiene en el entresuelo. En el piso primero todo es mugeres de mundo y camelias; lo cual no impide que las buenas gentes de la clase media de Lóndres vayan allí en familia á pasar una parte del domingo.

Pues en el Japon existen tabernas análogas á estas, en las cuales se solaza la juventud.

Mientras que el imperio del Este no posea un *Mabille* y un casino *Ka-dé*, será preciso que la juventud mas ó ménos dorada japonesa se contente con sus casas de té, en las cuales, por otra parte, encuentra mas de un género de distraccion.

Si se juzga del consumo del té por el número de mugeres que lo sirven, deben beberse rios en el Japon. En efecto, la casa de té que ménos, encierra ochenta mugeres. Estos establecimientos son de ordinario espaciosos y decorados con lujo. Segun los departamentos, se bebe simplemente té, se oye la música, se baila ó se juega con las *vírgenes fátuas* de la casa. Estas desgraciadas son la mayor parte compradas todavía niñas á sus familias por un número de años determinado. En un principio sirven de camareras á las antiguas hasta que terminada su educacion, pasan á su vez á ocupar el lugar de damas.

Nada se descuida para adornar su espíritu de cuantos conocimientos constituyen una buena educacion. Literatura, ciencias, bellas artes, labores de aguja. Se les ponen profesores de todos estos ramos de instruccion. Los propietarios de estas casas son allí tan mal mirados como en Europa pudieran serlo, mas no así las pobres niñas á quienes explotan. Mas que otra cosa se les tiene en lástima, y al espirar sus compromisos, muchas se casan ó entran en las órdenes religiosas.

Esta predisposicion á hacerse religiosas tiene su razon de ser en el orígen de las casas de té, que es para los budhistas cási sagrado.

Esto pide explicacion:

A consecuencia de una resolucion ya muy antigua, el soberano espiritual, habiendo sido derribado de su trono, se vió obligado á salvarse, no llevando consigo mas que á su madre y á sus doce mugeres, de las cuales no queria separarse de ningun modo, porque el soberano pontífice no tiene ménos de doce mugeres, como veremos en el capítulo siguiente sobre la politica del Japon.

Pero al atravesar un brazo de mar, un golpe de viento arrastró al gefe de la Iglesia con su madre, y ambos perecieron en las olas. Las viudas prosiguieron su marcha y desembarcaron en Simonosiki, á donde en vano buscaron medios de vivir honestamente, segun el rango que habian ocupado. Llevadas por la necesidad, asociaron su destino y abrieron una casa de té, que no tardó en ser célebre por todo el imperio. Los honrados budhistas iban allí piadosamente con su familia á beber devotamente una taza de té, santificada por la memoria del desgraciado pontífice, mientras algunos semidevotos, subian al entresuelo, y los falsos devotos, siempre numerosos por todas partes, trepaban hasta el principal.

A la verdad, las doce viudas hicieron fortuna. La tradicion dice que, no habiéndolas abandonado el espíritu de Budha, á pesar de su equívoca conducta, acabaron sus dias en un monasterio, que enriquecieron con sus economías.

Hoy todavía, como allí se conservan tanto las tradiciones, se llaman *jorassi* á las mugeres que componen el personal de estos establecimientos, siendo este el mismo nombre que toman las mugeres propias del soberano espiritual.

El número de las casas de té es considerable en todas las ciudades del imperio, y tambien las hay en las aldeas y hasta en los caminos. Afirma un viajero que solo en la pequeña ciudad de Nagasaki, compuesta de una poblacion de 60,000 almas, se cuentan 750 casas de té.

Seria incompleto este capítulo si no habláramos aquí de los baños japoneses, de un carácrer tan original, y que son uno de los verdaderos placeres de este pueblo, tan extraño para nosotros por tantos títulos.

En el Japon van á bañarse á los baños públicos, como en Paris se va á pasar un momento en el café, para distraerse,

hablar con los amigos, ver á los demas y hacerse ver de los otros. En estos baños, los mas curiosos del mundo, cada cual deja en el guarda-ropas su traje, lo mismo que su pudor. Allí, hombres, mugeres, niños, jóvenes, ancianos, se entregan con una loca embriaguez, todos mezclados y sin el menor aparato de reserva, á mil caprichosos saltos en las grandes y en las pequeñas albercas, bajo los caños de agua fria y bajo una muy fina lluvia de agua fria y caliente mezcladas. Allí rien, hablan alto, bromean, corren los unos tras los otros, se zambullen para escapar á la persecucion, se dan familiarmente, y aun con frecuencia, sin conocerse siquiera (en el baño todo es permitido), palmadas en cualquiera parte del cuerpo; bailan, y beben saki con la alegría de un niño y con la gravedad de un sacerdote turco.

Las mugeres juegan con sus cabellos esparcidos sobre sus espaldas, de los cuales frecuentemente se sirven para pegar en broma á sus amigos y conocidos. Los ancianos se sientan en sitios con poca cantidad de agua para gozar de este espectáculo animado y á la vez tomar un baño de asiento. Los niños trepan á los hombros de todo el mundo, mientras que las señoritas, con el agua hasta la cintura, juegan al *morra* con la mayor animacion.

Pero si se oye en la calle ruido, si un hecho cualquiera llama la atencion hácia fuera, al punto, y como una banda de ranas locas y curiosas, los bañistas salen todos á la puerta á informase y á reir; despues vuelven al baño para proseguir con nuevo calor sus bromas acuáticas.

Y ahora si se me pregunta cómo en el Japon, donde tan general y escrupulosamente se observa la decencia pública, se toleran semejantes establecimientos, y son frecuentados por gentes honradas de uno y otro sexo, responderé que en ma-

teria de decencia el uso es el que todo lo regula. En Francia se creeria deshonrada una muger, si por la mañana mostrase á un solo hombre la cuarta parte de su espalda y pecho, que á la noche enseñará en mas de su mitad á la luz de mil bugías. Entre ciertos pueblos de la India, la desnudez, léjos de rebelar el pudor, es, por el contrario, una señal de modestia, y solas las mugeres de mala vida son las que se visten para provocar á los hombres y seducirlos.

IV.

EL JAPON TEMPORAL Y ESPIRITUAL.

Antes de amarrarnos al carro del Estado japonés ¡carro bizarro sin duda! conviene decir algunas palabras sobre el país mismo cuyas instituciones y costumbres tratamos de examinar.

El Japon es un grupo de islas cuyo número total asciende á tres mil ochocientas cincuenta. Las mayores de estas islas, que son naturalmente las mas importantes por su poblacion é industria, llevan el nombre, poco eufónico para nuestros oidos, de Kionsion, de Niphon y de Sikok.

La palabra *Japon*, que es una corrupcion de la palabra china *Zipanzu*, significa literalmente, sol luciente, es decir, país oriental. Los japoneses se llaman los hijos del sol.

La luna es sin duda tia de ellos, y cuando ménos serán parientes, por afinidad de todos los otros planetas. ¡En hora buena! ¡Buenos progenitores teneis! Cuando se toma nobleza, nunca se toma lo bastante, y se comprende que los japo-

neses consideren como agentes de poco mas ó ménos á nuestros mas ilustres marqueses y duques de mas alta prosapia. Remontar á las cruzadas, ¿qué es eso para gentes que descienden del sol en línea recta? Vanidad de las vanidades, todo es vanidad, y el moralista que ha podido pronunciar esta verdad, no seria quizás ménos vanidoso que los demas.

Las ochocientas cincuenta islas que componen el imperio del Japon, presentan una superficie de tierra de doce mil quinientas setenta leguas cuadradas, cubiertas por cuarenta millones de habitantes, lo cual da la enorme cifra, casi increible, de tres mil ciento ochenta y dos habitantes por legua cuadrada. Francia é Inglaterra, que, sin embargo, pasan por países muy suficientemente poblados, apénas cuentan unos mil doscientos cuarenta habitantes por legua cuadrada. Así resulta de aquella aglomeracion, que las ciudades rebosan de gente, y que casi se tocan todas las poblaciones, ofreciendo á los ojos asombrados del viajero calles sin fin á través de los campos admirablemente cultivados.

En la isla de Niphon es donde está construida la principal ciudad del Japon. Esta ciudad inmensa, que cubre un espacio mucho mayor que el de Lóndres encierra cerca de tres millones de habitantes. Algunos viajeros la llaman *Yeddo* y otros *Jeddo*, tan verdad es, que hasta hace pocos años nos era casi desconocido el Japon. Hoy, que este imperio ha consentido en entreabrir sus puertas á los extranjeros, ya que no en abrirlas enteramente, sabemos mejor á que atenernos, y los viajeros que han visitado á Yeddo afirman que es una de las mas bellas ciudades del mundo. Sus calles son anchas, bien construidas y extraordinariamente alineadas para una ciudad del Oriente.

Para dar una idea de los monumentos que decoran esta

espléndida ciudad, baste decir que el palacio donde el emperador reside la mayor parte del año puede contener cuarenta mil personas. Las moradas de los príncipes y grandes dignatarios, son castillos magníficos, de los cuales algunos encierran hasta diez mil personas. ¡Cómo admirarse, pues, de que los embajadores venidos á Francia recientemente no se hayan extasiado á la vista de todos nuestros monumentos, y de que solo hayan tenido aplausos para las aguas de Versalles! Seguro estoy de que, á pesar de su visita á Paris y á Londres, continúan llamándonos los bárbaros del Oeste.

Verdad es que nosotros llamaremos todavía por mucho tiempo á los japoneses bárbaros de Levante; lo cual, despues de todo, no significa que ellos tengan mas errores que nosotros. «La razon acaba de nacer,» ha dicho Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, hablando de la Italia y de la Iglesia ántes de Carlo Magno, capítulo que ha tomado hoy un poderoso interés de actualidad, sea dicho entre paréntesis, y que os invito á leer de nuevo. Se puede decir con Voltaire que la civilizacion, que es la razon social, está todavía en mantillas como la química y la mecánica, llamadas á emanciparla un dia.

Despues de la isla de Niphon, la mas importante es la de Kiousion, donde se halla edificada la célebre ciudad de Nagasaki, la cual es de todas las ciudades del imperio la única en que pueden entrar los europeos. En cualquiera otra parte peligra la vida de estos, pues las leyes del país imponen los mas rigorosos castigos á la presencia de los extranjeros.

Con frecuencia y con justicia se reprocha á los japoneses su inhospitalidad, y el sistema que han adoptado, á semejanza de la China, de rechazar todo contacto con los extranjeros. Ellos responden que el Japon no tiene necesidad de na-

die; que el suelo, en este país afortunado, es bastante fértil para alimentar sus numerosos habitantes; que la miseria y el hambre son desconocidos en el imperio del Este; que, al contrario, allí reina la abundancia, lo que no sucede en las diferentes naciones europeas, en las cuales, no obstante una civilizacion que se dice avanzada, reina la indigencia con su natural cortejo de corrupcion moral; y, por último, que hallándose así felices, ninguna necesidad tienen de ir á otra parte, ni de que otros vayan á su país.

Menester es convenir en que, bajo su punto de vista egoísta, los japoneses no faltan á la lógica que con el racionalismo es de todos los países. Mas por encima del interés particular de las naciones está el interes de la humanidad entera, y la solidaridad de los hombres no podria ser establecida sin las constantes y frecuentes relaciones de las naciones entre sí.

Para impedir toda tentativa de viaje al extranjero, de parte de los naturales, han recurrido á un expediente muy original los soberanos del Japon. En 1639 apareció un decreto del emperador que prohibia la emigracion bajo pena de muerte, á la vez que ordenaba quemar todas las naves construidas segun el modelo europeo, es decir, todas aquellas que podian navegar por alta mar, con prohibicion, siempre bajo pena de muerte, de construir otras nuevas. Como los barcos japoneses no están hechos mas que para viajar por las costas, y como los de los extranjeros no podian entrar en los puertos del imperio, estaba seguro el gobierno de los hijos del Sol de impedir toda emigracion. Y desde esta época, en efecto, es desde cuando la estadística hace constar un aumento considerable en la poblacion del país.

De todos modos, no es esta medida la sola causa del acre-

centamiento de poblacion, debiéndose mas este resultado á la salubridad del clima.

El imperio es gobernado, por un gefe temporal, que es el emperador, y por un gefe espiritual que es el Papa de los budhistas. Su gobierno es absoluto, así en lo espiritual como en lo temporal, aunque en esta última esfera está corregido por costumbres liberales y por la extricta observancia de las leyes, á las cuales nadie se sustrae, ni aun los dos gefes del Estado, que serian acusados y juzgados si llegasen á violar ciertas leyes y costúmbres.

El imperio del Japon está dividido en un gran número de feudos; en principados dependientes del doble gobierno temporal y espiritual.

Merece ser conocido el orígen de estos feudos y de la duplicidad de poderes.

Primitivamente el Japon estaba gobernado por un solo monarca temporal, el cual tenia para ayudarle á conducir la nave del Estado, como se dice en el estilo elevado, ministros que tomaban el título de capitanes civiles.

Pero un dia aconteció que uno de los ministros mató al otro, y que para completar su obra, derribó al emperador y ocupó el trono en su lugar. Mas este trono, mal asentado por la usurpacion de un ministro asesino, temblaba bajo las violentas sacudidas de la guerra civil y amenazaba hundirse con su poseedor. ¿Qué hizó este último? Propuso á todos los príncipes y grandes señores del imperio una parte de los beneficios, otorgándoles feudos. Aquellos, que hasta entónces habian condenado al ministro como al mas excecrable de los hombres, empezaron á excusarle. Los mismos que habian maldecido al usurpador, cantaron las alabanzas del donador de los feudos.

Hé aquí, pues, á este monarca desembarazado de todos los príncipes y grandes dignatarios, de los cuales habia sabido hacer los mas fieles súbditos. No le quedaba ya sino hacer las paces con el emperador mismo, á quien habia usurpado el trono, lo cual era difícil, pues los reyes caidos rara vez entran en arreglo con los que les reemplazan. Sin embargo, hubo de conseguirlo, nombrándo á su predecesor *soberano espiritual*, y decorándole con el título de «señor universal del Japon.»

De ahí proviene que el imperio esté gobernado por esas dos potestades.

Una de las principales funciones de lo espiritual consiste en mantenerse todos los dias sentado sobre un tronco durante varias horas, en una completa inamovilidad. Los japoneses están convencidos, aquellos al ménos á quienes el demonio de la filosofía no ha pervertido, de que, por esta inmobilidad de su persona, el soberano espiritual mantiene la estabilidad en el imperio y todo el órden social. Esto es muy posible; y así, si algun dia, por inadvertencia, fatigado ó de propósito, el gefe de la Iglesia budhista inclina ligeramente la cabeza á izquierda ó á derecha, aquellos que aun conservan la fé, cosa tan superior á la razon humana, como todo el mundo sabe, se alarman y dirigen oraciones al cielo, convencidos de que amenazan grandes males al imperio en la direccion en que el soberano espiritual ha inclinado el occipucio. Seguramente que *San Guy*, el ilustre mártir siciliano, cuya alma estaba sana, pero cuyo cuerpo sufria ese *baile cruel* que lleva su nombre, habria llevado el espanto al imperio del Japon si se hubiera sentado siquiera cinco minutos sobre aquel trono espiritual.

A esta funcion de permanecer inmóbil, junta otras mucho

mas activas el soberano espiritual. Toma la iniciativa en todo lo concerniente á lo espiritual; fija los dias en que deben celebrarse las fiestas movibles, los colores de los vestidos que han de llevarse en ciertas ceremonias, etc., etc.

Parece que los dioses descienden cada año al Japon para hacer una visita de un mes al soberano espiritual. Durante este mes, consagrado por los dioses á visitar á su representante en la tierra, como los cielos y los templos están privados de su presencia, los japoneses se abstienen de rezar y de ir á la iglesia.

El soberano espiritual, llamado *Mikado*, jamas debe posar sus plantas sagradas en el suelo, si no quiere ser indigno y decaido de sus venerables funciones. Es trasportado en palanquin cuando sale de su palacio, y servidores nombrados *ad hoc* le toman sobre sus espaldas cuando circula por dentro. Ningun ojo profano debe verle, á excepcion de sus doce mugeres legítimas, las cuales no pueden contemplarle sino con los cabellos sueltos y esparcidos, y en la posicion mas humilde. Sus cabellos, las uñas de sus manos y de sus piés no pueden ser cortadas sino durante el sueño, ó mas bien miéntras él finge dormir; porque esas diferentes operaciones deben por fuerza despertarle. Nunca deben tocarle los rayos del sol, porque pudieran ajar la piel delicada de *Su Grandeza.* Jamas se sirve de los objetos dos veces; todo cuánto toca es quemado piadosamente, y cada dia estrena sus vestidos.

Sucede con frecuencia que el *Mikado*, renuncia su cargo, no pudiendo soportar este género de vida, que es un verdadero suplicio. Entónces se da cuenta de tal acontecimiento á todo el imperio, y se procede á reemplazarle. Si muere, se tiene secreta su muerte miéntras no sea reemplazado.

Segun ciertos viajeros, la córte del Mikado es muy inteligente y lujosa; pues en esta corte, verdadera academia de las ciencias, de las artes y de las letras, se elaboran los libros que constituyen el honor de la nacion japonesa. Parece que tambien allí se discute la política, lo cual, como no es del gusto del gefe temporal, ha hecho que este, con todo el respeto posible, coloque en el palacio del gefe espiritual un empleado encargado de darle cuenta de los hechos y gestos de *Su Grandeza* y de sú corte.

El jefe temporal pretende que las atribuciones de cada soberano deben quedar perfectamente distintas; por lo que le inquieta ver que el gefe de la Iglesia se salé de sus funciones celestes, para ocuparse de asuntos mundanos. El empleado que se halla encargado por el primero de hacerle cada dia una minuciosa relacion de lo que pasa en la corte del segundo, se llama *syosi-dai*, que significa gran juez. La posicion de este personaje es muy delicada; continuamente vive abocado á un trance, teniendo disgustado á uno ó á otro de los soberanos, y hallándose expuesto en consecuencia, á tener que abrirse el vientre, lo cual nunca es de mucho agrado.

El soberano espiritual es mantenido á expensas del gefe tempcral; pero no se vaya á deducir de aquí que aquel sea pobre; por el contrario, tiene grandes riquezas, cuya fuente principal es el derecho que le corresponde de distribuir las insignias honoríficas concedidas por el gefe temporal, y tambien de renovar los escudos y emblemas heráldicos de los nobles. Cada vez que el soberano espiritual ejerce una de estas funciones, se le debe dar una gran suma determinada, y aun en algunos casos él solo fija el precio. Es tan frecuente entre los nobles cambiar sus escudos, que los jesuitas re-

fieren del príncipe de Becugo que lo cambió treinta y cuatro veces en diez años.

Las entrevistas de ambos soberanos son raras. Cada siete años, el emperador terrestre se traslada al palacio del emperador celeste como dicen los japoneses, para rendirle homenaje. Mas á veces acontece que el gefe temporal del Estado envia ricos presentes á su venerable colega, el cual en cambio, le da su bendicion.

Ambos tronos, temporal y espiritual, son hereditarios. A falta de un sucesor varon, los soberanos adoptan el hijo primogénito de algunos de los príncipes del imperio.

Aun reina grande oscuridad para los europeos sobre el mecanismo del gobierno temporal japonés. No se tienen mas que conjeturas por lo que respecta al número de los miembros del Gran Consejo. Suponen la mayor parte que son trece los miembros: cinco Consejeros de primera clase, elegidos entre las mas nobles familias del imperio, y ocho de segunda clase, sacados de entre la antigua nobleza. A mas de estos grandes dignatarios, hay un considerable número de funcionarios, entre los cuales se cuentan los señores ó guardianes de los templos, los comisarios de negocios extranjeros, los ministros de la policía, los superintendentes de la agricultura, etc.

Segun ciertos testimonios, todos los empleos de alguna importancia están ocupados por los parientes del gefe temporal, cuyo sistema tiene por objeto rodearle de personas de toda confianza; pero ni aun eso es bastante eficaz en la posicion singular é inexplicable que al soberano dan las leyes y usos del Japon.

En efecto; este monarca, que es absoluto en muchos casos, puede ser destronado con la mayor facilidad, y sin tambores

ni trompetas, por el Gran Consejo. Más es asunto que piensan mucho ántes de agitarlo los miembros del Consejo, por la razon de que si fracasan en su empresa, son irremisiblemente condenados á abrirse el vientre, segun las reglas del *hari-karí.*

Cuando las medidas propuestas en nada atentan á los intereses del gefe temporal, éste se apresura ordinariamente á adoptarlas, quedando intactas las entrañas del audaz ministro. Pero si en las medidas propuestas al monarca cree descubrir un atentado á sus prerogativas, entónces somete la proposicion al arbitraje de tres príncipes de sangre ó de tres parientes de los mas próximos al emperador, y su decision es inapelable. Sí los árbitros deciden que la medida es buena, se adopta al punto; pero si deciden lo contrario, el ministro que ha presentado el proyecto de ley debe morir como, igualmente los demas ministros que hayan secundado sus planes. Si todo el Gran Consejo propone una medida rechazada por los tres árbitros, los trece miembros que lo componen son condenados al *hari-karí*, incluso el presidente, á quien en este caso toca la prerogativa de ser el primero en abrirse el abdómen en forma de cruz y con el sable que lleva en su costado.

Las funciones de presidente del Consejo de Estado en el Japon se asemejan mucho á las del Gran visir en Turquía, es decir, que le están subordinados todos los Consejeros. El presidente del Consejo toma el título de Gobernador del imperio, y ninguno mas que él está expuesto á abrirse el vientre. Sin exageracion pudiera escribir sobre el cinturon dorado que le sostiene el abdómen esta palabra significativa: Frágil.

Ninguna cuestion gubernamental, ningun negocio público

de alguna importancia se puede tratar sin el presidente. Él es quien aprueba ó anula las sentencias de muerte pronunciadas contra los criminales; él nombra los empleados públicos, y si aparece oscuro algun artículo de la ley, á él corresponde interpretarlo; él, en fin, se mantiene en relacion con todas las autoridades del país, debe ser justo para todos y agradar á su gefe temporal.

Por lo demas, si pasamos de los miembros del Gran Consejo á los príncipes vasallos del imperio, encontraremos que no tienen estos ménos necesidad de una gran prudencia, por poco que estimen su vientre. En efecto, estos príncipes, que gobiernan en sus respectivos territorios con todo el aparato de verdaderos soberanos, que sostienen un ejército y se rodean de una corte de nobles, no son en realidad sino soberanos de carton, sometidos á la vigilancia incesante del gobierno imperial y espiados en sus actos políticos como en su vida privada. Tanto ménos necesarias parecen estas medidas vejatorias, cuanto que ellos no son los que toman la iniciativa en su pequeño gobierno, sino dos secretarios nombrados por el Gran Consejo del emperador. De estos secretarios, el uno reside en el principado, el otro en Yeddo, en donde queda en rehenes la familia del secretario ausente, como garantía de su fidelidad. Á la menor noticia que haga poner en duda la subordinacion ó simplemente la afeccion del secretario hácia el príncipe, el desgraciado puede recibir la órden de abrirse las entrañas. Sucede con frecuencia que el secretario del gobierno imperial, por aparecer celoso, abulta los acontecimientos por temor de su vientre, igualmente amenazado por la cólera, el capricho ó las falsas interpretaciones del presidente del Consejo.

Ya hemos visto que para asociar á su política á los príncі-

pes y grandes señores, el ministro pérfido que destronó al emperador, único hasta entónces del Japon, haciendo de éste un emperador espiritual, habia establecido los feudos. Mas la perfidia no era perfidia á medias, sino se arregló de modo que podia volver á tomar con una mano lo que daba con la otra.

En un principio, estos feudos ó principados eran en número de sesenta y ocho, y los príncipes que los gobernaban tenian para sí toda la independencia que era de desear. Estos principados eran hereditarios, aunque tenian su *pero;* pues estaban sujetos á confiscacion en el caso en que el titular cometiese un acto de traicion ó de rebelion contra el gobierno imperial. Se adivina lo que despues ocurrió: todos los principados fueron confiscados en provecho de la corona. Los sesenta y ocho feudos que eran ántes han sido divididos en seiscientos pequeños Estados, gobernados hoy únicamente por el emperador bajo la forma de dos secretarios por Estado. La dualidad es uno de los sistemas característicos de la política desconfiada y sombría del Japon. Cada funcionario se dobla con otro, cuyo título y cuyas funciones son absolutamente semejantes. El fin de esta duplicidad de funcionarios no es ciertamente aliviar las cargas del contribuyente economizando sobre el presupuesto del Estado, sino garantizar por el espionaje el trono del soberano temporal.

Se puede decir sin exageracion que la mitad de la poblacion espía á la otra mitad en este país en donde se puede ejercer abiertamente el oficio de soplon sin verse por eso desprestigiado. Así, en efecto, no es raro ver al noble mas elevado aceptar las funciones delicadas de soplon, ya por ambicion, para derribar á un rival y heredar su puesto, ya para servir quizá otros intereses. Con frecuencia sucede que el

gobierno nombra espia á tal ó cual persona que le conviene; es menester aceptar estas funciones ó abrirse el vientre.

Volviendo á la organizacion de los seiscientos principados, diremos que uno de los dos secretarios afectos á la direccion de cada uno de ellos reside siempre en Yeddó, miéntras que el otro reside en la provincia. Todos los años alternan, y solamente en Yeddo es donde el secretario que habita en la provincia puede volver á ver á su familia, que permanece en rehénes durante este tiempo.

En cuanto á los príncipes vasallos, tienen obligacion de trasladarse en ciertas épocas fijas al lado del emperador, sin dejar por eso de ser objeto de la vigilancia á que están sometidos en sus Estados respectivos. De hecho, miéntras conservan sus principados, su vida es de pura coaccion, inquietudes y vejaciones. Así se apresuran de ordinario á abdicar en favor de su hijo ó de algun otro próximo pariente, creyéndose dichosos de volver á la vida oscura, pero tranquila, de la clase media japonesa. Nada es mas raro que ver un príncipe anciano ejerciendo el cargo, porque ántes han abdicado ó se han abierto el vientre. Algunos mueren de una especie de languidez, de un carácter peculiar á los príncipes japoneses; es el *spleen* de los ingleses combinado con una fiebre lenta, para la cual no hay otro antídoto que la abdicacion.

El gobierno de los señoríos (que no son sino unos principados mas pequeños que los otros) está organizado de la misma manera que el de los mismos principados y el de las ciudades llamadas imperiales. En todos hay dos gobernadores que pasan alternativamente de su puesto á Yeddo, donde en el ínterin son detenidos en rehenes sus hijos y sus mugeres. Los gobernadores de las provincias imperiales son elegi-

dos entre la nobleza del imperio, por el visir de Yeddo, el cual tambien nombra los secretarios, los subsecretarios, los oficiales de policía, los espías y los demas empleados que rodean al gobernador.

En Nagasaki, el punto del Japon que ha podido ser mejor observado por los europeos hasta hoy, el tesorero, el comandante militar y los oficiales inferiores, son los solos que tienen el derecho de conservar su familia á su lado. Pero en esta ciudad, como en todas partes, estos funcionarios se hallan rodeados de espías, los cuales á su vez son espiados por otros; hasta el espía mas ínfimo, está forzado á espiarse á sí mismo para sincerarse á su popios ojos.

El espionaje es cosa admitida en las costumbres del Japon. Cada gefe de familia es, no solamente responsable de sus hijos para con el gobierno, sino que lo es tambien de sus domésticos y de los huéspedes que pueda tener en su casa. No es eso todo; como las ciudades se hallan generalmente divididas en cuarteles de cinco casas ó familias, cada miembro de una division de este género es responsable de la conducta de sus vecinos. De aquí resulta naturalmente una especie de vigilancia de todos hácia todos que pareceria insoportable en los países ménos libres de Europa. El mas pequeño acontecimiento que sobreviene en estas cinco casas de que se compone cada cuartel, forma al momento el objeto de una relacion á las autoridades de parte de las otras cuatro habitaciones, apremiadas por salvar su responsabilidad mediante una denuncia obligatoria. El que falta á esta delacion, considerada como el deber de todo buen ciudadano, es condenado á una pena que pasa por muy humillante.

Hé aquí en qué consiste esta: Se cierran durante cien dias las puertas y ventanas de la casa del delincuente, el cual de-

be durante este curso de tiempo suspender todo trabajo lucrativo y no tomar ningun salario, con prohibicion además de comunicar con ningun amigo; ni aun á su barbero se le permite entrar á raparle.

Como se ve, la policía de los estados europeos, no obstante su confianza en sí misma, está léjos de haber adquirido este grado de perfeccion.

Cada casa es obligada á sumiinistrar, en calidad de milicia ciudadana, un hombre capaz de llevar las armas. Veinticinco hombres forman una compañía, y veinticinco compañías una brigada, bajo el mando de un oficial.

En cada calle de las ciudades japonesas se encuentra al ménos un puesto de soldados, y en cada calle tambien un centinela que vela dia y noche. Además, cada calle está cerrada por una barrera en ambos extremos, de suerte que, en un momento dado, se puede fácilmente aislar las unas de las otras todas las calles de la ciudad. Y como cada calle tiene su puesto de soldados y su policía particular, la autoridad, cuando quiere apoderarse de alguno, le coje al momento, sin que el perseguido tenga esperanza alguna de evadirse.

Por lo demas, las barreras de las calles son con mucha frecuencia cerradas por medida de seguridad y para impedir una grande aglomeracion de gente en un mismo punto.

En la época en que fué al Japon la embajada inglesa se cerraba las calles unas tras otras al paso de lord Elgin, á fin de limitar el número de curiosos que se acercaban á verle. En Nagasaki, estas barreras se cierran de antemano siempre que un buque europeo debe darse á la vela. Así se previene toda tentativa de emigracion de parte de los indígenas, condenados, como sabemos, á no abandonar el imperio, bajo pe-

na de muerte, á ménos que obtengan una órden especial del emperador. Las barreras no se abren hasta que la nave se ha perdido de vista, y despues de una inspeccion en cada cuartel para asegurarse de que no falta ninguno. El inspector del cuartel llama á cada habitante por su nombre, y todos deben responder. En ciertas épocas en que el gobierno cree que debe redoblar la vigilancia, no se puede pasar de una calle á otra sin un permiso de circulacion ó sin ser acompañado por un guardia.

Para cambiar de domicilio, es menester enviar á las autoridades competentes una solicitud al efecto, explicando las causas que motivan aquel propósito. Es uso tambien acompañar dicha instancia de un regalo de pescados. Estos regalos, por otra parte, se hacen allí sin el menor pretexto, lo cual no quita qué, en ciertos casos, como en el que se hace una solicitud, la falta del pescado equivalga á lo que entre nosotros la falta de las salutaciones de costumbre al pié de una carta. Las autoridades competentes, á las que llega la instancia de traslacion de domicilio, empiezan, pues, por comer el pescado que la acompaña, y despues examinan si hay lugar á conceder el permiso.

Trasladar el domicilio. ¡Eso es grave!

Los agentes de la autoridad se entregan á una minuciosa informacion; se informan de la profesion del solicitante, de la reputacion que tiene en su cuartel; se aseguran de sí en efecto, las causas probables de su deseo de cambiar de residencia son las consignadas en la peticion; averiguan, por último, si es sospechoso á la policía.

Una vez digerido el pescado y terminada la informacion, si nada se opone á que el solicitante cambie de cuartel, no

puede, sin embargo, trasladarse todavía. El oficial de policía se dirige al cuartel en que el solicitante quiere ir á vivir, y se informa de cada habitante de la calle si quiere recibir al peticionario por vecino. Los habitantes interrogados responden sí ó no; necesitándose la mayoría de dos terceras partes para que el permiso sea otorgado. Toda objecion basada en un defecto grave de carácter, anula la demanda de traslacion. En todo caso, ántes de abandonar su cuartel, el hombre que se traslada debe obtener de todos los habitantes de su calle un certificado de buena vida y costumbres, con el permiso de partir, cuyo permiso es la prueba de que la persona que cambia de domicilio no ha defraudado á nadie en su antiguo cuartel. Una vez en posesion de este certificado y de este último permiso, el solicitante debe remitir estos documentos al oficial superior de policía de su nuevo cuartel, que toma de ellos conocimiento, y si no encuentra reparo, instala al nuevo vecino en su residencia. Desde éntonces la policía responde de él, no ya con su cabeza, sino con su vientre.

Despues de esto, aún quedan por cumplir algunas obligaciones si el trasladado es propietario y ha vendido su casa para comprar aquella en que va á vivir. El nuevo vecino debe en este caso ofrecer una comida á sus vecinos mas próximos. Si quiere hacer las cosas en grande, invita á todos los habitantes de la calle á esta fiesta de bienvenida. Es inútil decir que los pescados son uno de los mas exquisitos manjaque en ella se sirven.

Pero antes se hace al nuevo habitante una primera visita por las personas que habitan las casas contiguas á la suya. En el momento que estos llegan, el visitado hace traer pipas y tabacos; despues se sirve el té y se comen confituras con pequeñas varitas á manera de trinchantes. Estas confituras

se sirven no en la porcelana del Japon, como pudiera creerse, sino sobre cuadrados de papel.

Llegado el dia del gran convite, cada convidado se hace acompañar por uno ó dos domésticos. Estos se mantienen al lado de sus amos, y todo lo que ellos no pueden comer lo colocan en una cesta para conducirlo á su casa. Lejos de cometer una inconveniencia obrando así, se obedece á la etiqueta, que obliga á los convidados á llevarse en el bolsillo de su manga ó en canastos cuanto no pueden comer en el acto.

Una comida de lujo en el Japon cuenta ordinariamente de seis á ocho servicios. Miéntras se cambian los servicios, el dueño de la casa circula al rededor de la mesa y hecha una copa de saki con cada convidado. Las carnes consisten, sobre todo, en javalí, en aves y en pescados. Las legumbres son muy variadas, y entre ellas figuran las yerbas marinas. El pescado es el plato principal de toda comida japonesa. No es raro ver figurar hasta veinte especies de pescados, y entre ellos lonjas de ballena y filetes de tiburon. No se olvide que los japoneses comen el pescado crudo. Cada convidado es servido en un pequeño plato de laca, muy ligero, poniéndole al lado, otro plato con arroz, del cual se sirven para mitigar los alimentos demasiado suculentos. A manera de entremeses, los domésticos de ambos sexos hacen circular al rededor de la mesa salsas, gengibre, pepinillos y pequeños trozos de pescado salado. Estos diferentes manjares se comen como todo lo demas, con ayuda de pequeñas varitas de madera, de las cuales se sirven ellos con una destreza y vivacidad maravillosas.

Ya hemos dicho que el ceremonial regula todos los actos de la vida en el Japon. En comidas de lujo, los maestros de

ceremonias recuerdan á los convidados lo que deben hacer y lo que les está prohibido. Durante las comidas, las mugeres fuman como los hombres, y se deja oir por intervalos un concierto ejecutado por una orquesta de ciegos. Frecuentemente se baila despues de la comida; otras veces se termina con una funcion de teatro.

Tal es el convite que el propietario que toma en un nuevo cuartel posesion de su casa debe ofrecer á sus vecinos. En cuanto á su antigua casa, no puede venderla sino con el consentimiento de los habitantes de la calle en que se halla situada, es decir, que estos últimos tienen el derecho de oponerse á ello, si la persona que se presenta á comprarla no les agrada por cualquier motivo.

Volviendo á leer lo que hemos dicho sobre la organizacion del espionaje, se comprenderá que así debe suceder, puesto que todos los habitantes de un cuartel son solidarios de la falta que cualquiera de ellos pueda cometer.

Hay una condicion indispensable á la venta de toda casa en el Japon: que el comprador pague un derecho de 8 á 12 por 100 al tesorero comun de cada calle, cuya suma sirve para los reparos y el ornato de esta.

No menores formalidades se requieren para que un japones pueda viajar. Es menester dirigirse al oficial superior de la policía de su cuartel, dar á conocer el objeto del viaje que se propone hacer y el tiempo qué permanecerá ausente. Todos los funcionarios de la calle deben poner su sello sobre esta solicitud, y el gran oficial es el que decide si hay ó no lugar á conceder el permiso para viajar. Este gefe de policía se llama *ottona*, y le corresponde la vigilancia para que las patrullas se hagan con exactitud de noche, y llenar el libro en que están inscritos todos los habitantes de las casas de su

distrito. Ademas lleva el registro de los nacimientos, defunciones y matrimonios. En fin, este funcionario decide todas las cuestiones que entre nosotros son de competencia de los jueces de paz.

La justicia, que tan íntimamente ligada á la política se halla en el imperio del Japon, es con frecuencia tan extraña como cruel. Por ejemplo, si un hombre es atacado en una calle, y defendiéndose mata á su agresor, él será decapitado y los habitantes del lugar en que se verificó la riña serán castigados con muchos meses de arresto por no haber separado á los combatientes. El solo favor que á estos se les permite, consiste en dejarles hacer las provisiones que gusten para el tiempo del arresto; pero nunca se reconocen circunstancias que puedan atenuar la culpa, ni por consiguiente la pena.

Esto por lo que hace á las personas que viven en el lugar mismo en que se verifica el homicidio. En cuanto á los demas habitantes mas lejanos de la calle, tampoco escapan á los rigores de la ley, y son condenados á ciertos trabajos públicos. El sentimiento de la democracia, que á veces se mezcla á los rigores de un absolutismo salvaje, quiere que en semejantes casos los castigos infligidos estén en relacion directa con el rango de los condenados. De modo que mientras mas elevado es un hombre por su educacion, sus riquezas y sus títulos, mas severo es el castigo.

Todo noble japonés lleva un sable á su costado y un puñal en la cintura; si en una reyerta hace simplemente el simulacro de querer servirse de sus armas, y tocan sus manos el pomo de su sable ó la empuñadura de su puñal, la ley le condena á muerte. Basta con que dos testigos depongan acerca de la verdad del hecho.

Luego que por una causa natural, por enfermedad ó vejez muere una persona en el Japon, por muy oscuro que sea el difunto, los habitantes de su cuartel deben atestiguar que su muerte no es accidental, y que por lo tanto nadie es responsable de ella. En ciertas ciudades del imperio, especialmente en Nagasaki, los cadáveres son sometidos al exámen de los hombres del arte, encargados de hacer constar si la muerte es natural ó accidental. Los sacerdotes budhistas se acercan al cadáver y examinan si lleva sobre sí alguna medalla ó escapulario de los que usan los católicos. Una vez seguros de que aquella persona ha muerto en la fé de sus padres, proceden los sacerdotes á su enterramiento.

Se comprende que con esta organizacion son muy raros en el Japon los robos y los asesinatos; pues estando ciertos de no poder escapar á la policía, con dificultad se decide un japonés á cometer uno de esos crímenes; y que en este país, por consiguiente, es en el que mejor se goza de la seguridad personal, á tal punto, que se puede, sin temor á ser robado, dormir con las casas abiertas.

Sin duda que esto es una gran cosa; pero cuando se piensa cuántos sacrificios cuesta adquirir esa extremada seguridad, debe sentirse no estar un poco mas expuesto, pues que á todo es preferible la libertad individual.

Enlazándose la division de las castas á la política, lo mismo que al órden social puro y á la religion en el Japon, debemos hablar de ellas en este capítulo, sobre lo temporal y lo espiritual.

Hablando con propiedad, mas bien puede decirse que el pueblo japonés se encuentra dividido en clases hereditarias que en castas verdaderas, como sucede en la India. La preocupacion de las clases está profundamente arraigada en las

costumbres de este país, y todo japonés, para ser respetado, debe vivir segun las exigencias de su nacimiento. Es verdad que puede uno elevarse de una clase inferior á otra superior por el mérito personal ó la fortuna; pero jamas alcanza el talento ó el dinero á borrar el pecado original de un oscuro nacimiento.

Los soberbios imbéciles, los que dicen que son *bien nacidos*, tienen en el Japon una palabra para entretener su vanidad y rebajar á los espíritus superiores como á los hombres virtuosos, que intentan levantarse hasta ellos; los llaman *allegadizos*.

Los rangos de la sociedad japonesa se dividen en ocho grandes categorías:

La primera comprende los príncipes, vasallos hereditarios.

La segunda la nobleza, hereditaria de un grado inferior á la de los príncipes.

La tercera, los sacerdotes y religiosos indistintamente.

La cuarta, el ejército.

La quinta, los médicos, los empleados del gobierno y ciertas profesiones liberales.

La sexta, los innumerables mercaderes que tienen establecimientos.

La sétima, los mercaderes ambulantes, los obreros, los artistas de toda especie, los pintores, los músicos, los poetas, y en general, todos aquellos que, por su talento, su instruccion y su facultad especial, cultivan un arte y viven de él.

La octava y última es formada de los aldeanos, agricultores y jornaleros.

Las cuatro primeras categorías constituyen la alta sociedad japonesa. Los que hacen parte de ésta, gozan del privilegio envidiado de llevar dos sables, y de otro menos envidiado

segun creo, de abrrirse el vientre en forma de cruz. Á estos dos privilegios, la aristocracia japonesa junta el de usar una especie particular de pantalon ancho, prohibido á las clases inferiores, forzadas á no llevar pantalones, sino solamente unas túnicas sobrepuestas las unas sobre las otras. Es, pues, muy fácil distinguir á un hombre perteneciente á las cuatro primeras clases superiores de la sociedad de los que pertenecen á las cuatro inferiores, á menos que el noble sea un espía, lo que sucede con frecuencia, en cuyo caso tiene cuidado para no ser conocido, de vestirse como simple plebeyo, sin pantalon ancho y sin sable pendiente del costado.

La quinta categoría, formada de los médicos, de los empleados del gobierno y de ciertas profesiones liberales, es bastante estimada de la nobleza, la cual desprecia soberanamente la sexta categoría, compuesta de los comerciantes. Así toda persona que tiene el honor de pertenecer á las cuatro primeras categorías, desde el príncipe vasallo hasta el simple soldado, quedaria desprestigiada para siempre si abriese una tienda de cualquier género.

Si los aldeanos agricultores son colocados en el Japon en la última clase de la sociedad, no es seguramente por el desprecio á que mueva su profesion, sino mas bien porque pertenecen á los príncipes vasallos en calidad de siervos ó de esclavos.

Es dudoso, sin embargo, que los príncipes tengan sobre estos desgraciados el derecho de vida y muerte, como aseguran algunos viajeros; pero así resulta para mí de cuanto he podido saber de aquel país, dado que de hecho acontece que un príncipe ordene la muerte de uno ó algunos de sus siervos.

Como quiera que sea, preferible es cien veces ser siervo que obrero particular en el Japon.

Curtidor, ¡gran Dios! Este solo nombre espanta cuando se sabe el inconcebible desprecio y la crueldad irritante de todas las clases de la sociedad para con estos desdichados obreros. Verdaderos párias, son desterrados del mundo y puestos fuera de la ley. Cualquiera puede, para distraerse, matar al mas honrado curtidor; nadie dirá una palabra; miéntras que se impone la pena de muerte al que mate un perro, el animal que, con la serpiente, es mas venerado en el Japon.

Los curtidores no pueden habitar entre sus conciudadanos en ninguna ciudad ó villa del imperio. Se ven forzados á edificarse grutas aisladas ó á vivir en aldeas maldecidas, reservadas á ellos solos.

No se les tiene en cuenta en el censo de la poblacion y les está absolutamente prohibida la entrada en las posadas, en los lugares públicos y hasta en las mismas casas de té.

Si viajan, deben esperar á la parte de afuera de la posada que les lleven el alimento que piden; se les sirve en una escudilla que ellos tienen cuidado de llevar consigo, porque nadie querria servirse de un utensilio que hubiera usado un curtidor.

Entre ellos, por último, se escogen los que han de hacer de verdugos.

¿Qué abominable preocupacion puede existir contra esta clase de trabajadores, y cómo se encuentra alguno que consienta en curtir cuero en aquel país? Yo sospecho que el feroz desden que pesa sobre estos desgraciados tiene su orígen en algun libro sagrado, porque solas las animosidades religiosas ofrecen ese carácter de persistencia y de barbarie.

Sea lo que quiera, nos es imposible comprender el desprecio que lleva consigo la profesion de curtidor, sobre todo si

se piensa con los *maniqueos*, que Dios ha desollado los demonios, y que con su piel ha hecho el cielo.

Los japoneses mismos representan el mundo bajo la apariencia de un hombre de talla inmensa; su cabeza está formada del firmamento, los astros son sus ojos, los árboles, las plantas y todas las yerbas son su barba y sus cabellos.

Pero lo que inclina á creer que el horror que inspiran los curtidores en el Japon emana de una supersticion religiosa, es verles marchar en grupos de á tres cuando marchan por las ciudades y villas, para de este modo inspirar mas piedad por el prestigio del número tres.

Los japoneses consideran este número como divino. Creen, con otros pueblos antiguos, que la trinidad se muestra por todas partes en la naturaleza, y así lo hacen constar sus libros sagrados.

Cuentran tres reinos en la naturaleza: el mineral, el vegetal y el animal.

Tres elementos primordiales: el espacio, la materia y el movimiento.

Tres principios en el hombre: el espíritu, al alma y el cuerpo.

Tres términos de su existencia: el nacimiento, la vida y la muerte.

Tres potencias intelectuales: el entendimiento, la memoria y la voluntad.

Tres medidas del tiempo: el pasado, el presente y el porvenir.

Tres medidas de las cosas: el principio, el medio y el fin.

Tres signos de la extension: el punto, la línea y la superficie.

Tres atributos de la materia: la forma, la densidad y el color.

Tres dimensiones en los cuerpos: longitud, latitud y la profundidad.

Tres figuras geométricas radicales: el triángulo, el cuadrado y el círculo.

Ademas, los japoneses tienen su trinidad, como ya sabemos.

Tambien los indios tienen la suya, compuesta de Brahma, de Sina y de Vichnou.

Los egipcios tenian la suya, compuesta de Ammon, de Month y de Kaus.

Los cristianos tienen un Dios en tres personas; los japoneses no lo ignoran, y los que cultivan las letras, saben sin duda tambien que Platon distinguia tres modificaciones en la naturaleza divina: el ser, la idea y la voluntad ó la accion; que los griegos tenian los tres ojos de Júpiter de Argos, los tres rostros de Hecate, las tres Gracias, las tres Furias, las tres Parcas, las tres Hespérides, las tres divisiones de los infiernos, el Elíseo, los limbos y el Tártaro; sus tres jueces, Minos, Eaco y Radamanto; las tres cabezas de Cerbero; los tres cuerpos de Geryon; el trípode de Apolo; su lira de tres cuerdas; las tres libaciones en su templo; los tres rayos de Júpiter; el tridente de Neptuno.

Los misioneros les enseñaron tambien las tres jerarquías de ángeles del mundo cristiano; los tres mundos: divino, evangélico y humano; los tres magos; la triple negacion de San Pedro; las tres cruces del Calvario; los tres clavos que sirvieron para crucificar á Cristo; los tres dias que permaneció en el sepulcro, las tres virtudes teologales; en fin, las tres

mansiones de las almas: el paraíso el purgatorio y el infierno.

Todo esto es mas de lo que se necesita para que el número tres hiera profundamente la imaginacion de los japoneses, y por tanto para inspirarles cierta conmiseracion en favor de los curtidores cuando estos marchan de tres en tres por las calles.

Es verdad que si prodigioso es el número tres por todo lo que en él se refiere, no lo es ménos el número *uno*, pues que es el principio y generador de los demás; tambien lo es el número *dos*, porque se aplica á la materia divisible y es emblema de los extremos; figura á su vez la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el bien y el mal, el frio y el calor, el error y la verdad, el macho y la hembra, etc.

El número cuatro tambien tiene su mérito, puesto que expresa la division del año en cuatro estaciones, las cuatro fases de la luna, los cuatro puntos cardinales; el cuadrado, primera superficie que se termina por líneas en número par; las cuatro orejas de Júpiter, los cuatro ángeles encargados en el Apocalipsis de la guarda de los cuatro ángulos del mundo; sin contar asimismo los cuatro Evangelistas, las cuatro edades del mundo, las cuatro fuentes del Ganges, los cuatro rios de leche que salen de las tetas de la vaca Ædumia, etc.

Examinando bien, se hallarian sobre cada número prodigios análogos hasta el número *nueve*, que es el primer cuadrado de los impares, y una de cuyas propiedades es reproducirse en todos sus múltiples con ayuda de una adicion horizontal. Por ejemplo: 9, multiplicado por 2, da 18; es decir, 1 y 8, cuya suma hace 9; 9, multiplicado por 3, da 27; es decir, 2 y 7, cuya reunion hace 9; 9, multiplicado

por cuatro, da 36; esto es, 3 y 6, suma 9, y así de los demas.[1]

Pero con la supersticion no se razona, y hé aquí que nos hallamos fuera de nuestro camino.

Hablemos un poco del ejército del Japon; hay allí un ejército considerable, lo cual parecia hasta hace poco tanto ménos necesario, cuanto que en este país no se habia turbado la paz en mucho tiempo.

Este ejército se divide en tres clases:

Primero. La guardia imperial ó tropa del soberano (el soberano espiritual no tiene derecho á mantener tropas).

Segundo, Los soldados suministrados por los príncipes vasallos.

La primera de estas clases formaria, segun reseñas que parecen exactas, un total de 100,000 infantes y 20,000 caballos.

En cuanto á las tropas de los príncipes, apénas se podrá dar una idea aproximada de su número.

En efecto, como cada príncipe ó señor debe suministrar su contingente de hombres útiles cuando lo pide el emperador, no se puede valuar la totalidad de la fuerza militar del imperio, sino calculando segun la poblacion entera del país. Mas como el censo de poblacion es un secreto en el Japon, nada se puede precisar respecto á este punto. Varenius, que escribió hácia mediados del siglo XVII, hace subir el efectivo del ejército japonés á la cifra, probablemente exagerada, de 368,000 infantes y 50,000 caballos; admirando la mar-

1 Esta observacion es debida á los indios, á quienes por otra parte, segun M. Clavel, pertenece la invencion de las cifras impropiamente l'amadas árabes.

cialidad de las tropas y alabando su espíritu de disciplina, dice que son bravos y sufridos en las fatigas y privaciones.

Antes de 1815 parece que muchos japoneses servian como soldados de fortuna en los países vecinos; hoy no puede suceder eso por la prohibicion de abandonar el suelo patrio.

Segun lo que los franceses han podido observar por sí mismos, si los japoneses son bravos, en cambio desconocen el arte de la estrategia y la táctica.

Su artillería nada vale é ignoran hasta los elementos del arte de las fortificaciones.

El mosquete japonés es todavía nuestro antiguo fusil de mecha. Cuidan de conservar este arma, por mas que no ignoran los progresos de los europeos en la fabricacion de fusiles.

En cuanto á sus armas blancas, son muy superiores á todo cuanto en este género conocemos en Europa.

En otro tiempo los soldados japoneses se servian de cotas de malla, y todavía hay algunos oficiales que cubren su coselete de seda con una armadura de hierro.

Cada soldado, cualquiera que sea su rango, tiene el dere cho de llevar, al igual del mas grande señor, dos sables y un puñal.

Las gentes del pueblo no les hablan sino con el mayor respeto.

A mas de los cañones extrañamente fabricados, se sirven los japoneses de jigantescas ballestas, montadas sobre cureñas de cuatro piés, semejantes á unas parihuelas.

Es, en suma, evidente que las tropas japonesas no podrian resistir á los regimientos europeos; mas no por eso dejan de ser temibles al arma blanca, tanto á causa de su bravura, camo por su extraordinaria habilidad en el manejo del sable.

V.

LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO EN EL JAPON.

En 1542, hace trescientos veintiseis años, un buque portugués salido de Oporto con destino á Macao en China, fué separado de su rumbo por una tempestad, y arrojado contra una isla que la oscuridad de la noche no permitió reconocer desde luego.

Esta isla era una de las del Japon, y lo que pareció á los navegantes portugueses una desgracia irreparable, contribuyó poderosamente á la prosperidad comercial del reino lusitano. La nave averiada se recompuso, y la bandera portuguesa desplegó por primera vez sus colores en el Japon en el puerto de Bungo, isla de Kiou—Siou.

¿Conocieron los antiguos el Japon? Se ignora; lo que sí puede afirmarse es que la Europa no tuvo noticia de su existencia sino por las relaciones hechas por Marco Polo hácia mediados del siglo XIII. Este descubrimiento hubiera per-

manecido largo tiempo estéril para las naciones occidentales sin los portugueses, que fueron los primeros en penetrar allí por la ruta de las Indias Orientales.

Los japoneses, que recibieron á los náufragos con bastante bondad, conservaron los retratos del capitan y del primer oficial de abordo, Antonio Mota y Francisco Zeimoto, ejemplares artísticos harto curiosos para el Japon, y aun hoy dia la memoria de dichos dos marinos es muy honrada en el país. Los festejaron, consintieron en dejarlos circular libremente por todas las ciudades del imperio y traficaron con ellos, tornando Mota y Zeimoto á Portugal colmados de presentes.

A consecuencia de un tratado celebrado con el virey ó príncipe de Bungo, un buque portugués, cargado de telas de lana y seda, etc., se expedia todos los años al Japon.

En 1548, seis años despues de la primera aparicion de los portugueses en la isla de Kiou-Siou, habiendo huido un jóven japones á Goa, en la costa Malabar, se encontró con misioneros católicos que lo bautizaron. Lleno de celo por la religion que habia abrazado y animado de simpatías por los portugueses, habló con los jesuitas sobre la posibildad de catequizar á sus compatriotas, y les proporcionó noticias preciosas sobre el comercio del Japon, de que supo sacar abundante provecho el génio esencialmente traficante de los portugueses. Los mercados del Japon se vieron en poco tiempo llenos de mercaderías portuguesas, y la Europa conoció las hermosas porcelanas de aquel país. ¿Quién sabe hasta dónde se habria extendido la influencia de Portugal en el Japon sin los holandeses, cuyo primer buque abordo á no sabemos qué isla del imperio en 1599? Al principio tuvieron que sufrir mucho causa de los por portugueses, que usaron de toda

su influencia para hacer que se arrojara á los audaces que se permitian ir á explotar un país que ya consideraban como de su propiedad exclusiva. Pero la paciencia es el génio de la raza neerlandesa, y sufrir con resignacion las celadas que se les suscitaban, sin recoger un solo grano de la semilla sembrada en el terreno que iban adquiriendo para su comercio. No tardó en ofrecérseles una buena ocasion para extender su poderío.

Un jesuita, viajero en el Japon, á quien la Iglesia ha canonizado bajo el nombre de San Francisco Javier, como en estos últimos tiempos acaba de canonizar otros veinte y seis, habia llenado el Oriente y el Occidente con la fama de las victorias obtenidas sobre lo que él llamaba el paganismo japonés. Guiado por el jóven convertido, se habia embarcado para esparcir la fé cristiana en las ciudades y villas del Japon, donde la accion del jefe espiritual del país era ménos sensible. Todo iba perfectamente; el diablo iba á ser vencido segun la expresion del mismo San Francisco Javier, cuando un suceso inesperado convirtió al diablo en dueño del campo de batalla.

¡Quien lo creería! El éxito del jesuita hizo mal á otros religiosos pertenecientes á diferentes órdenes, los cuales, conduciéndose torpemente, lo comprometieron todo, y causaron la desgracia de los comerciantes portugueses en beneficio de los comerciantes holandeses.

Creyéndose los frailes que todo les era permitido, se pusieron en guerra abierta con las leyes y costumbres del país, lo cual desagradó extremadamente á los japoneses. El gobierno temporal creyó entónces que debia intervenir, apoyando las pretensiones del poder espiritual, que ordenó oraciones de

gracias á Budha por la proteccion visible que acordaba á su Iglesia.

Una ordenanza prohibió, bajo pena de muerte, á los religiosos tratar de convertir á los japoneses, al mismo tiempo que prohibia, bajo la misma pena, á los capitanes de buques portugueses llevar monjes abordo para el Japon. Esta medida dió el golpe mas terrible á la propaganda religiosa, y comenzaron las persecuciones contra los católicos, porque estos no dándose por vencidos, continuaron en hacer prosélitos.

Los holandeses, que no se habian ocupado de propagar sus doctrinas religiosas, y cuyo solo fin era engrandecer sus relaciones comerciales, se aprovecharon ámpliamente de la situacion.

Veinte años despues de la arribada de su primer buque, habian establecido los holandeses una factoría en Tirando. Esta factoría prosperó mas á consecuencia de que, no cesando los portugueses de ensayar astucias para continuar su propaganda católica, exasperaba esto al gobierno del Japon y le obligaba á lanzar contra ellos ordenanza sobre ordenanza.

Habiendo sido arrojados los portugueses del imperio, pudieron concebir los holandeses la esperanza de quedar los únicos dueños del mundo japonés; pero no heredaron la confianza y las simpatías que los primeros portugueses habian inspirado á los japoneses, naturalmente dulces y confiados. Pasando de un extremo á otro, concibieron ódio, desconfianza y desprecio á todo lo extranjero.

Los portugueses, ántes de ser arrojados del país, fueron enviados como deportados á un islote artificial llamado Desima.

Hé aquí la historia de este islote, que una policía excesivamente recelosa habia hecho poco ménos que intolerable.

Preguntando al emperador temporal la forma que habia de darse á las nuevas construcciones destinadas á los portugueses, se contentó por toda respuesta con desplegar su abanico. Esta respuesta, de un carácter esencialmente oriental, fué explicada disponiendo á Desima en forma de abanico, lo que permitia á un solo centinela colocado en la extremidad, donde venian á reunirse todas las varillas, espiar á todos los habitantes.

Despues de la definitiva partida de los portugueses, los holandeses fueron relegados á su vez á Desima, y parece inconcebible que hayan podido mantenerse allí tan largo tiempo. La residencia no se encuentra separada de Nagasaki mas que por un puente. En él, como en todas las calles de Desima, una muralla muy alta impide á los transeuntes y á los habitantes verse los unos á los otros. Ningun barco japones podia tampoco aproximarse á Desima, mas allá de ciertos límites estrechos. Durante mas de un siglo, el gefe de la factoría holandesa se vió obligado á ir todos los años á Yeddo, acompañado de una numerosa escolta, á ofrecer sus homenajes al emperador. Si no hubiera tenido que ofrecer mas que homenajes, el mal no hubiera sido muy grande; pero á los cumplimientos habia que agregar un tributo en dinero que disminuia mucho los beneficios de los holandeses.

Hé aquí en qué términos habla Mr. Leon de Rosny de Desima, en el *Diccionario del Comercio y la navegacion:*

«Es un islote artificial, situado en el fondo del puerto de Nagasaki, y especialmente destinado en los últimos tiempos á los holandeses, que van allí todos los años á comerciar con el Japon. Es una verdadera prision en que los agentes neerlandeses están bajo guardia de vista, y sometidos sin cesar á las mas oprobiosas formalidades. Se han conformado, sin em-

bargo, con todas las exigencias de los mandarines hasta 1856, época en que se concluyó un nuevo tratado entre las córtes de Yeddo y del Haya. La importancia de dicho islote ha disminuido considerablemente despues de los últimos tratados, que abren á Holanda, á Inglaterra, á Rusia, á los Estados-Unidos y á Francia muchos puertos del Japon, y especialmente el de Nagasaki.»

La industria japonesa estuvo representada en el palacio de la Exposicon de Lóndres, y era digna de figurar allí con honra. Muchos de sus productos han admirado á nuestros fabricantes, tanto por las materias empleadas y sus formas bellas y originales, como por la forma de la ejecucion. Trabajan superiormente el hierro, la plata, el oro y algunas mezclas de metales que son todavía secretos para nosotros. No se manifiestan ménos hábiles en dar formas á las maderas que produce su país, y al bambú, de que sacan tan gran partido.

Por testimonio de todos los viajeros, el Japon tampoco, y lo que es peor, tan mal conocido en Europa, cuenta por todas partes numerosas manufactorías.

¡Cuántos tesoros no quedarán aún ocultos, sin embargo! Se puede suponerlo, al saber que las porcelanas, que tanto admiramos, no son probablemente mas que productos de segundo órden, puesto que las leyes japonesas han prohibido durante largo tiempo la exportacion de las porcelanas superiores.

Mas procedamos con órden y veamos primero cómo trabajan el hierro, el mas precioso de los metales sin duda alguna, aunque sea el mas comun en el Japon.

Hemos dicho, hablando del ejército japonés, que sus fusiles son imperfectos, pero tienen en revancha las mejores ar-

mas blancas del mundo entero; parece que poseen un secreto para el temple del acero, que hace sus hojas superiores á todas las demas; sus sables tienen el filo de una navaja de afeitar; se ha visto á los soldados japoneses hendir con ellos á sus enemigos de la cabeza á los piés. En todos los objetos en que entra el acero, sobre salen los japoneses, y su habilidad para pulimentarlo, es incomparable; fabrican espejos de acero inferiores á los de cristal en muy poco, y poseen fundiciones en grande escala. Su habilidad manual es incontestable, é imitan nuestros productos con maravillosa facilidad.

Hé aquí un hecho que lo prueba:

Cuando los americanos, celosos de las prerogativas comerciales concedidas á los holandeses, hicieron su expedicion, que terminó en 1854 por el útil tratado de Kanagava, llevaron al Japon todo lo que podia ser á propósito para excitar la imaginacion de aquel pueblo y disponerle á entrar en relaciones con los Estados-Unidos. El comodoro Perry embarcó un tren entero de ferrocarril, rails, traviesas, hilos eléctricos, postes, locomotoras, etc., etc., con el personal de empleados necesario para asegurar el servicio. La primera prueba de la locomotora se hizo delante de las primeras autoridades y de un inmenso concurso de curiosos pertenecientes á todas las clases de la sociedad. Todos admiraron tan bella invencion, y las autoridades japonesas dieron las gracias á los oficiales americanos por haberles hecho semejante obsequio. Poco despues de esta inaguracion memorable, un mecánico japones habia construido una locomotora, usando ciertos procedimientos de fabricacion desconocidos para los americanos, y que les llenaron de admiracion. Partieron persuadidos de de que en poco tiempo se viajaria en el imperio del Este como se hace en la república americana, pero cuál seria la

estupefaccion de los oficiales de la expedicion del comodoro Perry cuando tres años despues, un capitan mercante de la marina americana, de vuelta de Nagasaki, les dió los siguientes detalles:

«En vano he tratado de buscar las huellas de la expedicion: al fin, á fuerza de investigar lo que habia sido del material del camino de hierro, me confió muy secretamente un japones que la locomotora y todo el tren habian sido cuidadosamente encerrados en un inaccesible subterráneo.»

Las autoridades japonesas habian mandado á la salida de la expedicion la destruccion de los rails y de los tres hilos telegráficos, y prohibido, bajo las penas mas severas tratar de imitar aquellas invenciones peligrosas y diabólicas. Aquello fué, sin duda, estúpido; mas, ¿cómo condenar severamente el espíritu de rutina y la supersticion entre los japoneses, cuando hemos visto que nuestros mismos prelados, al bendecir las locomotoras, han expresado ideas análogas sobre los ferrocarriles?

Para fabricar bien es necesario tener buenos instrumentos, y los japoneses los hacen excelentes. Su cuchillería es muy estimada hasta de los ingleses, que presumen sobresalir en este ramo de industria, y sus sierras, son tan hermosas y finas, que pueden serrar la madera mas dura por trozos de un milímetro de espesor.

Hemos dicho ya bastante para dar una idea de la habilidad de los japoneses en lo relativo al trabajo del hierro y del acero. Añadiremos que no se muestran ménos hábiles con la *sawa*. La sawa es una amalgama de cobre y oro, que saben colorar de azul y negro por medio de cierta tinta cuya composicion nos es enteramente desconocida. El efecto de esta coloracion es muy bello, é indicamos á nuestros jo-

jeros que buscan la novedad, los aderezos de sawe, que pueden obtener mucha boga entre nuestras elegantes, forzadas á seguirse cubriendo con oro y diamantes, lo cual es harto monótono, y ademas, bastante caro, segun dicen los maridos de esas señoras.

Los japoneses conocen de tiempo inmemorial la fabricacion del cristal, que tambien saben colorar. Antes no hacian vidrios, pero ya lo han aprendido de los europeos, aunque no se sirven de ellos para las ventanas de sus casas. En todas las ciudades del imperio se ve sustituido en las ventanas por una especie de papel de hule de una trasparencia notable.

Aquí es ocasion de decir que la fabricacion del papel es uno de los ramos mas importantes de la industria japonesa. Yo mismo he tenido ocasion de ver una pieza de pañuelos japoneses de papel en el curioso y rico museo que posee en su casita de Neuilly Madama Emilia Whately, que seria una naturalista y agrónoma distinguida si no fuera una cantante tan inspirada como lo fueron la Pasta y la Malibran. Estos pañuelos de papel tienen las dimensiones de un pañuelo de niño, y me atreveré á añadir que no me han parecido de tal consistencia que no ofrezcan cierto peligro para los constipados de cabeza. Acaso no se constipen jamas de este modo los japoneses, como se siente uno inclinado á creerlo al ver sus pañuelos de bolsillo.

En el Japon hay un papel particular para cada uso. Véase en prueba de ello la lista exacta de las diferentes especies expuestas en Lóndres por M. Rutherford Alcock, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. B. en el Japon.

Papel de cartas para las personas de clase superior.

Papel para envolver los obsequios.

Papel sobre el cual los habitantes del Japon se libran entre sí certificados de buena vida y costumbres cuando desean mudarse, viajar, etc.,

Papel, pañuelo de bolsillo para los hombres.

Papel, pañuelo de bolsillo para las mugeres.

Papel impermeable para vestidos exteriores.

Papel para el uso de los niños nobles que aprenden á escribir el alfabeto

Papel para los niños plebeyos.

Papel trasparente para los huecos abiertos sobre las puertas de las casas.

Papel destinado á envolver las plantas acuáticas que es indispensable acompañar con cada objeto que se regala.

Papel para el uso de los poetas.

Papel usado en el gran mundo para tapizar las puertas.

Papel sobre el que se escriben máximas morales con que se orlan las puertas de ciertas casas.

Papel en que los maestros de escritura escriben modelos para sus discípulos.

Papel para envolver los juguetes.

Papel de letra especial para las damas de alto linaje.

Papel especial paaa escribir las ordenanzas de medicina.

Papel empleado entre las damas de buen tono para ciertos usos de tocador.

Papel para la fabricacion de linternas, especialmente destinadas á alumbrar á las personas de elevada jerarquía.

Papel exclusivamente empleado para fabricar las linternas que deben figurar en la fiesta del mismo nombre, que tiene lugar en el mes de Julio.

Papel imitado al cuero, y de que se hacen cajas de tabaco.

No se podria llevar mas allá el culto del papel, y solo falta á los japoneses una fábrica de cuellos postizos de papel para el uso de las naciones que tienen la dicha de llevar cuellos postizos. Es posible que se establezcan.

Las obras en laca del Japon son estimadísimas en todas partes, y hasta en China, donde se fabrican muy excelentes. Escogen para la fabricacion los mejores pinos y los mejores cedros, que cubren de un barniz particular, sacado de la corteza de un árbol, que cuando está fresco presenta la apariencia de la crema, y que seco toma un negro luminoso y de gran trasparencia. Esta consistencia es tal, que extendido sin ninguna mezcla sobre cajas ú otros objetos de ebanistería, deja ver perfectamente todas las venas y las líneas de la madera.

Los quitasoles chinos expuestos en los almácenes de curiosidades han podido ser examinados por todo el mundo. Su mango es de bambú y la armadura de lo mismo, pero cortado en toda su longitud en trozos tan finos, que él mas grueso de sus quitasoles, á pesar de su apariencia, es mas ligero que la mas ligera de nuestras sombrillas. La tela que cubre entre nosotros los paraguas y las sombrillas se halla reemplazada en los quitasoles chinescos por una especie de papel de hule muy apropósito para preservarse de los rayos del sol, y que está pegado de tal manera á las varillas, que cuando el quitasol se cierra, se une tan estrechamente, que se creería ver el bambú como se encontraba ántes de cortarlo. La forma de estos quitasoles, que no remata ninguna especie de punta elegante, puede no agradarnos y aun causarnos risa; mas si se examinan con cuidado despues de abiertos, no se puede dejar de admirar la precision del trabajo, sobre todo cuando se sabe que son extremadamente comunes en China y se venden por casi nada.

Pues bien: quitasoles semejantes, y aun de un trabajo mas sólido y más fino, se fabrican en todo el imperio del Japon, siendo como es el quitasol y el abanico los muebles mas indispensables á todo japonés, á pesar de que el clima es bastante frio en invierno.

Lo mismo en la fabricacion de sus productos que en sus instituciones, parecen despreciar los japoneses toda lo provisional; sus mas pequeños objetos, hasta las cajas de envolver, son de una notable finura y de una solidez apropósito para desafiar las ruedas de nuestras antiguas carretas, lo que es bastante decir.

Los japoneses, que deben á los portugueses la importancia del tabaco, completamente desconocido ántes en el Japon, tienen desde hace mucho tiempo vastas fábricas de cigarros. Con el pañuelo de papel he visto en el gabinete de curiosidades de Madama Whately una muestra de tabaco japonés. Está tallado por filamentos, y presenta el aspecto del pelo de cabra hilado muy fino. Su color es un negro amarillento, y el sabor ménos pronunciado que el tabaco de las posesiones francesas, aunque no tan aromático como el de la Habana.

El *saki*, que es á los japoneses lo que la cerveza á los ingleses, ó lo que la cidra á normandos y bretones, ó lo que el vino á todos los que tienen disposicion para beberlo; el saki es objeto de un comercio considerable en toda la parte del extremo Oriente que nos ocupa. Tienen bodegas inmensas para esta especie de cerveza, y los despachos de ella son tambien muy abundantes. Centenares de miles de obreros están constantemente ocupados en fabricar esteras, sombreros y zapatos de paja. Los embajadores del Japon y su comitiva nos han hecho conocer los tocados de este género.

En sus fábricas de algodones y de soderías tejen los japo-

neses telas particulares, hechas de filamentos de plantas, de que ignoramos los nombres. Esta tela tiene el aspecto de un tejido de lino, pero es mucho mas ligera y de la trasparencia de la gasa. Habiendo traido un inglés una levita y un chaleco de esta tela, de Nagasaki, se podian contar á través del bolsillo de su chaleco las monedas que llevaba y ver la hora que era en su reloj.

Dos ó tres mil balas de seda, llegadas á poco de la paz á Lóndres, han dado á conocer las del Japon como superiores en finura, fuerza y regularidad á las mas hermosas procedentes de Francia ó Italia. Las factorías inglesas monopolizan hasta ahora el paso de estos productos; pero es de esperar que la terminacion del itsmo de Suez, modificando profundamente las condiciones de nuestro comercio con estos países, permita á los armadores de nuestros puertos, y sobre todo á los del Mediterráneo, expedir directamente productos, por los que recibirán en cambio tambien directamente seda japonesa. Miéntras tanto la misma Francia, reguladora de la moda en estas materias, no puede, sin permiso de Inglaterra, proverse de los primeros productos de esta industria.

Hay en el Japon tantas tiendas como casas en las ciudades comerciales del imperio. Como ántes sucedia en nuestras poblaciones, cada industria tiene un barrio particular, lo cual dispensa á los japoneses de hacer grandes gastos para decorar sus almacenes, de una completa uniformidad de aspecto y mueblaje. Una gran caja para encerrar los objetos que pueden deteriorarse con el polvo, algunos estantes en que colocan la porcelana, ganchos de hierro de que suspenden los artículos voluminosos ó pesados, un mueble con cajones donde guardan la seda en madejas ó tejidos, hé aquí

lo que constituye el menaje de una tienda japonesa. Hay qué añadir que las muestras no están pintadas y escritas como en Europa, en madera ó sobre las paredes de las casas, sino sobre grandes cuadros de papel, adornados con toda clase de dibujos. Este papel es muy sólido y resiste á la lluvia.

Generalmente no hay separacion entre la tienda y la habitacion del comerciante japonés; el comprador puede, por tanto, hacerse cargo con una sola mirada de la manera de vivir de los hombres modestos de esta clase.

Generalmente duermen sobre una especie de manta plegada, de que se presentó algun ejemplo en la exposicion de Lóndres. Cuando el chalan entra en una tienda japonesa, deposita á la puerta sus sandalias de paja tejida; los extranjeros, que ignoran esta costumbre ó que no quieren conformarse con ella, entran con su calzado, pasando por personas mal educadas á los ojos del mercader, que se venga haciéndoles pagar la mercancía lo mas caro posible.

He encontrado en una librería de Lóndres un curioso librito para el uso de los alemanes y los ingleses que, no sabiendo el japonés, desean hacerse comprender de los naturales del país. A continuacion traduzco algunas preguntas y respuestas que darán idea de la lengua:

—*Kon nit siwa.*—Buenos dias.

—¿*Kodo nedan wa ikura simasu ka?*—¿Cuánto vale eso?

—*Ni hiak gozu me simasu.*—Veinticinco taels.

—*Hiah fatsizu me-ni o makenu ka?*—Me lo podríais dar por veinte taels?

—*Li ye soq wa makari masenu.*—No puedo darle ménos.

Sí, se dice *hei;* pero mas se usa *Go mottomode arimasu* (teneis razon).

Las letras del alfabeto japonés tienen para nosotros los

europeos el aspecto de geroglíficos, y la primera página de sus libros seria para nosotros la última. Ademas, las líneas de su escritura son horizontales. He tenido en mis manos una enciclopedia japonesa formando un volúmen de 800 páginas y de cuentos fantásticos ilustrados, que eran la cosa mas curiosa y extravagante que se puede imaginar. Las ilustraciones en que no se guardan las reglas de perspectiva, están iluminadas con los colores mas vivos. La lengua japonesa puede estudiarse en Europa en las gramáticas portuguesas y españolas de los PP. Rodriguez y Collado, en la holandesa de M. I.-H. Donker-Curtius, publicada en Leyde en 1867, y en la *Introduccion al estudio de la lengua japonesa*, publicado en Paris en 1858 por Mr. Leon de Rosny.

De todas las ciudades del Japon con que los europeos han podido anudar relaciones comerciales, Nagasaki es la mas importante. «Hasta estos últimos tiempos, dice Mr. Leon de Rosny, Nagasaki era la única ciudad del imperio abierta á los extranjeros privilegiados como los chinos y los holandeses. La importancia comercial de Nagasaki, aminorada á consecuencia de la apertura de otros muchos puertos de Nippon, ha disminuido aún mas á consecuencia del afan que han desplegado los europeos y los americanos en establecer sus despachos en Yokou-Fama y en Kanavaga, en la proximidad de Yeddo, residencia del emperador. Todavía se puede citar, sin embargo, á Nagasaki entre los grandes centros del comercio japonés y aun de los placeres, bajo el punto de vista europeo, despues de Ohosaka y Yeddo.

El escritor Siebol eleva la poblacion de Nagasaki en 1816 á 26,000 habitantes, sin contar la milicia y los sacerdotes y monjes budhistas, gentes que consumen mucho y no producen nada, y cuyo número se calcula en unos 6,000. La po-

blacion de esta ciudad se aproxima ya hoy á 50,000 habitantes, de los que la mayor parte son negociantes. En la época en que Kempfer escribia sobre el Japon, rara vez habia en el puerto ménos de cincuenta buques grandes, sin contar algunos centenares de barcos de pescadores.

Aunque la ciudad sea pequeña y demasiado calurosa en verano y fria en invierno, no deja de ofrecer sus distracciones, de que Mr. Rosny hace una descripcion pintoresca. Edificada al pié de una colina, se hace notar desde luego, por la regularidad de sus calles y por el aspecto pintoresco que dan á todos los barrrios, los jardines que rodean las habitaciones. Las casas no suelen tener mas que un piso y están construidas de madera y tierra, y el papel reemplaza los cristales de las ventanas, habiendo de tener cada casa un número determinado de estas segun las ordenanzas de policía. Los terrenos adyacentes á las habitaciones están plantados de árboles y de plantas de saucó, y en los de los japoneses algo acomodados se ve siempre algo de rocas artificiales, de lago, de caidas de agua, de pabellones y aun una capilla para las divinidades domésticas y los antepasados.

El interior de las casas japonesas se compone ordinariamente de muchas habitaciones, separadas por ligeros tabiques, cubiertos de papel, adornado de figuras ó de flores. La naturaleza de las construcciones da lugar á frecuentes incendios, lo cual obliga á mantener noche y dia servicios de socorró en muchos puntos de la poblacion. Posee, entre otros edificios públicos, los dos palacios de los príncipes de Ficen y de Tsikousen, el colegio de intérpretes de las lenguas extranjeras, muchos teatros, un arsenal, una prision, un hospital y unos sesenta templos, en que los viajeros reciben la mas cordial hospitalidad, tanto en el interior como en los

alrededores de la ciudad, y debe mencionarse tambien la factoría de Desima y la chinesca de *To-zin ó Jariki.*

La provincia de Fizen, en que se encuentra la ciudad de Nagasaki, es una de las mas fértiles del imperio. Las posesiones rurales se extienden por un espacio de 13,500 *matssi* medida que equivale á cerca de medio kilómetro. Para dar idea de la fertilidad de la tierra, bastará decir que, despues de recoger la de arroz, cebada y trigo, se hace una segunda recoleccion en el año que suele ser de legumbres. Los impuestos sobre estas fincas se elevan todos los años de quinientos á seiscientos mil *hocs*, ó sea mas de cincuenta y cinco millones de reales.

De todos los extranjeros que en diferentes épocas han obtenido permiso para comerciar en el Japon, los chinos han sido generalmente los mas favorecidos. El precio de las mercancías se les arreglaba por la cámara de comercio mucho mas barato que á los holandeses de Desima, y tenian la facultad de residir en muchas ciudades cerradas á los holandeses. Los europeos y los americanos, gracias á los tratados comerciales celebrados en estos últimos años son hoy admitidos á luchar con el Celeste Imperio aunque en mucho tiempo todavía la China y la Holanda tendrán de hecho, si no de derecho, el monopolio del comercio con este rico país, de que nosotros no conocemos aun mas que la puerta de entrada y el vestíbulo.

En el cuadro de exportaciones chinescas de Nagasaki vemos figurar en el cargamento de diez juncos los productos japoneses que siguen: guisantes, escobas, frutas pasadas, almejas secas y en polvo, musgos marinos, nidos de pájaros, aves vivas, salazones, vajillas de cobre, fucos, nueces de Gales, alcanfor, paraguas y quitasoles, pieles de nutria, porce-

lanas y cacharrería atun seco, cobre en barras, ojos de cangrejos; todo ello por cantidades importantes. En cambio de estas mercancías, la China dotaba al Japon por medio de los mismos diez juncos, de arsénico rojo, conchas de tortugas, diez cajas de libros, betun, almizcle, papel rojo, regaliz, pieles de rayas finas de las Indias orientales, quincallería, ruibarbo, alfombras de fieltro, terciopelos, azúcar, nueces de Pinang, sederías bordadas de oro y plata, telas de lana, frutas secas, azafran cuernos de carnero y de rinoceronte, marfil, madera de águila, de sándalo y de *calambac*, mercurio y azúcarpiedra.

Se sabe ya que la série completa de monedas del Japon comprende trece piezas de oro, dos de plata y tres de cobre. La forma de estas monedas varia con frecuencia, segun su valor. La principal moneda de oro, llamada *ko-bou*, es de forda oval, siendo su longitud de cerca de dos pulgadas y media sobre medida de latitud, y su peso de unos 174 granos. Viene en seguida el *itai-ben*, que vale la cuarta parte del *ko-bou*, siendo esencialmente diferente de está, de forma cuadrada pesada y de unas tres cuártas de pulgada de largo por media de ancho. En las piezas de plata vemos que la mas grande, cuya forma es la del dominó, pesa 134 granos y medio. En la moneda de cobre señalaremos una pieza de cobre rojo, pesada, y de dos pulgadas, por poco mas de media, que para colmo de originalidad está agujereada por en medio. Al lado de estas monedas hay otras, que son un conjunto de oro y plata en proporciones casi iguales.

El papel-moneda ha tenido curso en muchas ocasiones en el Japon, siguiendo las oscilaciones financieras de este pueblo. Hoy está retirado de la circulacion, y solo la cámara de cuentas lo autoriza para la compra de las mercancías ja-

ponesas. Un hecho notable, dice el documento de que tomamos estos detalles, es la relacion legal que tienen entre sí las monedas del Japon. Aislados del resto del mundo, han resuelto los japoneses la relacion del oro y la plata, segun las ideas de utilidad que se han formado de estos metales.

Este documento, añade, que en su forma, composicion y relaciones recíprocas presentan las monedas japonesas ciertos caractéres distintos de los demas sistemas monetarios del mundo.

Añadiremos al paso algunas palabras sobre los diferentes tratados celebrados con el Japon.

Por el concluido con los Estados-Unidos en Kanagawa en 1854, ha abierto el Japon á la América sus dos puertos de Simoda Hakodadé. Inglaterra no podia ser ménos favorecida que la gran república, y algunos meses despues de haber sido firmado el tratado americano, el gobierno inglés firmaba á su vez otro tratado de amistad y de comercio con el Japon. Por medio de este tratado han conseguido los ingleses que se les abran todas las partes del puerto de Nagasaki, con la sola condicion de sujetarse en cuanto al anclaje á las instrucciones del gobierno local. El reglamento inglés dispone: 1º Que los buques deben anclar delante de Desima, y esperar, antes de tener ninguna comunicacion con tierra, las órdenes de la autoridad. 2º Que no se alijen armas de fuego. 3º Que nadie desembarque en las isla. 4º (véase hasta dónde llega la desconfianza de los japonés), que no se hará ningun sondaje ni se paseará ninguna embarcacion. 5º Que en el caso de que se desee entrar en comunicacion con las autoridades locales, se deberá llamar con la bocina una embarcacion de algun alto ftncionario.

Rusia quiso tambien entrar en relaciones con el Japon, y los dos imperios concluyeron un tratado el 26 de Enero de 1855, por el que Nagasaki quedó igualmente abierto á la marina rusa. Las naves moscovitas fueron autorizadas para reparar allí sus averías y renovar sus provisiones. Se convino tambien que los súbditos del czar pagarian sus compras en monedas de oro ó plata, ó en su defecto, con mercaderías de su cargamento, valoradas por peritos. Este tratado dió á Rusia el derecho de establecer un agente consular en Nagasaki.

A su vez los holandeses, que vieron atenuados sus antiguos privilegios por estos tratados, gestionaron cerca del emperador temporal para extender su influencia comercial y política en el Japon. Cediendo el emperador á las instancias de Holanda, se concluyó un nuevo convenio entre las dos naciones en 30 de Enero de 1856. Entre las estipulaciones de esta convencion se acordó, como era natural, la de que los holandeses pudieran salir de Desima en cualquier época, sin estar sometidos á ninguna vigilancia, ni necesitar autorizacion especial, como era el uso antiguo. Al lado de este artículo, que devolvía á los súbditos neerlandeses su dignidad y su libertad individual, hay otros que no son ménos favorables, bajo el punto de vista de los intereses comerciales. Citarémos como ejemplos los que acaban con las demandas de rehenes, los que autorizan el trasporte de cartas por medio de los juncos chinos ó de los buques de cualquiera otra nacion, los que consienten á los buques holandeses la pólvora y las armas, hasta los cañones, y los que determinan que los delitos cometidos por los súbditos holandeses sean castigados por el gobierno de los Países-Bajos.

En el tratado de Francia con el Japon, terminado en 9 de Octubre de 1858, se lee lo que sigue:

«El puerto de Nagasaki quedará abierto desde el 15 de Agosto de 1859, al comercio y á los súbditos franceses, que podrán residir en él de una manera permanente, con el derecho de arrendar terrenos y de comprar ó construir casas y almacenes.

No se colocará ninguna barrera cerca de las habitaciones para encerrar á los habitantes ó poner obstáculos á su libre circulacion.

Los súbditos franceses tendrán el derecho de recorrer á su grado todo el dominio imperial en las inmediaciones de Nagasaki.

El culto de la religion católica será tolerado y sus edificios particulares.

Los franceses no son justiciables sino por sus cónsules.

La importacion y exportacion de todas las mercancías que no hayan sido declaradas contrabando será efectuada por los franceses, sin que tengan que sufrir otras cargas que los derechos estipulados en tarifas convenidas, con excepcion de las municiones de guerra, que no podrán ser vendidas sino al gobierno japonés ó á los extranjeros.

Los franceses podrán comprar y vender libremente á los japoneses toda clase de artículos sin intervencion de ningun empleado japonés.

Todo comerciante que haya pagado los derechos exigidos por las mercancías en un puerto abierto, podrá obtener de la aduana japonesa un certificado que le permitirá trasportar libremente las mercancías á los demas puertos abiertos, sin que puedan reclamarse nuevos derechos.

Toda moneda extranjera tendrá curso en el Japon y pasará por el valor de su peso, comparado con el de la moneda japonesa análoga.

El gobierno frances y sus súbditos gozarán, en fin, de todas las inmunidades, privilegios y ventajas que hayan sido ó sean acordadas en lo sucesivo por S. M. el emperador del Japon, al gobierno ó los súbditos de cualquiera otra nacion.»

Con estos tratados, que los comerciantes de las naciones europeas sabrán aprovechar, la resistencia de los japoneses á mezclarse con las naciones occidentales va debilitándose cada dia, y será completamente vencida en una época no remota por el progreso social, que mas eficaz que las armas de la guerra, derriba las murallas penetrando los espíritus.

De todos las medios apropiados para hacer entrar al Japon en el movimiento universal, no hay otros mas rápidos y seguros que la industria y el comercio. Cuando en el comercio y la industria no se cree servir sino á los propios intereses particulares, se realiza sin embargo una obra de interes general, cuya bienhechora influencia se extiende rápidamente á todos por los mil lazos misteriosos que unen los hombres entre sí asociando sus esfuerzos.

Despues del vapor, ese sublime propagandista y fusionista de todos los conocimientos humanos y de todos los intereses materiales y morales, nada ciertamente podrá contribuir en ménos tiempo á la conquista moral del Oriente por el Occidente, que la obra inmortal proseguida con una energía de apóstol por Mr. Fernando de Lesseps.

Es incontestable que al hacerse mas frecuentes nuestras relaciones con el extremo Oriente, se harán tambien mas ín-

timas, y que esas naciones sombrías aprenderán con ello á conocernos mejor, y por consecuencia á respetarnos mas. Su desden sistemático por los que llaman aún los bárbaros del Oeste, cederá ante la luz que se haga por todas partes en torno de ellas, y la fusion de los intereses será necesariamente seguida algun dia por la fusion de las ideas.

VI.

LA MEDICINA EN EL JAPON.

Nada mas curioso para los europeos de todos los países que examinar el interior y el exterior de las innumerables farmacias japonesas. Están adornadas de grandes carteles, donde se mencionan todos los remedios infalibles para todas las enfermedades conocidas, y creo aun que para todas las que la humanidad pueda llegar á sufrir en lo sucesivo. La exposicion de Lóndres ofreció curiosas muestras de ello.

Estas boticas están tan bien adornadas con certificados de enfermos, atestiguando curaciones milagrosas, conseguidas por medio de los medicamentos descritos en los carteles, y por otros muchos, algunos de los cuales son anunciados como provenientes de Europa. Es verdad que Europa nos da en cambio como maravillas otros remedios originarios del Japon.

Las boticas japonesas no pueden compararse á ninguna tienda europea.

Viniendo á la medicina, empezaremos por describir una operacion que participa de la terapéutica y de la mágia, la cual se halla muy en boga para ciertos cólicos, horriblemente dolorosos, con que la Providencia en sus inescrutables destinos se ha complacido en dotar particularmente al Japon. Los médicos de este país practican la *acupuntura* por medio de largas y finisimas agujas de oro, de plata ó de acero. El paciente dirige unas cuantas palabras bien sentidas á Budha, y se tiende sobre una de esas lindas mantas de que se hallan provistas todas las alcobas del Japon, entregándose al operador. Este toma nueve de dichas agujas, ni una mas ni ménos, y las introduce diestramente en los músculos del abdómen ó del estómago del enfermo, evitando con grande habilidad las partes huesosas, los nervios y los vasos sanguíneos é imprimiendo á las agujas al introducirlas un rápido movimiento de rotacion, con que se solaza el paciente. Muchos médicos se dedican, como á una especialidad muy lucrativa, á este género de operaciones. Yo he visto en la exposicion de Lóndres veinticinco de esas agujas de plata, tan finas como el hilo mas fino de Escocia, al lado de un gran número de instrumentos de cirujía japonesa, entre los cuales figura en su forma mas primitiva el instrumento de uso doméstico cuyos servicios son tan útiles para aliviar las irritaciones intestinales.

El *moxa* es un remedio universal; es la parte lanosa de la artemisa que se separa de sus hojas por medio de la friccion y el batimiento. Esta especie de lana se prepara en pequeños conos que se encienden por el vértice, aplicándose despues sobre la parte que señala el médico. El *moxa* se aplica en

el Japon en toda clase de casos; así es que la maleta del viajero encierra siempre cierto número de *moxas* para hacerlos aplicar á la primera ocasion.

Esta operacion, como la de las agujas, forma en todo el imperio del Este una ciencia y una profesion especial muy honrosa. En Inglaterra se emplea la sal de Glauber para conservar la tez fresca y prevenir los males futuros; en el Japon se emplea el *moxas* con el mismo objeto. Todos, jóvenes ó viejos, hombres ó mugeres, soldados, sacerdotes y hasta los condenados en su prision, se someten voluntariamente á esta operacion una vez al ménos cada seis meses.

Otro remedio universalmente empleado entre los japoneses como curativo y preservativo, es la friccion. Hay médicos que hacen de ella su estudio especial y que se encierran tambien en esta especialidad. Segun ellos, no hay arte mas difícil y complicado que la friccion, y solo afuerza de continuados estudios y de una larga práctica se puede pretender el honor de llamarse verdadero friccionador. Un viajero asegura que existe en Yeddo una escuela especial de friccionadores, en que los discípulos, dedicados particularmente á la práctica de este ramo de la medicina, se ejercitan sobre sugetos alquilados para este uso; se les supone sucesivamente las diferentes afecciones que se tratan por la friccion, y se les fricciona en consecuencia. Se les llama mozos de friccion y están muy bien pagados.

La medicina halla sus incrédulos en el imperio como por todas partes. Existe en el Japon una comedia que dicen es muy sábia y llena de rasgos satíricos á propósito de los médicos. Tiene por título *El médico, la medicina y el enfermo*. La personificacion de la medicina se mofa en ella del doctor probándole su impotencia, y el médico y la medicina acaban

por burlarse de sí mismos y por reir á carcajadas de la confianza que inspiran al enfermo. Llega éste y el médico y la medicina toman un aire grave; se consultan mútuamente, ordenan multitud de drogas, y se dividen los beneficios del tratamiento, asegurando al enfermo que curará radicalmente. Cuando el enfermo sale con los bolsillos atestados de remedios, pero desprovistos de dinero, el médico y la medicina entablan el siguiente diálogo:

El medico.—¿Qué pensais de ese pobre enfermo?

La medicina.—Mi pensar es que no curará.

El medico.—No es esa mi opinion. Os apuesto á que se encontrará bien la semana que viene.

La medicina.—Os apuesto á que morirá ántes de ocho dias.

El medico—¿Qué quereis apostar?

La medicina.—El que pierda beberá la droga que habeis ordenado al enfermo.

El médico vacila. Supone el efecto del remedio que ha ordenado, hace una nueva, y no parece dispuesto á adoptar este género de apuestas. Mas como es muy obstinado y su amor se ve estimulado por la medicina, que le dice:

—¡Ah, ah! ¡Me teneis miedo!

Hace un esfuerzo supremo y acepta la proposicion.

Ocho dias despues, habiéndose citado el médico y la medicina para saber noticias del enfermo, aparece este de repente. Se encuentra perfectamente. La medicina no puede creer lo que ve; el médico está radiante de gozo.

¡Bebed! dice el doctor triunfante, presentandole una mezcla de drogas, semejante á la que habia ordenado al efermo.

—¡Ah! dice tristemente la medicina; temo que este dia sea

el último de mi vida, porque yo misma no conozco un remedio contra mis remedios.

La medicina bebe y muere.

En cuanto al enfermo, interrogado por el doctor, confiesa no haber tomado medicamento alguno.

Este desenlace de la comedia japonesa me trae á la memoria una anécdota publicada en estos términos por el doctor Guyard:

«Una señora amiga mia, convaleciente, preguntaba un dia á su médico:

—Decidme, doctor, ¿qué secreto teneis los médicos para no estar nunca malos?

Es, respondió el doctor, que comemos confortablemente de los productos de nuestras recetas, sin tomar nunca nada de las drogas que ordenamos.»

No hay que sorprenderse de esta respuesta; los mas grandes médicos de todas las épocas y de todos los países han dicho cosas semejantes. El mismo Hipócrates, padre de la medicina; Sydenham, á quien llamaban el Hipócrates inglés, Guy Patm, Broussais, Bouchardat, Chomel, Shengel, Magendi, Corcisant, Boerhave, Sthaal, Bichat, los médicos mas ilustres, podrian proporcionarnos numerosos textos que citar sobre el asunto. Esto no es obstáculo para que todos, aun los mas incrédulos, á la primera indisposicion leve ó grave, y entre ellos me incluyo, nos apresuremos á reclamar los cuidados de nuestro doctor. Puede no creerse en la medicina, pero creemos en nuestro médico.

Hablemos tambien un poco de los muertos en el Japon. La transicion os parecerá natural.

Los muertos son tratados en el imperio del Este de una manera muy original: no se les quèma, como hacian los romanos; no se les embalsama, como los egipcios; no se les entierra, como nosotros hacemos; se les mete en barriles, ni mas ni ménos que los pepinillos ó las aceitunas. Y lo mas original, es que el barril que sirve á los japoneses de última morada no excede nunca de três piés de altura por dos y medio de diámetro en la parte mas ancha y dos en la base. ¿Cómo puede reducirse el cuerpo humano dentro de este barril? Es un misterio que los sepultureros japoneses no han tenido la bondad de revelarnos, pero sin que el echo sea por ello ménos incontestable. Cuando por algunos viajeros se ha preguntado á los japoneses sobre el asunto, han contestado que obtienen la reduccion de los cadáveres á la forma reglamentaria del barril, introduciéndoles en la nariz, en las orejas y en la boca cierta dósis de un licor preparado con el zumo de la *doria*. Este licor tendrá, entre otras cualidades, la de dar á los miembros de los muertos una blandura extrema.

Un americano habla de una experiencia de este género hecha en su presencia. Hacia mucho frio; un jóven holandés murió en la factoría de Desima; al dia siguiente, muchos japoneses, algunos oficiales de la factoría y el testigo que relata este hecho, examinaron el cuerpo. Estaba tan duro como la madera. Uno de los intérpretes sacó de la cartera un polvo grosero, parecido á la arena; era *doria* preparada esta vez en polvos y no en licor; tomó un polvo y lo introdujo en las orejas, otro en las narices y otro en la boca. «Sea por efecto de la droga, dice el americano, ó por alguna hábil supercheria que no he podido adivinar, el cuerpo recobró toda su elasticidad en ménos de quince minutos.»

Algunas personas han creido poder afirmar que la *doria* administrada de cierta manera era un veneno violento, y han tratado de hacer su análisis químico; pero la impotencia de la química para hacer constar los elementos contenidos en ciertas sustancias vegetales es manifiesta. ¿Cuál es, por ejemplo, el elemento que distingue el guisante venenoso del guisante comestible vulgar, con el que con tanta frecuencia se confunde? La química lo ignora enteramente, y sin embargo, el uno es un alimento sabroso y el otro un veneno mortal. ¿Cuál es el principio que distingue el zumo de la trepadora que produce la *curara*, uno de los venenos mas violentos que se conocen, de los jugos inocentes de otra porcion de trepadoras? La química tambien lo ignora. No habia pues, mas que un medio de asegurarse respecto á la *doria*, que era ensayarlo sobre séres vivos. En todo caso, si esta planta es susceptible por preparacion de ser nociva, tomada en estado de infusion tiene cualidades que la hacen buscar para todas las clases sociales: aviva el espíritu, dicen los japoneses, y refresca el cuerpo. Ademas, tiene un sabor agradable. En la inteligencia de un gran número de personas del país, el uso constante de esta planta prolonga la vida.

Lo que contribuye á hacer creer en las virtudes maravillosas de la *doria* es que se expende solamente en los templos, y que su descubrimiento se atribuye á un sacerdote llamado Kobon-Daysi. Una vez hecha su recoleccion, los sacerdotes, formados en círculo ante el producto maravilloso, repiten durante veinticuatro horas siete veces, un himno titulado *Guomi-Singo*. Los mismos sacerdotes aseguran que despues de este largo ejercicio religioso se escuchan á intervalos ciertos estallidos en el polvo de la *doria*. Solo las plegarias pueden operar este milagro, haciendo eficaz el producto. Los em-

píricos explotan esta ciencia, y llaman á la decoccion de *doria* la bebida maravillosa.

¡Pero qué no hacen los empíricos en el Japon para inspirar confianza á los enfermos y apoderarse de su dinero! Verdaderos empresarios de la medicina, viajan con una tropa de individuos que se llaman incurables, y á los que curan periódicamente en todas las ciudades á donde van á ofrecer sus drogas.

Cada miembro de la compañía representa el papel de su enfermedad al llegar á un punto, y cura en algunos dias, si son dias los que el empírico permanece en la localidad, ó en algunas horas si permanece poco tiempo. Estos pretendidos incurables pasan por desgraciados recogidos en el camino por el mas generoso de los filántropos. Cuando el empresario ha despachado sus drogas y fingido despedir á su compañía de incurables, vuelve á recoger sus gentes á alguna distancia de la ciudad en un coche y va á recurarlos á otra.

Dícese que esta profesion es muy lucrativa en el Japon, y podemos creer que lo seria igualmente en Europa si la policía dejase á todos los bienhechores de la humanidad en completa libertad de accion.

Los botánicos de nuestro continente que han recorrido el Japon, reconocen de comun acuerdo la inmensa riqueza de aquel país en plantas medicinales. No es dudoso que la medicina sacará algun dia de aquella region algunos remedios nuevos de que tenemos la mayor nesesidad y que será muy conveniente agregar al limitado número de específicos que poseemos.

Los médicos del Japon se hacen rapar la cabeza; con cabellos inspirarian menos confianza. No hay que reir por

ello: si los médicos franceses renunciaran á su gran corbatá blanca, perderian la mayor parte de su prestigio. ¿Os fiaríais á los cuidados de un médico, aunque fuera el mas sábio del mundo, que llevase un *plaid* escocés, bigotes retorcidos, cuellos de colin, con una cinta color de rosa por corbata y guantes de piel de perro? No es creible.

VII.

LA JUSTICIA Y LOS CRIMINALES EN EL JAPON.

Si hemos de hablar con exactitud, diremos que no hay códigos en el Japon. Las leyes se sustituyen en edictos dictados en nombre del emperador temporal, segun las necesidades del momento. Cada edicto no lleva mas que dos ó tres líneas de redaccion: «Se prohibe bajo tal pena, hacer tal cosa.»—«Se manda bajo tal pena, hacer tal otra,» esto es todo. Cada cual se defiende á sí mismo ante el magistrado; los testigos se oyen, y pronunciada la sentencia, sin apelacion, reciben generalmente la ejecucion inmediata.

Cada nuevo edicto se imprime y reparte con profusion entre todas las clases de la sociedad. Casi toda la poblacion japonesa sabe leer. ¡Cuándo estaremos nosotros bajo este aspecto á la altura de los japoneses!

En muchos casos, y cuando el magistrado que desempeña las funciones de juez de paz no ha podido conciliar á las

partes, los manda á los gefes de sus familias respectivas, que tienen el deber de decidir la cuestion litigiosa. El juicio de los gefes de la familia no tiene apelacion.

Los edictos no determinan siempre un género de penalidad contra los que los infringen. Se deja al buen sentido de los magistrados y á sus sentimientos de justicia aplicar al culpable el castigo que merece segun el rango que ocupa en fortuna, en instruccion, etc.

Jamas ocurre que un edicto sea acompañado de ninguna explicacion, y el deber de todo buen ciudadano japonés es no discutir en ningun caso y admirar siempre. Que adivine ó no sus razones, debe aplaudir todo edicto que aparezca, sometiéndose á él; la menor discusion sobre la oportunidad de una ordenanza cualquiera atraeria un castigo grave al que discutiera, porqué implícitamente hubiera hecho de este modo injuria al gefe del Estado, que es tan infalible en lo temporal como el micado lo es en lo espiritual. Cuando las dos partes aparecen culpables en un proceso, el magistrado las condena á las dos. Este temor impide que se entablen muchos negocios arriesgados por parte de ciertos demandantes, que no sintiéndose con la conciencia enteramente limpia, prefieren arreglarse amistosamente.

El falso testimonio es castigado severamente; la mentira ante la justicia está considerada como un crímen horrendo, y ni aun para defenderse se tolera la mentira al acusado, que si trata de inducir la justicia al error, es objeto de una pena mas severa.

No todos los procesos se juzgan ante un solo magistrado. En casos graves ó difíciles, el magistrado consulta al gran justicia de Meako ó se remite el negocio en apelacion ante un consejo imperial.

Todos los que han pasado algun tiempo en el Japon están de acuerdo en elogiar la integridad, el buen sentido y la perspicacia de los magistrados de este pais. Ponen el mayor cuidado tocando todos los resortes, en dilucidar perfectamente las cuestiones y en desenmascarar la impostura, lo que no impide dar á los procedimientos toda la solemnidad y dignidad que deben reinar siempre en el templo de la justicia.

El sentimiento de igualdad ante la justicia ha condenado á los japoneses á una consecuencia extravagante; la pena de muerte se impone en principio á todo el que comete un delito, sea el que quiera. Para ellos la diferencia que existe, aun sufriendo cualquier otro castigo de igual clase, entre un hombre sin instruccion, pobre, perteneciente á la última clase social y un príncipe rico, instruido y poderoso, no puede hacerse desaparecer sino cortando á ambos la cabeza. El medio es, con efecto, seguro, pero un poco violento, y á la verdad que la mayor parte de nosotros, colocados en el caso del paisano japonés, preferiríamos vivir ménos bien que un príncipe castigado con igual pena por el mismo delito, á ser decapitado con él. Por lo demas, esta igualdad no existe en definitiva en el Japon, donde los grandes señores y los nobles obtienen siempre lo que se niega á los criminales vulgares: el favor de abrirse ellos mismos el vientre ó de hacerse cortar la cabeza por un individuo de su familia. Este género de muerte es considerado como ménos deshonroso que la recibida de manos del verdugo. En el mayor número de casos, los criminales pertenecientes á la aristocracia se abren las entrañas con sus sables, borrándose en la opinion los crímenes mas atroces por medio de esta muerte regeneradora, que es la muerte de los bravos. El noble condenado reune á su familia y á sus amigos, se coloca sus mejores vestidos, ar-

regla una fisonomía regocijada y pronuncia una alocucion. Cuando está terminada, afecta redoblar su alegría, desabrocha la cintura, se descubre el vientre, y desenvainando el sable, se da dos golpes vigorosos en forma de cruz. Si con las entrañas abiertas conserva todavía la fisonomía sonriente y tiene aún alguna fuerza y valor para pronunciar algunas palabras, su muerte se hace heróica y su nombre, citado con orgullo por la familia á que pertenece, pasa á la posteridad. Los bienes del criminal que ha podido obtener el favor de abrirse el vientre ó de hacerse cortar la cabeza por uno de sus parientes, no son confiscados como las propiedades de los criminales ejecutados por el verdugo, que pasan al dominio del Estado.

Cuando las leyes de un país son exageradamente severas, es seguro que serán mitigadas por los jueces en su aplicacion. Esto es lo que sucede en el Japon; si el homicida es castigado siempre con la muerte, otros muchos criminales, ménos culpables á los ojos de los dispensadores de la justicia, son condenados á prision ó á la deportacion. La prision es mas ó ménos rigurosa y mas ó ménos humillante en relacion con el rango á que pertenece el culpable. La equidad japonesa quiere que en igualdad de delito el noble y el rico sean castigados mas rigurosamente que el hombre del pueblo y el miserable. Este mismo espíritu de equidad hace que nunca se impongan multas que castiguen mucho ménos al rico que al pobre.

Hay dos clases de prisiones en las ciudades del Japon. La primera, ménos infamante, y en que los condenados son tratados con ménos dureza, se llama *raya*, lo que literalmente significa jaula. Por los detalles, algo vagos, que hemos podido escoger acerca de ella, ofrece el carácter de las prisio-

nes cerulares de los Estados-Unidos de América. La otra especie de prision ha tomado el nombre de *gokuya*, que quiere decir infierno.

El *gokuya* es, con efecto, un espantoso infierno. Edificado en forma de castillo, las prisiones de esta especie están generalmente situadas en el interior del palacio del gobernador de la ciudad, lo que, dicho sea de paso, no parece lo mas á propósito para amenizar la morada de este elevado funcionario. Uno de los suplicios que se aplican á los desgraciados condenados á vivir en estas horribles prisiones, es el de amontonarlos los unos sobre los otros, de tal manera, que suelen hallarse al poco ahogados. Segun las ideas de los jueces que condenan á los criminales á esta clase de prision, el mal representado por ellos en la tierra, donde el deber de los hombres de bien es combatirle, se encuentra casi castigado por sí mismo, puesto que los criminales sufren horriblemente por su contacto religioso.

No hay en esta prision sino una pequeña puerta, que no queda jamas abierta sino para la recepcion ó la despedida de los prisioneros. Un hombre libre no penetra jamas en tan espantoso albergue.

El alimento no se distribuye por raciones, y como es siempre insuficiente para los presos, se precipitan estos en masa sobre la pitanza comun, pudiéndose adivinar las espantosas escenas que ocurrirán. Los prisioneros se entregan entre sí á hechos salvajes, como harian perros hambrientos, que terminan á veces por la muerte de alguno de ellos, sin que nadie, suceda lo que quiera, venga á poner órden en aquel infierno, que tan merecidamente lleva este nombre, y en que los enfermos perecen en absoluto abandono, abriéndose para ellos la puerta de la prision cuando va á salir su cadáver.

solamente. Nunca tienen luz por la noche ni fuego en los dias de frio mas riguroso. Por toda luz durante el dia y por ventilador, tienen una pequeña ventana enrejada en el techo, que arroja sobre ellos una luz triste y lejana, acompañada de un poco de aire que se vicia ántes de llegar al interior. No tienen cama, se acuestan como pueden los unos sobre los otros, por el suelo. Todo lo que pudiera servir para ocupar la inteligencia ó dulcificar sus sufrimientos, les está absolutamente prohibido.

Al entran un prisionero en una *gokuya*, se le registra minuciosamente para asegurarse de que no lleva consigo libros, ni papel para escribir, ni lápiz para dibujar, ni instrumentos para tocar, ni tabaco, ni ningun instrumento, ni materia primera con que pueda dedicarse á trabajos manuales. En estas prisiones, de una barbárie sin igual, los mas fuertes y robustos ponen la ley á los demas, y nada igualaria seguramente en horror á los misterios del *gokuya*, si llegara alguna vez á poder revelarlos algun prisionero.

Pero sean las que quieran las torturas de que no hemos podido dar sino una débil idea, hay otras mas intolerables todavía á los ojos de los japoneses, y que solo se hacen sufrir á los prisioneros del *gokuya*. Esta tortura es solamente moral; pero se ha visto á muchos pedir la muerte de rodillas para evitarla, y consiste en la sustitucion de un vestido de lana por otro de hojas entretejidas. Esta afrenta es la mas grave que se puede imponer á un japonés. Mas de un hombre extraviado por las pasiones se ha detenido en la senda del honor, ménos que por temor al *gokuya* por el de verse privado de su cinturon. Podria pasar si no se hiciera mas que quitar el cinturon de seda ó algodon de los criminales, pero reemplazarlo con un envilecido cinturon de hojas entre-

tejidas, es lo que parece infamante hasta el horror, aun á los hombres mas depravados, y por consecuencia ménos accesibles al sentimiento del honor. Se ha visto á algunos condenados hacerse ahogar voluntariamente entre los otros prisioneros, no pudiendo soportar una afrenta que es la mas cruel de todas en el Japon. Este hecho tiende á probar, que si el sentimiento de la dignidad personal existe entre todos los hombres, las cosas que desenvuelven este sentimiento y se revelan son de convencion en todas partes. Nosotros nos reimos de la susceptibilidad exorbitante de los japoneses, con motivo de sus cinturas, y es probable que por su parte consideren ellos como pueriles ciertas ofensas que á nosotros, en el pequeño rincon del globo que habitamos, nos parece esencialmente ligadas al honor.

Existe para los réprobos de los infiernos japoneses un reglamento que demuestra una vez mas el cuidado que los magistrados japoneses ponen en hacer la penalidad igual para todos. Si algun noble ú hombre rico, condenado á la prision de *gokuya*, quiere alimentarse mejor, puede hacerlo, pero con condicion de que los demas prisioneros gozarán del mismo beneficio, pagando él por todos. Si un criminal noble desea un dia comer, por ejemplo, un pollo, y hay cincuenta prisioneros con él, se ve obligado á costear cincuenta pollos, y así de todo lo demas. Cuesta, pues, muy caro al criminal rico mejorar su condicion en la *gokuya*, y repugnaria enormemente á los japoneses en su vivo sentimiento de justicia, pensar que el criminal rico pudiese comer mas ó mejor que los criminales pobres.

Los relatos de los viajeros hacen dudar si aun se encuentra en uso en el Japon el régimen de la tortura. Suponen algunos que está enteramente abolido en todo el imperio,

mientras otros aseguran que se aplica todavía, por lo ménos, para los delitos políticos y la apostasía religiosa. Lo que no admite duda es la aplicacion de castigos corporales. Son muy frecuentes, y se imponen á discrecion de los magistrados, para la represion de un gran número de delitos, y especialmente los de los contribuyentes que se encuentran demasiado perezosos en satisfacer sus impuestos.

El sistema de percepcion es bastante sencillo, y merced á la flagelación que amenaza á todos los contribuyentes, se apresura cada cual á pagar su cuota. Los japoneses tenian la honra de pagar la contribucion territorial mucho ántes de que soñásemos siquiera en ello los europeos, que pretendemos pasar por las gentes mas *impuestas* del mundo. En el Japon este impuesto se fija, no por el valor de la propiedad, sino por su extension. Este sisema no se aplica, sino á las grandes propiedades que pasan de cierta extension determinada; la pequeña propiedad contribuye en una forma parecida á nuestros antiguos diezmos.

El arróz, que es la base de la alimentacion japonesa, y en general todos los productos de la tierra, pagan una cantidad relativa á la recoleccion de cada año. Los árboles frutales sufren un impuesto enorme, que se eleva á la mitad de sus productos. Como sucedia ántes entre nosotros para llevar á efecto la percepcion cruel y vejatoria de los diezmos, la recoleccion de los labradores japoneses es intervenida por empleados nombrados al efecto, hallándose obligados los cultivadores á declarar extrictamente cualquier aumento en el producto anual de su propiedad. Los bosques y arbolados sufren los impuestos en proporcion á su superficie.

Los propietarios que poseen ménos de noventa piés super

ficiales de terreno están exentos de todo impuesto. No hay tampoco ninguno sobre la renta, pero sí una contribucion voluntaria, á la que ningun negociante osaria sustraerse. Una sola ciudad hay exceptuada en todo el imperio del impuesto forzoso de la contribucion voluntaria: Meako, residencia del soberano espiritual.

Ya que hemos hablado de los impuestos, digamos algo acerca de las rentas ó ingresos con que cuenta el Estado. Segun Varenio, se elevan anualmente á 2,834 *tonos* de oro, pudiendo evaluarse cada tono próximamente en un millon de reales. Ademas de los inmensos productos de las provincias el emperador temporal posee un tesoro particular en oro, plata y piedras preciosas, colocado todo ello en cajas, cada una de las cuales se procura que contenga por valor de mil *taels*.

Volvamos á los crimanales. Hemos dicho que, ademas de á muerte y á prision, de las jaulas y los infiernos, y á los castigos *corpori aflictivos*, se condena en el imperio del Este á la relegacion. Esta última pena solo se aplica á los señores de la corte del emperador y á los condenados políticos de alta categoría. Se les interna en unas islas desiertas, donde todo el producto del suelo, pedregoso y negro, es un musgo amarillento. La deportacion es la muerte, pero una muerte cruel, desesperada, mas terrible cien veces que la muerte á manos del verdugo y mas temida por los japoneses, que ordinariamente abrevian sus tormentos abriéndose las entrañas. Se ha visto, sin embargo, á algunos relegados vivir muchos meses y hasta años, sobre las tierras á que han sido deportados. Deben alimentarse sin duda en aquellos parajes estériles, abandonados por todo sér humano, del producto de la pesca y de los insectos que pueden proporcionarse, hozando

la tierra, hasta que vencidos por las privaciones de todo género, mueren en el hueco de alguna roca, su habitacion ordinaria.

Las correcciones corporales se emplean frecuentemente con los acusados convictos; se les azota ó se les aplica la *bastonada*, sucumbiendo bajo los golpes muchos de estos desgraciados. El talento del verdugo, cuando se apercibe de que la víctima no es bastante fuerte para sufrir la pena sin morir, consiste en arreglarse de manera que no lance el último suspiro sino con el último azote ó el último bastonazo. Como es necesario que el paciente sufra el número de golpes á que ha sido condenado, vivo ó muerto, el verdugo cifra su vanidad en no golpear á un cádaver, y combinar perfectamente la fuerza de resistencia de la víctima con la accion destructiva del castigo.

A pesar del horror que inspiran los castigos corporales del Japon y del espantoso renombre que han conquistado, nos resistimos á creer las relaciones de ciertos viajeros. Segun ellos, el condenado recibe la muerte lentamente y con un lujo de crueldad inaudita. El condenado á ser decapitado, es cortado en pequeños trozos ántes de serlo, y aun añaden que los jóvenes de las mejores familias tienen la costumbre de prestar sus sables al verdugo, á fin de ensayar su filo sobre la naturaleza viva, que ofrece una clase de resistencia diferente á la de la naturaleza muerta. Se ha dicho tambien que el pueblo es excesivamente ávido de esta clase de espectáculos, y sobre todo de los autos de fé, que se verifican en condiciones atroces. Se encierra á la víctima en una especie de estuche de miembres bastante espesa, para que la llama no pueda morder las carnes sino con dificultad y por estrechos intersticios. En este estado se les arroja al fue-

go, donde á los pocos instantes, mil quemaduras, ligeras al principio, intolerables á poco, torturan horriblemente al condenado. Loco de dolor, salta éste instintivamente en su canasto, y cada uno de sus movimientos es objeto de aplausos por parte de la chusma de espectadores, y que rie, le interpela, le dirige chanzonetas, hasta que el estuche carbonisado no hace ningun movimiento, esto es, hasta que la víctima ha perecido.

La Inquisicion era solo mas abominable porque los suplicios eran impuestos por cristianos á inocentes cuyos bienes confiscaban, y á los que pretendian juzgar en nombre de un Dios de tolerancia y misericordia. Es necesario no olvidar, sin embargo, que la tortura y la rueda no fueron abolidas en Francia hasta el año 1788, hace ménos de un siglo.

A los testimonios de los viajeros, que aseguran haber visto cometer en el Japon las atrocidades que acabamos de descubrir, hay que oponer el de algunos holandeses que han sido testigos de ejecuciones capitales cerca de Nagasaki. Estos aseguran que en estas tristes circunstancias ocurre todo de una manera regular, sin crueldad de parte de los ejecutores ni espectadores. El preso es conducido al lugar designado fuera de la ciudad, á caballo y atados los brazos con las piernas. Se le puede ofrecer refrescos y tabacos, y le es lícito cambiar algunas palabras con los que se dirigen á él, pintándose la compasion en todos los semblantes. Los jueces asisten á la ejecucion revestidos de sus insignias. El condenado es desatado y bajado del caballo con dulzura, el verdugo, para hacerse perdonar de la víctima, á quien va á herir en nombre de la ley, le ofrece un vaso de *saki* con pescado seco, frutas y pastas; el condenado acepta y divide esta última comida con los amigos que le acompañan, comiendo sin precipitacion, mas sin tratar tampoco de ganar tiempo.

Cuando acaba, se vuelve hácia el verdugo y se pone á su disposicion; se le hace sentar en tierra sobre una estera entre dos montones de arena, y uno de los oficiales de justicia lee la sentencia. El verdugo permanece detrás del condenado, y á la última palabra de la sentencia, la cabeza del condenado, cortada de un golpe, va á rodar sobre la arena, miéntras que el cuerpo conserva la posicion en que se sentó. El verdugo coje la cabeza y la fija en un poste, sobre el cual se lee la relacion del delito cometido por el ejecutado. Así permanece expuesta aquella qabeza á las miradas del público durante tres dias, hasta que se permite á sus parientes ó amigos hacerla enterrar con el cuerpo.

Los jueces japoneses condenan por ciertos delitos á la crucifixion. Las cruces se hacen en forma de *X*, de manera que las piernas y las manos quedan igualmente separadas y el paciente no es clavado, sino simplemente atado. Despues de hecha esta operacion, se planta la cruz en tierra, y despues de verificadas ciertas ceremonias, traspasa el verdugo á la víctima de dos lanzadas, una en el lado isquierdo y otra en el derecho. Antes se crucificaba mucho en el Japon y esto explicó el gran número de cruces que aun se encuentran en los caminos; hoy parece que este suplicio solo se impone á los regicidas y á ciertos condenados políticos y religiosos.

Cuando los bienes del condenado no son confiscados por el gobierno, van de derecho á su hijo primogénito, de la misma manera que si hubiese muerto naturalmente. El derecho de primogenitura está tan arraigado entre los japoneses, que no se ven nunca pleitos entre herederos. Los hijos menores reciben una parte modesta de la herencia, fijada por la costumbre, y de que con frecuencia suelen tomar posesion durante la vida de su padre. Si son nobles, por muy escasa que

sea su fortuna, son siempre muy considerados, y la pobreza no disminuye su gravedad y afectacion aristocrática.

Los jóvenes de las mejores familias, lo mismo que los simples labradores, se casan generalmente sin dote; sucede á veces, que cuando son lindas y poseen buena educacion, ántes de adorno, exigen por el contrario que las doten los que las solicitan en matrimonio. En todos los casos en que la muger sobrevive al marido, haya muerto por la espada de la justicia ó de cualquier manera, entra en posesion de la dote, que exigió á su marido para casarse con él.

Se dijo en los periódicos ingleses que los embajadores japoneses que han estado hace poco en Europa, serian condenados á muerte al regresar á su país. Su crímen, que no dejaria de denunciar el espia que los acompañaba, consistia en haber bebido vino. Parece, en efecto, que está prohibido beber vino en el Japon, bajo pena de muerte. Esperamos que si es así, los magistrados encontrarán medio de eludir la severidad de la ley en favor de los embajadores, que no hallando entre nosotros la menor cantidad de *saki* que llevarse á los labios, son bien excusables de haber trabado conocimiento con el jugo de las cepas.

La presencia en las principales capitales de Europa de una embajada japonesa, aun en nuestra época, en que los acontecimientos se suceden con tan gran rapidez, es un hecho de la mayor importancia. Indica por parte del gobierno japones una concesion enorme hecha á las ideas sociales modernas, las cuales circulan por todas partes como el aire en la atmósfera moral de todos los pueblos del mundo.

Parece ademas incuestionable que los japoneses, á los cuales se confunde harto frecuentemente con los chinos, son inferiores á estos bajo muchos aspectos.

Constituyen otra raza; pertenecen al gran tipo mongólico y sus facciones difieren esencialmente de las de los chinos, en muchos casos; sus ojos, aunque pequeños y apagados, no están tan hundidos en las órbitas; su nariz no es tan chata como la de los habitantes del Celeste Imperio; aunque carnuda, es correcta; su cabellera es negra, espesa y brillante, y si en general son ménos fuertes que los europeos, son mucho mas vigorosos que los chinos, y no tan esclavos de las preocupaciones y de la tradicion como éstos.

Hay mucho que esperar del porvenir de este pueblo, hoy que los Estados-Unidos y muchas naciones europeas se comunican diplomáticamente con el Japon.

FIN.

